
Pot-pourri

Eugenio Cambaceres

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 4185

Título: Pot-pourri

Autor: Eugenio Cambaceres

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 12 de enero de 2019

Fecha de modificación: 12 de enero de 2019

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Dos palabras del autor

Cuando un pobre diablo transita pacíficamente por las encrucijadas de la vida con una cantinela en los labios y porque su música suena mal en ciertas orejas enfermas, se ve asaltado de golpe por una turba rabiosa que se le va encima, lo avanza, lo acosa y puja por arrebatarse la bolsa, por robarle esos billetes de banco que se ganan sudando y que se llaman nombre, fama, reputación, ¿qué hace

Para que no le sacudan a traición, se arrincona por lo pronto, aunque sea en algún ángulo de pared, de los que la indecencia pública suele convertir en meaderos, revolea un garrote justiciero, o, si lo pescan descuidado, a falta de refugio más seguro, arma el paraguas, a guisa de escudo y se acurruca tras de él para cubrirse del manoteo de los grandes y de las uñas de los chicos que, como *cuzcos* en riña de mastines, pretenden alzar la pata y mojar ellos también

Ese es el caso

Una mañana me desperté con humor aventurero y, teniendo hasta los tuétanos del sempiterno programa de mi vida: levantarme a las doce, almorzar a la una, errar como bola sin manija por la calle Florida, comer donde me agarrara la hora, echar un bésigue en el Club, largarme al teatro, etc., pensé que muy bien podía antojárseme cambiar de rumbos, inventar algo nuevo, lo primero que me cayera a la mano, con tal que sirviera de diversión a este prospecto embestador, ocurriéndome entonces una barbaridad como otra cualquiera: contribuir, por mi parte, a enriquecer la literatura nacional

Para que uno contribuya, por su parte, a enriquecer la literatura nacional, me dije, basta tener pluma, tinta, papel y no saber escribir el español; yo reúno discretamente todos estos requisitos, por consiguiente, nada se opone a que contribuya, por mi parte, a enriquecer la literatura nacional

Y a ratos perdidos, entre un bostezo a dos carrillos y un tarro de *caporal*, llegué a fabricar el hatajo de vaciedades que Vds. saben y que tal

polvareda ha levantado, tanto alboroto y tanta grita contra una humanidad de tercer plano: el autor

Francamente, *le jeu n'en valait pas la chandelle*

Pero como, así como así, me han *caído* espantosamente y como cuando a uno le *caen* el derecho de pataleo es, libre, según decimos en criollo, aguántenme ahora dos palabras por vía, no de enmienda, sino de explicación

No quiero justificarme porque entiendo no haber delinquido

Aclaro y nada más

Mis tipos del capítulo segundo son fantásticos

He estado a dos mil leguas de pretender vestir con semejante ropaje a don Fulano o a doña Zutana, personajes de carne y hueso

Son entidades que existen o pueden existir, así en Buenos Aires como en Francia, la Cochinchina o los infiernos y que me he permitido ofrecer a Vds. en espectáculo, sacar en cueros al proscenio, porque pienso con los sectarios de la escuela realista que la exhibición sencilla de las lacras que corrompen al organismo social es el reactivo más enérgico que contra ellas puede emplearse

¿Digo lo mismo de mis ejemplares del Club del Progreso? No; aquí he seguido el procedimiento de los industriales en daguerreotipo y fotografía; he copiado del natural, usando de mi perfecto derecho

Desde Aristófanes que, no encontrando quien quisiera hacerse cargo del papel de Sócrates arrastrado por él a las tablas sin ni siquiera tomarse el trabajo de cambiarle nombre, lo representaba él mismo; desde Shakespeare que atrapó a su Falstaff relleno de sibaritismo al volver de una esquina y se lo sirvió así no más al público; desde Racine que ahorcó a Louvois en la cabeza de Aman, y Molière que ayudaba a M. de Montespan a sobrellevar con paciencia su triste suerte de cornudo, afirmándole en *Amphitruon* que un *partage* con Júpiter no tiene nada que deshonre, hasta Balzac que decía que era cosa de locos andarse por los tejados, y Gautier que hizo de Jorge Sand una Camila Maupin, y, últimamente, Zola que en su Excelencia Rougon ha puesto las peras a

cuarto a su Excelencia Rouher, ¿qué otra cosa han hecho los maestros del oficio que desollar al prójimo desde que el mundo es mundo? ¿De cuándo acá se ha ocurrido a nadie que sabe donde tiene las narices, vestir a Talía y a sus hermanas, criaturas desfachatadas si las hay, de señoritas tartufas, fruncidas y melindrosas

Seamos francos, entonces y dejémonos de aspavientos hipócritas y ridículos, que lo que los hace *crier au scandale*, poniendo el grito en el cielo, es el b-a—ba del arte en todas partes donde se cuecen habas y muy particularmente entre nosotros, donde vivimos hartos de ver que el primer cualquiera le sale a uno al encuentro porque sí, lo agarra a brazo partido y lo pone patas arriba en el concepto público

Prosigo

Decía, pues, que había tenido los bultos por delante, sólo que, operando en carnaval, en que todo se cambia y se deforma, probablemente se deformaron también las lentes de mi maquinaria, saliendo los negativos algo alterados de forma y un tanto cargados de sombra

Lo de las bolas de vidrio que ponen en los jardines: se mira en ellas un lindo y se refleja un feo.

A qui la faute?

Nadie la tiene; ni el fabricante, ni el lindo, ni la bola.

Vis interna verum.

También, ¿qué más era de esperarse en circunstancias en que todo anda revuelto, cuando las mujeres se hacen hombres, los viejos muchachos, locos los cuerdos y la noche día

Claro está; el negocio tenía que salir torcido. Consecuencia: alguno de mis sujetos, según dicen, echa espuma contra mí

Desconfiando que no careciera de razón y que bien podía haberseme ido la mano (¡así suceden las desgracias!) he repasado después y vuelto a repasar esas páginas, no como el que las escribe o se ve escrito en ellas, sino como el que las lee de afuera, sin ánimo preconcebido y sin pasión

Bien, pues, quiero que las siete plagas me tullan si he encontrado allí la

más remota sombra, siquiera, de ataque a la dignidad privada

O soy muy bruto yo, o muy fatuos los otros

Pueden haber sufrido la vanidad y el amor propio; la reputación, jamás

Pero, decididamente, debo andar muy en la mala, porque cuando no es por mangas es por faldas, cuando no es uno, son muchos y *seul contre*, muchos, ¿que *voulez-vous* que haga

Según también ha llegado a mi noticia, una parte, sobre todo la parte femenina del respetable público, ha visto en las hojas de mi libro los insultos más soeces, las ofensas más sangrientas lanzadas brutalmente a la faz de la sociedad

Tras de cada frase, de cada palabra, de cada coma y aun tras de los márgenes y blancos, en vez de la alegre silbatina de un *flaneur*, han oído, *horresco referens!*, zumbar los dardos envenenados que, hijo desnaturalizado y perverso, he hundido con mano parricida en las entrañas de nuestra madre común

Delicioso, palabra de honor, ¡delicioso

El que esto ha escrito, dijo alguien que, de fijo, resollaba por la herida, no puede ser sino un corrompido que no cree ni en las cosas divinas ni en las humanas, un escéptico, un descreído sin Dios ni ley ni conciencia, un degradado que lleva su audacia hasta el cinismo de pintarse él mismo

El que esto ha escrito, repitió la tropa de carneros de Panurgo, no puede ser sino un corrompido que no cree ni en las cosas divinas ni en las humanas, un escéptico, un descreído sin Dios ni ley ni conciencia, un degradado que lleva a su audacia hasta el cinismo de pintarse él mismo

Excusez du peu.

Es mucha bondad y se les agradece, pero mienten y no necesito encender vela para encontrar la prueba

Un barato previo: nadie tuvo derecho a suponer en el autor de un libro anónimo, particular modesto *par le fait*, que llevara su petulancia hasta *dragonear* de héroe de la fiesta, gritando a voz en cuello: ¡aquí estoy yo; soy, como quien no dice nada, Rousseau y allá van mis confesiones

Nadie tuvo tal derecho, lo repito, aunque no fuera sino porque a nadie se lo he dado; pero ya que esos caballeros pretenden lo contrario, hagámosles el gusto y entremos a suponer

Decimos, pues, suponiendo, que el vago soy yo y no otro como hay muchos para los que también muelen los molinos, que habitan su rincón de sol y que el que escribe caza al vuelo en sus correrías, hace suyo por derecho de conquista, estampa en papel de imprenta y entrega a la circulación porque tal es su oficio o su beneficio, o porque se le da la gana, cuando no tiene otra razón mejor

Ahora papelito canta

El que de viejo se calienta, hasta sentir que lo quema la sangre porque ve que la maldad se ensaña, no contra su madre, su mujer, su hermana, su amigo, ni aun alguno de su i parentela, sino contra quien sólo está ligado a él por el vínculo mezquino y ruin de la humanidad

El que se hinca en el altar de la amistad con ese recogimiento santo que-sólo inspira la fe

El que, bajo un guante de fierro, esconde una mano abierta y detrás de un pecho de piedra, un corazón que responde al grito austero del deber

El que vive el tercer tercio de su vida sin que el mundo con su aliento envenenado haya penetrado en él hasta podrirlo por dentro, por más que muestre ulcerada la epidermis

¿El que así piensa, siente y hace, ese, nada menos, ese, dicen es un mandria, un depravado

¡Oh! Déjense de molerme la paciencia y no me vengan con pavadas, por no decir algo peor

Ahí tienen al tipo por delante

Si no le entran, son mochos; si fingen no entrarle, son ruines

Y en uno y en otro caso, no propongo a esos señores que acepten mis más ardientes felicitaciones

Pero basta de suposiciones gratuitas; no quiero seguir vistiéndome con las plumas del grajo

Ni soy el vago, ni para bosquejar la silueta de mis personajes, redondear sus contornos y llegar a darles la última mano, he trabajado solo

Mal que les pese, todos Vds. han colaborado alcanzándome la pintura

Sea los colores nobles y delicados, los matices puros que he puesto en Juan y en la índole del carácter del mismo vago, por más que se ceben contra él; sea las tintas negras que me han servido para hacer el bajo-relieve de los vicios y de las miserias sociales

Toda esta factura, lo repito, sin pararme en individuos, nadie ha *posé* en mi taller, salvo para ciertos tonos serios o humorísticos que he llevado al cuadro, sin estropear al modelo y excepción hecha de una pincelada rojo-fuego, una sola, que ha roto el lienzo porque he tirado, lo confieso, como un chuzazo, de revés, con ganas, amontonando patriotismo y hiel

Bien sabía, por otra parte, que era peludo el asunto, que más de uno iba a mirarse reproducido en la escena, que el libro iba a darme un buen número de enemigos, amigo, ninguno

Es que, impunemente, no se hacen trabajos de zapa, no se empuñan el pico o la barreta para minar los cimientos de un edificio, aunque amenace ruina y se trabaje con la cristiana intención de evitar que, viniéndose al suelo de golpe, resulten piernas y brazos quebrados, sin que el dueño se amostace, protestando que atacan su propiedad y violan su domicilio

Tales son la lógica y la gratitud humanas

Pero, de veras, nunca me figuré que les diera tan fuerte y que llegaran hasta desgañitarse, vociferando: *a la garde, au voleur, à l'assassin!* en presencia de un prójimo inofensivo, de un musicante infeliz que se presenta en público con el sombrero en la mano, que no dispara de la justicia porque ni es ladrón, ni es asesino y cuyo solo delito consiste en haber escrito una farsa, en haber compuesto un *Potpourri* en que se canta clarito la verdad

Concluyo

He querido hacer reír y he hecho rabiar

Fiasco completo; no era eso lo convenido

Lo de todos los autores rechiflados: ganas me dan de sacudir el instrumento contra el suelo... y sin embargo... el amor al arte..

¿Reincidiré

Quién sabe.

Pot-pourri

Vivo de mis rentas y nada tengo que hacer. Echo los ojos por matar el tiempo y escribo

* *

Es decir

El que crea encontrar en las páginas de este libro estudios serios, fruto de una labor asidua, debe, desde luego, cerrarlo sin más vuelta

No quiero ni puedo hacer nada serio

El más pequeño esfuerzo intelectual me postra. Vivo por vivir, o mejor: vegeto

Perdidas en medio de mis muchos defectos, tengo algunas buenas dotes. Poseo, por ejemplo, un fondo innegable de honradez; por eso es que nada prometo, desde que nada puedo dar

Ya saben ustedes, pues, a qué atenerse

* *

Muchas veces he solido preguntarme: ¿para qué diablos hubiera podido yo servir? ¿Cuál es mi vocación? En qué ramo de la actividad humana habríame sido dado descollar

En el teatro, son las palabras que fatalmente han asomado a mis labios después de haberme dado vueltas y revueltas, examinado de cerca, estudiado mi tamaño, mis contornos, mis formas, mis diversos matices de color, mi valor intrínseco, en fin, como se hace con cada uno de los pedazos de palo cubiertos de papel pintado que yacen *pêle-mêle* sobre la mesa, y a los que se concluye por dar la única colocación que tienen en la formación de los paisajes o cuadros de los juegos llamados de paciencia

Sí, señor; he nacido para cómico

Desde la infancia, me sentí arrastrado fuertemente hacia las tablas

No se me ocurrió jamás seguir el mal ejemplo de los pilluelos de mi época y hacer la rabona a la escuela solo o en pandilla

Mis rabonas eran de otro género

Compraba los favores del ilustre descendiente de Pelayo, encargado de la puerta de mi casa, mediante el sacrificio de la suma íntegra de un peso moneda corriente que me daba mi madre los domingos y días de fiesta a guisa de propina, y cuando la bendita señora me creía gozando tranquilamente en mi cama el sueño de los inocentes, habíame ya escurrido de entre las sábanas, ganado la calle haciéndome chiquito y salvado, en menos que canta un gallo, la distancia que me separaba del Teatro de la Victoria, a cuyo interior me colaba perdido entre las piernas de un grupo de concurrentes, para escapar así a la vigilancia de los porteros

Todo me parecía sublime al través de los mugrientos quinqués de aceite de potro que, *soi-disant*, alumbraban la escena

En mi inconciente aspiración de niño, hallábame poseído de una admiración que rayaba en culto por el talento dramático del mulato Quijano y las dotes líricas de la señora Merea

¡Y cuidado que no era mucho exigir

Esta inclinación al teatro fue acentuándose cada vez más en mí

Adolescente, estuve varias veces a punto de sacudir el yugo de la patria potestad, dar al traste con la familia y las conveniencias sociales y, campeando por mis respetos, largarme a *hacer carrera* por esos mundos de Dios

Es que, efectivamente, figúrese una inteligencia clara, sutil, mañosa y diestra en la asimilación de los talentos ajenos, pero seca de producciones propias, simplemente reflectora de la luz de afuera, una inteligencia plagiaria, en fin

Un físico à *l'avenant*, estatura elevada, formas correctas y marcadas, mirada viva, fisonomía movediza y suelta, capaz de un fuerte parecido en

la traducción de todos los arranques del alma

Agréguese a estos diversos elementos de composición, homogéneos, hechos los unos para los otros, una vocación genuina, nutrida por la tendencia más pronunciada a la vida de bohemia y a los placeres que son su base, y se tendrá la tela de todo un cómico

Ese era yo

Desgraciadamente, la buena posición social de mi familia y el menosprecio del mundo por el artista de teatro, resabio estúpido de los tiempos en que la máscara del histrión degradaba el ejercicio de la noble carrera del arte, violentaron los impulsos de mi naturaleza, haciéndome renunciar a mi inclinación predilecta

* *

Mi excelente madre se empeñaba en hacer de mí un abogado

Amándola con delirio, no me sentí con fuerzas bastantes a contrariar su voluntad, sagrada para mí, y estudié derecho

Entendámonos

Más que vida de estudio, fue la mía vida de placeres y de holganza

Mimado por mis padres, con dinero a discreción y el libre arbitrio más absoluto, frecuentaba los salones, teatros y paseos, mientras las Pandectas, las Partidas y los Cánones yacían en lastimoso y polvoriento olvido

Esto duraba diez meses

El amor propio, que en mí habría sido una condición si no hubiera degenerado en vanidad lo que es ya un feo defecto, abría entonces un paréntesis en esta serie no interrumpida de goces mundanos, y la vergüenza de una posible reprobación hacía me reaccionar de tal manera que, durante los dos meses restantes, dedicaba ocho y hasta diez horas diarias al estudio, lo que me permitía presentarme a las pruebas finales y salir airoso de ellas

Pero, ¡ay! ¡Lo que así se gana, así se pierde! Dos meses antes del

examen no sabía nada, pero dos meses después... tampoco

La ciencia que había adquirido a vapor para impulsarme en la carrera de la vida, se desvanecía en mi cabeza con la rapidez con que se desvanecen en el espacio las largas espirales del poderoso agente después de haber actuado sobre los tubos caldeados de una locomotora

Con este *pasivo* de conocimientos, ingresé, por fin, al foro, abrí estudio y ofrecí mis servicios profesionales al respetable público; no por efecto de necesidades pecuniarias a llenar, lo repito, nunca las he sentido, sino como derivado forzoso y lógico de mi título de competencia

Me sucedió lo que a los aficionados a la opereta, al género de Offenbach y de Lecocq, que son capaces de dormirse parados oyendo la novena sinfonía de Beethoven o un *cuarteto* de Haydn y se creen, sin embargo, comprometidos a asistir a un concierto de música clásica porque han comprado una luneta

Mientras tanto, pisando un terreno que no era el mío, completamente *dépaysé*, la fuerza misma de las cosas debía arrojarme fuera de él

Mi espíritu, como esas aves que necesitan libertad y espacio para poder vivir, se asfixiaba aprisionado en la atmósfera corrompida y sofocante donde se agitan jueces, abogados, escribanos, procuradores y demás curiales

El simple aspecto de un expediente hacía me apartar la vista con indecible repugnancia; su manipulación llegó a ser tarea superior a mis fuerzas y un invencible sentimiento de disgusto se apoderaba de mí al solo amago de la visita del cliente y, sobre todo, de la clienta, de la mujer pleitista, criatura cargante si las hay, cuyos tremendos solos no me era dado soportar sin una serie de bostezos y los párpados abatidos, llorosos e inyectados de sangre, expresión de cretinismo propia del infeliz que ha llegado al apogeo del fastidio

Con el agua al cuello, un esfuerzo supremo de propia conservación podía sólo salvarme

Una mañana de invierno fría y gris como el *spleen* que me dominaba, me levanté resuelto a poner fin a mis males con un remedio brutal. Cerré con llave las puertas de mi estudio; pegué sobre ellas el letrero siguiente:

Cerrado por causa *d'embêtement*, y procedí, en seguida, a repartir mi clientela entre mis condiscípulos más pobres y más famélicos, como se reparte la carne del manso buey en las jaulas de fieras y aves de rapiña de los jardines de aclimatación

Todo por vía de desfacimiento de agravios y enderezamiento de entuertos, para mayor gloria de Dios y bien de la humanidad

* *

Devuelto a mí mismo, sin compromisos que me esclavizaran, sin obligaciones que cumplir, dueño absoluto de mi tiempo, entreguéme de lleno a la vida ligera, cuyos fáciles placeres probé hasta la saciedad

Una transición sencilla de explicar debía entonces operarse en mí

Sentí el vacío en mi alrededor y avergonzado de la esterilidad de mi vida, busqué un terreno más fecundo donde poder utilizar mis medios y llevar a la obra del bien común mi contingente de trabajo y de sudor

Hubo una época entre nosotros en que el título de doctor era un salvoconducto, una especie de *passe-partout* que hacía a su propietario, aun cuando se llamara D. Inocencio o D. Pánfilo, el hombre preciso, indispensable para el lleno de todas las altas funciones de la vida

¿Buscaban Vds. un hombre en política, en las ciencias, en las artes

Lo encontraban fija e irrevocablemente precedido de la cuarta y de la décima cuarta letra del alfabeto

Los miembros del gobierno eran doctores, de doctores se componían los parlamentos, las academias científicas y literarias, los clubs políticos y sociales, y cuando sin ellos y, por acaso, llegábase a nombrar una comisión, siquiera fuese con el objeto de hacer producir a la tierra cuatro en lugar de dos, o de propender al mejoramiento de las razas vacunas, caballar o lanar, el público indignado protestaba exclamando

—¡A quién se le ocurre nombrar una comisión compuesta de una punta de animales: imagínese Vd. que ni un solo doctor figura en ella

Como si interpretar un texto, acusar una rebeldía, cortar una pierna o administrar a tiempo un vomitivo, encerrara la omnisciencia, fuera la

panacea sin la cual las sociedades debieran marchar sin remedio a su desquicio y a su ruina

Mientras tanto, talentos reales sólidamente preparados, espíritus prácticos y sensatos que habrían podido ser de una ayuda eficaz en la administración de los negocios públicos, vegetaban oscurecidos en el olvido

Para ser algo en esta bendita tierra, era fatal tener patente de embrollón o de matasanos

Fue así que vimos las aulas de nuestras facultades de medicina y de derecho repletas de jóvenes que, en provecho propio y extraño, habrían podido aplicar sus aptitudes a rama más útil del saber humano

La Universidad sobre todo, nueva boca del infierno, vomitaba por centenares esa verdadera plaga social de diablos con toga y, a continuar invadiéndonos la producción en razón inversa de las necesidades del mercado, nada extraño hubiera sido que hasta el humildísimo empleo de teniente alcalde del más humilde de los pueblos fronterizos, hubiese sido desempeñado por un doctor

Por fortuna el sentido público ha experimentado una reacción salvadora y hoy podríamos exclamar con Cervantes, haciendo de su dicho una aplicación al caso

«¡En esto de achaques de títulos y colgajos, lo mismo es nada!»

* *

Tenía, pues, siendo doctor, todas las puertas abiertas, el camino llano y despejado

Ofrecióse a mi vista el ancho campo de la vida pública en cuyas vías me lancé con ánimo ferviente e inspirado en los más sanos y sinceros propósitos

Ocupé varios puestos públicos sin haberlos mendigado de quienes me levantaron; sin ser hombre de partido, es decir, sin haber celebrado jamás pacto alguno, expreso o tácito, que reatará mi libertad personal, me impusiera el sacrificio de mis convicciones y, a título de consecuencia política, me transformara en instrumento ciego de iniquidades más o

menos monstruosas

La independencia misma de mi situación hízome creer un momento que me encontraba llamado a cooperar en la limitada esfera de mi valor al bienestar y felicidad de mis semejantes

Pero ¡ay! cuando en hora menguada, al tocar una de esas cuestiones que quemaban, en presencia de una de las luchas más ardientes que registren los anales de nuestras miserias políticas, alarmado ante la profunda perversión de los partidos, tenté oponer un dique a ese torrente que amenazaba desbordarse para arrasar en su ímpetu la obra paciente del patriotismo y de los tiempos, cuando presintiendo la tremenda perturbación que iba a conmover hasta los cimientos del edificio social, quise cerrar la entrada del Templo de la Ley a la corrupción que golpeaba sus puertas, la reprobación más unánime fue mi recompensa

¡Güelfos y gibelinos descargaron sobre mí sus formidables iras, y el pueblo soberano que me escuchaba me pegó la más espantosa silbatina que haya resonado jamás en teatro alguno del mundo

¡Y, sin embargo, sabe Dios que mi único objetivo era la felicidad de mi país, mi conciencia, el único norte para alcanzarla

Uno de los bandos, en su sublime amor por la patria, no trepidaba en apelar a los más ruines manejos, en echar mano del fraude, de la violencia, del cohecho, para disputar el triunfo a sus contrarios: «¡Quebrados fraudulentos, vendidos al extranjero, eternos pitancistas del Erario, sanguijuelas de la sangre del pueblo!»

El otro, en su fervoroso patriotismo, esgrimía las mismas armas a la luz del sol, con tal de dar en tierra con su adversario: «¡Canalla vil, reclutada en la hez de la sociedad!»

¡Unos y otros llevaban su santa abnegación por el bien público hasta consumir la vergüenza de su propia degradación, hasta el sacrificio de la honra, de eso que en mi insensata candidez de joven, creí que el hombre debía esforzarse por salvar intacto, ante todo y por sobre todo, para transmitirlo a sus hijos, como la más preciosa de las herencias

¡Cuánta generosidad, cuánta grandeza, cuán noble ejemplo de valor cívico para las generaciones venideras

¡Ay de mí! Fuerza era conocerlo: ¡no me hallaba, ni con mucho, al nivel moral de los *leaders* políticos de mi época

¡Tengo la cobardía de confesarlo: no se anidaba en mi pecho coraje bastante para militar en las filas de tan esforzados campeones

Me sentí pigmeo en lucha de gigantes

Una ilusión menos, un desengaño más

¡El acceso de la Tribuna y del Capitolio, como las puertas del foro, quedaban para siempre cerradas a mi paso

Decididamente, no hacía carrera

* *

Postrado hasta la humillación, con la conciencia más completa de mi inutilidad, ¿a dónde dirigir los ojos? ¿Qué nuevo esfuerzo érame dado intentar aún

¿Podía, acaso, volver atrás y, mal abogado y peor político, hacer de mí un ingeniero, un literato, un militar o un médico o un fraile o un estanciero siquiera, para escribir yo también, como el señor Lima, algún tratado de ganadería práctica

Vana tarea; todo en la vida tiene su época y viejo estaba Pedro para cabrero

Hubiera sido exponerme a que me sucediera lo del pintor aquel que, queriendo hacer un caballo, hizo algo que, más que caballo, parecía mulo, por lo que, descontento de su obra, pasóle una raya de carbón para empezar de nuevo, consiguiendo al fin pintar un burro

No hay vuelta que darle por más que chille el amor propio: soy un hombre completamente *raté*

* * *

Chassez le naturel, il revient au galop.

¡Ah! ¡El teatro, el teatro

¡Cátedra universal a cuyas puertas se agolpan las masas y en cuyo recinto, sin sospecharlo siquiera, se instruyen, crecen, se elevan, se transforman y convierten al calor que difunde el fuego inextinguible del arte, abriendo los misterios del alma a las nociones eternas de lo noble y de lo bueno

¡Verdadera cátedra de regeneración popular, qué gloria mayor para el ambicioso que aspira a las alturas que dominarte como dueño y absoluto señor

¡Ah! ¡El teatro, el teatro

¡Cuántas veces, replegado en mí mismo, he acariciado el sueño dorado de toda mi vida

Transportábame con la imaginación, esa loca que no descansa, al suntuoso recinto inundado de luz y de cabezas humanas

Encarnaba una de las creaciones sublimes de Shakespeare

Una chispa de fuego eterno brillaba en mi frente. ¡Bajo el hechizo de mi palabra, el malo se hacía bueno, el bueno se hacía mejor, y éste y aquél y muchos y todos, la multitud entera subyugada, pendía de mis labios, luchaba con mi coraje, brillaba con mis glorias, lloraba con mis lágrimas, sufría con mi dolor y, arrastrada por la fuerza de mi genio, salvaba la valla que nos separaba y venía a mí, a vivir de vida real el ideal que yo creaba

¡Es la visión de lo bello que el artista revela a los ojos de la muchedumbre, viva, nítida, deslumbrante, que arrebatada y conmueve, que se impone con la fuerza de los hechos y penetra hasta herir las fibras más delicadas del corazón

¡Si así no fuera, no se levantarían de mil pechos a la vez un grito gigantesco para aclamarla

¡Influencia irresistible de la verdad

¡Mágico encanto del arte

¡Triunfo incomparable de su sacerdocio

* *

Pero, ¿qué otra cosa es el mundo que un teatro inmenso, con sus primeras partes, de *cartello* las unas, buenas, mediocres o malas las otras; sus comprimarios, bailarines, coristas, comparsas, corifeos y demás canalla

¡Qué más la sociedad que un vasto escenario donde se representan sin cesar millones de farsas, a veces sangrientas, grotescas y ridículas casi siempre

La diferencia entre uno y otro consiste en que el teatro ficticio, aquel cuya entrada se compra con un billete de banco y con ella el derecho de aplaudir o silbar al saltimbanco, al histrión cubierto de oropel, pero capaz, acaso, de dar tres rayas a su juez en achaques de honradez y dignidad, es lo que debe ser, mientras que el teatro real, en el que el vulgo actúa confundido, es lo que es

Si un plan moral más o menos severo no responde a las reglas prescritas, la pieza se silba en el primero

La ausencia de toda moralidad se diría requisito exigido en el segundo para alcanzar los favores del público

En aquél, el éxito se mide por el mérito

En éste, el mérito depende del éxito

El desgraciado que escolla recibe del público indignado la más furiosa rechifla

El bribón que medra arranca del público entusiasmado frenéticos aplausos

Il s'agit de réussir: tout est là. Y, por mi parte, entre el teatro de Corneille y el de Napoleón, digo que me quedo decididamente con el de Corneille

Den vuelta la hoja y oirán, en pro y abono de mi dicho, una colección de melodías arregladas para pito, un *potpourri* de chiflidos sacados de oído y a *capriccio*, pero sin *fioriture* ni variantes, de la música colosal del mundo.

I

—¿Qué te parece mi novia? —me preguntaba Juan rascando un fósforo para encender un cigarro, al salir a las doce de la noche, víspera de su casamiento, de casa de su futura donde acababa de presentarme oficialmente como a uno de sus mejores amigos

—Muy bonita, le contesté

—¡Y si vieras qué buena! —agregó tomándome del brazo y prosiguiendo ambos nuestro camino.— ¡Cuánto me quiere la pobrecita! Si, como dicen, el matrimonio es una lotería, puedo asegurarte que me he sacado la grande. Casándome con una mujercita como María, tengo noventa y nueve posibilidades contra una de ser el más feliz de los hombres

—Sí, ¿eh? Está muy bueno— repuse tranquilamente

—¿Cómo es eso de está muy bueno? ¡Con qué flema y con qué cachaza me contesta su excelencia! ¿Acaso no piensas como yo

—Sí, mi querido amigo, creo como tú que tu novia es una preciosa criatura, buena, amorosa, que te quiere como es susceptible de querer una mujer de diez y siete años a un hombre joven y buen mozo: con toda la fuerza de la pasión; que no piensa sino en ti; que no sueña sino en hacer la felicidad de tu vida; que se halla animada de los sentimientos más puros, que tu nombre y tu fortuna no han influido para maldita la cosa en ella cuando ha jurado ser tuya y que llegaría hasta creerse la criatura más dichosa si le propusieran pasar el resto de su vida en un rancho comiendo puchero de carnero con farriña y galleta, siempre que tú comieras la mitad

«Ya ves hasta qué punto admito que tu futura encarna para ti un conjunto de perfecciones, pero..

—¡Ah! ¿Hay un pero

—Un momento... Sabes que no se me ha ocurrido nunca casarme. Más, que he huido siempre de la tentación como un griego de un inglés o un

gato del agua fría: cuestión de temperamento; pero sabes también que acepto, que justifico el matrimonio como una necesidad social y soy el primero en batir palmas cuando los otros se casan

«Permíteme no obstante que, tratándose de ti y dado el cariño que te profeso, yo que no estoy enamorado, no participe de tu entusiasmo, no arremeta la cuestión a *l'emporte piéce*, ni trate de tomar el porvenir a la bayoneta

«El hombre que se casa se embarca, y el que se embarca peligrá», agregué en tono sentencioso

—Sí, pero el que no se embarca no atraviesa el mar

—Mejor es no atravesarlo, que ahogarse en él

—Eso no pasa de ser un detestable lugar común. Eres un cobarde, un visionario y un descreído

—No; soy un hombre prudente, y nada más

—Supongo que tu prudencia no llegará hasta abandonarme cobardemente en la hora suprema del peligro y que aceptarás gustoso la complicidad del atentado, honrando mi boda con tu presencia

—Te ayudaré a bien morir, haciendo los más fervientes votos para que todas las bendiciones del cielo se derramen sobre tu cabeza

Habíamos llegado a la esquina de mi casa

—Hasta mañana, entonces— me dijo Juan dándome un fuerte apretón de manos

—Hasta mañana, mi querido Juan

Pobre muchacho, pensé; el pasado es suyo, el presente de su novia, ¿de quién será su porvenir, de Dios o del diablo?

II

Metido el cuerpo en un frac y el cuello en una corbata blanca, es decir, aprisionado en el chaleco de fuerza con que la sociedad sujeta aún a los locos que, como yo, huyen la compañía de los otros locos y cuerdos con la pena, aman pasar su invierno largo alargo sobre un sillón frente a la chimenea, saqué el reloj: eran las once y siete segundos de la noche

Mise en scène de primer orden

En presencia de un numeroso público compuesto de parientes, amigos y principalmente de curiosos, y, previas las formalidades de estilo: dichos, amonestaciones, etc., como quien dice, hecha la *toilette* del condenado, el ejecutor de las altas obras dio principio a su ministerio

Cuatro minutos y veintiocho segundos después, mi amigo Juan había pasado a mejor vida

Era cadáver o, lo que es lo mismo, marido

¡Quiera el cielo, exclamé *ab imo pectore* en mi amistoso fervor, que el alma del desgraciado no trasmigre malamente, yendo a habitar el cuerpo de algún ejemplar cornudo

Una edificativa escena de familia ofrecióse luego a mi vista entre telones, donde fui admitido a título de amigo del beneficiado

La suegra, sofocada por los sollozos, cubría de besos a su hija, dejándose caer después en los brazos del consorte, del hermano, del primo, en los del padre de Juan y, por lo último, hasta sobre mi chaleco, donde vino a agotar su último arsenal de lágrimas, exclamando como exclaman todas

—¡Pobrecita mi hijita, ángel de mis entrañas! Comprendo que es necesario, pero no me puedo conformar

Y, la verdad: por muy grande y muy merecido que sea el descrédito en que, ante la opinión del mundo, ha caído la respetable falange de las

suegras, debe ser dura cosa aun para una suegra, parir, criar y educar a su hija, exponiéndose que el día menos pensado y sin otro sacrificio que el de la modesta suma de doscientos pesos papel, que, al fin, haciendo las cosas con economía, no cuesta más la ceremonia, venga un sátrapa cualquiera... y se case con ella

Momentos después, los novios se habían hecho humo; efecto de la alta temperatura producida en ellos por la fiebre devorante del amor

Un tren ligero como las ganas que tenían de llegar, los transportaba a pasar la infalible luna de miel en la indefectible estancia de los abuelos.



Hecho el gasto de media hora de paciencia delante del espejo, con más, el ítem de un par de guantes, quise *en avoir pour mon argent* y me colé de nuevo en los salones invadidos por *l'élite* de la sociedad

Tenía lugar en ellos una suntuosa fiesta de baile. Juzgué prudente borrar de en medio mi individuo, yendo a ocupar un puesto de honor en las filas de la pasiva

Es decir, me senté en uno de los últimos rincones. Llevado por mi carácter habitualmente jovial, preparábame a pasar un buen rato encarando a la humanidad por su lado alegre y ridículo, cuando de súbito se produjo en mí uno de esos cambios bruscos que inconscientemente suelen experimentar los hombres que, habiendo agotado la vida, mucho han gozado y también mucho han sufrido

El recuerdo del placer que empalaga y del dolor que harta, trae aparejado un desencanto profundo y, como consecuencia de él, se despiertan sentimientos de perversidad que espantan y producen el horror de uno mismo, luego que la ofuscación pasa

Hallábame en uno de esos momentos fatales; el demonio de la murmuración aguijoneaba mi espíritu

Sentía despertarse en mí, viva, punzante, la índole del mal; hubiera llegado hasta clavar mis dientes para desgarrar con ellos la blanca túnica de la virgen, y, al través de esa verdadera rabia de dañar que me asaltaba, todo me parecía revestir las formas más odiosas

Pasaba, a la sazón, uno de esos hombres, ni malos ni buenos, como se encuentran diez al volver de cada esquina

Ni se les puede llamar bribones, ni tampoco honorables en la acepción absoluta de la palabra, porque su honradez es elástica: se estira o se encoge, según la medida del lucro a percibir y también según la luz que,

para formar criterio, ofrece un sentido moral falseado por vicios de educación

El sujeto a que me refiero es comerciante, lo que importa decir que, si le confían en depósito una suma de dinero, se guardará muy bien de tocarla y la devolverá religiosamente intacta, aun después de transcurridos largos años; que será incapaz de introducir materialmente la mano en el bolsillo del prójimo para sustraerle ni un peso ni diez millones, pero que bonitamente le meterá cada clavo como un templo, haciéndole creer que le cuesta mil y vende en cien, lo que no le cuesta diez ni vale uno

Poco importa que el desgraciado con quien trata pierda hasta la camisa y arrastre en su ruina a una familia entera reducida a la miseria y los horrores que la acompañan

No crean Vds. que nuestro hombre, por eso, perderá él también ni siquiera un minuto de sueño

Tiene la conciencia tranquila: ha mentido, ha engañado, ha falseado, ha hecho tanto mal como el ladrón que rompe una caja de fierro y se roba el tesoro que encerraba; pero a él ¿qué le importa, si no ha salido del terreno lícito y legal

Ha cometido, es cierto, una iniquidad, pero eso se llama, en el medio donde vive, celebrar una transacción comercial, hacer un buen negocio; estaba en su derecho

Si la operación ha arruinado a la otra parte, si la fatalidad ha pesado sobre ella, ¿es acaso suya la culpa

Evidentemente no. Ese es el comercio

Bien, pues, a ese comerciante, a ese hombre y a los otros de su calaña, que el mundo, donde gozan de una reputación sin mancha, recibe, acata y respeta, yo, en aquel momento, bajo la influencia de la aberración que me dominaba, hubiérales hecho pegar tres mil azotes o cuatro tiros sin mínimo remordimiento de conciencia

—¡Qué preciosa pareja! —exclamó mi vecino, soldado de la pasiva como yo. —¿No le parece a Vd., señor? —agregó, sin duda, aburrido del mutismo en que yacía y queriendo echar conmigo su cuarto a espadas

—Muy linda, efectivamente —le contesté, volviéndole a medias la espalda, poco dispuesto como estaba a mantener comercio intelectual alguno con el *premier venu*

Se refería a dos jóvenes que, entrelazados en las vueltas de un ligero vals, acababan de pasar rozándonos las piernas

Él es lo que se llama un hijo de familia rica

Su padre, creyendo buenamente que no existía en su tierra casa alguna de educación superior digna de su ilustre vástago, y soñando para el niño un porvenir brillante en las ciencias, enviolo, adolescente, a completar sus estudios a Europa

Una vez en París, ya bajo pretexto de instalarse decentemente, tal cual conviene a un joven americano de buena familia para dejar bien sentado su nombre, ya con la excusa de las crecidas sumas que se veía forzado a invertir en los honorarios de sus profesores, príncipes todos de la ciencia, en las necesidades de la vida diaria tan costosa, en los extraordinarios, imprevistos, etc., llegaban aquí, unas tras otras, las cartas en solicitud de nuevas remesas de fondos

El buen progenitor, orgulloso de los progresos de su hijo, contestaba sus epístolas en letras de cambio, con gran contentamiento del joven y sus íntimas de la sociedad *demi-mondaine* en cuyo centro vivía, las que no cesaban de exclamar transportadas de alegría:

—*Oh! Le charmant p 'tit père que t'as là!*

Con ancho paño en que cortar y libre como las alas de un pájaro, fuera más que cretinada preferir el austero recinto del colegio *Charlemagne* o *Louis-le-Grand*, al *tour du Lac* en *coupé* y las cenas en la *Maison Dorée* o el Café Inglés, y la palabra nasal y hueca del profesor en una disertación más o menos soporífera, a las voces *câlines* de *ces dames*, murmurándole a uno en el oído un *mon ange chéri* o *mon petit bibi adoré!*

Nuestro héroe, pues, y con razón, echóse de bruces en esa vida *interlope* que seca el bolsillo, degrada el cuerpo y corrompe el alma, hasta que un buen día, agotado el filón de las larguezas paternas y evaporado el último franco, la cara de hereje de la necesidad obligólo a volverse de disparada

a su país, donde llegó prestigiado por el *chic épatant* que respiraba toda su persona, aunque en cambio, bastante *dégommé* y mucho más baúl que lo que se fue petaca

Desesperado su padre al ver desvanecidas, una a una, sus doradas ilusiones y teniendo que rendirse, por fin, a la evidencia, apeló al recurso supremo a que apelan los padres de esta tierra en tales casos: la ganadería, verdadero *refugium peccatorum* de brutos e inservibles

El pato le salió gallareta, como dicen

Soñó con un sabio y despertó con un burro

¡Y luego, mande Vd. a sus hijos a estudiar en Europa

Su compañera era una preciosa criatura de quince años, poseyendo toda la gracia chispeante y todo el fuego meridional de la criolla, pero hueca, superficial e ignorante como la inmensa mayoría de las mujeres argentinas, cuya inteligencia es un verdadero matorral, merced a la tierna y ejemplar solicitud de nuestros padres de familia

A los ocho años, fue puesta en la escuela de una doña Telésfora cualquiera, no porque en dicho respetabilísimo establecimiento pudieran recibir las niñas una educación moral y física proporcionada a la misión que la mujer está llamada a desempeñar en la vida, eran estas cuestiones de poca monta, sino en virtud de altas razones de otro orden, como por ejemplo: la madre de doña Telésfora, se decía, había sido muy amiga de mamá Abuela

Doña Telésfora estaba muy pobre, era bueno protegerla a la infeliz

Había abierto su escuela a la vuelta, en la misma manzana

Convenía que la niñita estuviera cerca por si llegaba a enfermarse; además, no teniendo que atravesar las bocacalles, la mamá se quedaba tranquila y sin cuidado de que la fuera a apretar algún carro, etc., etc

Poco importaba que para poner escuela, la susodicha doña Telésfora hubiera debido empezar por el principio, es decir, por aprender ella misma lo que pretendía enseñar. Que el tiempo pasara, la niña perdiera lastimosamente sus mejores años y que, a los doce, dragoneando de señorita, saliera bajo la fe de la palabra de doña Telésfora que declaraba

su educación concluida, cometiendo en el piano, con grave daño de orejas ajenas, un *mira oh! Norma*, y escribiendo *corazón* con *s* y *hasta* sin *h*, en las misivas amorosas que se cambiaba en la puerta de calle con uno de los pilletes del barrio, miembro del grupo de pilletes raboneros y pitadores de cigarrillos de papel que estacionaban en el poste de la esquina, frente al almacén de D. Juan el genovés

Así fue que, a los catorce años, la tenían Vds. ascendida a la categoría de mujer, con la solemne consagración del ardientemente soñado y mil veces ensayado vestido largo, y, a los quince, la encontraban ya lanzada en el torbellino del mundo, leona de la moda del día, reina de la alta sociedad

Pero, acérquensele con la pretensión de pasar media hora en su amable compañía; o no resisten diez minutos, el fastidio los azonza como un golpe de maza, o se hallan fatalmente obligados a echar mano de la trivialidad, a darle o recibir de ella lo que se conviene en llamar una broma, a hablar de novios, de que dicen que fulano festeja y se casa con fulanita, la que ha hecho bolsa a zutano, o bien, como recurso supremo, a desenvainar las tijeras y a cortar a destajo las carnes del infeliz que cae bajo la afilada herramienta

Y como si la mujer fuera un cero a la izquierda, algo de poco más o menos y no debiera ejercer maldita la influencia en la familia y, por consecuencia, en la sociedad, en su marcha y perfeccionamiento, es así como tratamos de levantar su nivel moral

¿Qué nos importa que en otras partes, en los Estados Unidos, por ejemplo, que tenemos a gala de plagiar, muchas veces sin ton ni son como los monos, la dignifiquen hasta el punto de preocuparse de sus derechos políticos y hacer de ella altos funcionarios públicos, médicos, abogados, etc.

A nosotros nos acomoda y da la regalada gana tenerla en cuenta de cosa

¿Por qué

Porque sí, porque la rutina es un vicio inveterado en nuestra sangre y porque tal era la antigua usanza de nuestros padres los españoles de marras

¡A lo que te criaste grullo, y siga la danza y viva la república a lo año diez

Entraba en ese momento, nada les importa a Vds. saber del brazo de
quién, una mujer amiga mía

Era ésta, mi buena y querida amiga, lo que vulgarmente se llama una
lengua de víbora

Donde encajaba su colmillo maldito, envenenaba hasta matar

Ha pasado su vida como los espectros del poeta, urdiendo redes y
cavando abismos bajo los pies de la humanidad. Para ella no ha habido
nunca hombre honrado ni mujer virtuosa

Ha explotado la desgracia haciendo delito de las culpas, crímenes de los
delitos

Centinela avanzada de escándalos, cuando la verdad no le ha dado
pábulo a encarnizarse sobre su víctima ya zaherida por los otros, ha
saciado sus pasiones rastreras en las más monstruosas calumnias

Ha inventado bajezas, ha mentido infamias, ha forjado atrocidades

Ni el anciano, ni la matrona, ni la virgen, nadie ha conseguido jamás
escapar a su baba ponzoñosa

Ni aun la paz augusta de los sepulcros ha bastado a poner freno a su furor
de profanar y, arrastrada por sus instintos de chacal, ha llegado como él
hasta cebarse en los cadáveres que desenterraba

¿No les basta

Agreguen una inteligencia tan rápida de concebir, como su voluntad de
dañar; tan abierta a la comprensión, como su índole al mal. Una
imaginación fecunda como tierra irrigada con materias cloacales; ese
espíritu sutil, incisivo, propio de la mujer, capaz de penetrar y animar una
roca, unido al temple rudo y perseverante del hombre y tendrán ustedes un
perfil en boceto de su retrato, un pálido reflejo de la realidad

La relación de simpatía entre el estado accidental de mi espíritu y la índole
de esta maldita, hizo, sin duda, que me sintiera atraído hacia ella por una
fuerza irresistible

Sentéme, pues, a su lado, buscando en ese foco ardiente de perversidad nuevo incentivo a la maledicencia, como los monos buscan el sol y los gatos la estufa

—¡Es Vd., mi querido amigo! ¡Cuánto tiempo hace que no tengo el gusto de verlo! ¿Acaso el lobo se ha convertido en cordero y, en expiación de sus pasadas fechorías, le han acometido veleidades de ascetismo, o bien se ha decidido Vd. a profesar con voto solemne en alguna orden y anda el diablo disfrazado de monje

—Ni una ni otra cosa, señora —le contesté—. Creo que el talento del artista está en saber retirarse a tiempo de la escena

«El respetable público me sabía ya de memoria. Gastados mis medios con el uso y con los años, habríame visto reducido a apelar a esos deplorables *trucs* de la fragilidad humana en la época de la decadencia, en la hora tremenda de la *dégringolade* que, por desgracia, había sonado para mí y, queriendo evitar a todo trance la compasión y el ridículo con que el mundo fustiga, y con justicia, a los viejos pisa-verdes, he resuelto liquidar mis cuentas con él y pasar el resto de mi vida pacíficamente encerrado entre las cuatro paredes de mi casa

¿He hecho bien? ¿He hecho mal? Seguro estoy de que nadie mejor que Vd., mi amiga y contemporánea, sabrá apreciar la cordura de mi conducta

—Ha hecho Vd. Perfectamente— dijo; y luego, contrariada sin duda por mis últimas palabras y en busca de una revancha— ¡Cómo transcurre el tiempo! —exclamó, mirándome fijamente con intención marcada. Está Vd. flaco y de veras muy avejentado, mi querido amigo

—Si la flacura y la vejez fueran objetos de envidia, le contesté, diría que de puro envidiosa habla Vd. así. Pero, ¡ay de mí!, me es fuerza reconocerlo. Sólo los nobles sentimientos de su buena alma pueden haberle inspirado el interés que me dispensa y la compasión que se lee retratada en su semblante

«Crea Vd. que le quedo profundamente agradecido. Yo, por el contrario, vea lo que es el mundo, la encuentro siempre linda y siempre joven. Se diría que el tiempo no deja huellas en Vd. y, no obstante, hace fecha —insistí— que tengo el honor de conocerla y el placer de contarme en el número de sus buenos amigos. ¿Recuerda Vd. allá por los años cincuenta

y no sé cuántos? Éramos ya ambos de avería..

—He tenido siempre muy mala memoria —me interrumpió visiblemente picada— para acordarme de las fechas

—No es posible, sin embargo, que la haya perdido del todo, tratándose de Vd., por más que, lo confieso, hablé de hechos que empiezan a borrarse en la noche de los tiempos

«Decía, pues —agregué con el propósito decidido de pincharla y hacerla saltar— que hace la friolera de veinte y tantos años (y ya entonces Vd. debía contar otros veinte)..

—¡Ea! ¡Hasta .cuándo, por Dios! —exclamó con un movimiento de impaciencia y una chispa de cólera en los ojos— Doble Vd. la hoja y basta

«Permítame que le observe que en su mezquino empeño por vengarse de lo que, adulterando el sentido de mis palabras, ha creído Vd. una maldad y no ha sido otra cosa, pongo a Dios por testigo, que una manifestación brutal si se quiere, pero franca y espontánea del amistoso interés que me inspira, se muestra Vd. poco galante y corre riesgo, si prosigue, de volverse cargoso y hasta impertinente

Y luego, con marcada ironía

—Si lo he ofendido, ¡pídole mil perdones —agregó— pero no sea cruel; no se cebe en una pobre mujer indefensa y, desde lo alto de su grandeza, hágame la limosna de un poco de paz o, por lo menos, de tregua de bromas de mal gusto...

—Señora, me deja Vd. confundido. Es a mí a quien toca pedirle humildemente perdón si he podido causarle algún disgusto

«Paz, mi noble amiga, paz; soy yo el primero en implorarla de hinojos y en doblar mis dos rodillas para rendirle el más cumplido homenaje...

—Paz, entonces —dijo, tendiéndome la mano

Vanitas vanitatis...

Esa cabeza poderosamente organizada, esa naturaleza superior, dura, implacable, grande en la obra de destrucción a que la fatalidad la

empujaba, que hubiérase dicho, por lo mismo, inaccesible en su grandeza infernal a las debilidades humanas, presentábales, no obstante, el flanco abierto y vulnerable; tanto que un simple lugar común, una broma de mal gusto, como ella misma la llamaba, hacía la volverse sobrecogida de rabia y de dolor como culebra a la que le pisan la cola

Et omnia vanitas

Después de un momento de silencio en que pareció recobrar su aplomo habitual

—¿No le parece —me dijo sonriendo— que en vez de arañarnos como muchachos mal criados, sería mejor y más entretenido hacer con los muñecos de cuerda que se mueven delante de nosotros lo que hacen ellos con sus juguetes

Ahí le dolía; la gata no tardaba en mostrar las uñas

—Rompa Vd., mi querida amiga; rompa y despedace a su antojo. No puede proporcionarme placer más grande

Y sin hacérselo decir dos veces

—¿Ve Vd. —me preguntó— a ese tipo de plácido rostro, con sus largas patillas peinadas a la inglesa y cuyos grandes ojos azules, dulces y apacibles, harían creer en una alma pura, a la vez que la dignidad de su porte y distinción de sus maneras parecen revelar un perfecto *gentleman*

—¿Y bien

—Y bien, eso que a los ojos de muchos pasa por un hombre y, lo que es más, por un hombre decente, se halla muy lejos de serlo

«Si Vd. le raspa un poco la corteza, se encuentra con un hongo, con un apéndice de los que suelen pegarse sin que se sepa cómo; un injerto de *yuyo* venenoso importado Dios sabe de dónde, que se adhiere a la planta indígena, se confunde con ella y concluye por echar raíces y florecer merced a la espontánea y lujosa feracidad de este suelo de bendición; un presente griego; un aventurero, en fin, o, lo que es lo mismo, un caballero de industria

«Plebeyo como John Bull, la posesión del oro que su audacia y la

insensata candidez de la familia en cuyo seno se ha metido, como el vampiro para chuparle la sangre, le brindan a manos llenas, despierta de pronto en él sueños de vanidad y de ambición

«Desaparece, se ausenta por un tiempo y luego vuelve a aparecer de improviso, engalanado con el anexo de un título cualquiera de conde o de marqués, que ha comprado con el procreo de las haciendas del manso y poco advertido suegro, en alguna ropavejería de Italia o de Portugal, donde esas drogas se expenden a vil precio

«¡Y muy feliz aun cuando el hambriento recogido en media calle se harta con una presa y no lleva su apetito brutal hasta hacer tabla rasa del opíparo festín

«¡Hasta cuándo, por Dios —agregó— la nobleza continuará siendo la máscara de la zoncera de los hombres; hasta cuándo soportarán Vds. impasibles que esta canalla explote inicuaamente el acceso franco y generoso, la hospitalidad patriarcal que se les ofrece!»

—Tiene Vd. razón —me apresuré a contestarle arrastrado, a pesar mío, por la fuerza de sus palabras— ¡Es tiempo ya de que los gentiles queden expulsados del templo y se cierran al intruso las puertas del hogar cuya santidad profana...

—El hogar, el hogar... —murmuró como arrepentida de un arranque de nobleza extraño a su carácter— No lo tome en tono tan solemne. Recuerde que hay sólo un paso de lo sublime a lo ridículo y, sobre todo, no olvide que el oropel también relumbra..

«¡Hogar-santuario!... ármese, se lo aconsejo, de una linterna e inspírese previamente en el ejemplo de Job para poder encontrarlo por los tiempos que corren

«Asómese, si no, al de la mujer que nuestro hombre lleva del brazo, y si resiste dos minutos a la fetidez que despide, quiero que venga y me lo cuente»

—Pero esa mujer —le observé— es, según dicen, una santa, un raro ejemplo de abnegación conyugal, algo como el ángel de caridad consagrado a aliviar los sufrimientos de un infeliz, de un hijo desheredado de la naturaleza, contrahecho y repugnante

—Y, sin embargo, el ángel no es otra cosa que un ángel caído; una mujer de rara belleza, pero astuta, sin corazón, seca de esa sensibilidad propia de su sexo, exquisita, delicadísima; una hija de mármol, en una palabra, tan empapada en el espíritu de su siglo, dotada de una precocidad tan pasmosa que, niña aún, no trepidó en sacrificar sus hechizos de virgen al becerro de oro, en el lecho de un deforme diez veces millonario

«El espectáculo repelente de ese miserable cuyo físico, del que la vida huye horrorizada, va inclinándose fatalmente, hasta que llegue un día a confundirse con la tierra de donde nunca debió salir y, a su lado, la criatura venal, la especuladora, la mujer cifra, que cuenta los latidos de su pecho y calcula las horas que aún le restan, espionando el momento en que su cadáver quede tendido en el suelo para redondear el espléndido negocio, para arrebatarse el manto de oro que lo cubre, como los chimangos espían la muerte del cordero para devorarlo los ojos

«Ahí tiene Vd. el dulce y apacible cuadro de un hogar, y como éste hay muchos otros: aquél, sin ir más lejos —dijo, en seguida, señalando hacia un punto del salón

—¿Conoce Vd. a esa pareja? —agregó

Se refería a un marido y a su mujer que hablando en voz baja atinaban a pasar frente a nosotros

—Para no conocerla, fuerza sería que cayera de la luna o que viviera en Tebas —le contesté

—No se jacte, mi amigo, no se jacte; ande despacio

«Mire que todos los días se aprende y, Dios me perdone, me parece que en este caso algo queda a Vd. por aprender

«¿Quiere que le cuente una peregrina historia? Escuche y la sabrá

«Hace años un hombre rico tendía su mano a una guaranga, y llevado por su carácter noble y generoso, la hacía suya delante del altar cuando nada le impedía habérsela adjudicado detrás

«Vd. sabe que si hay corazas que resisten a los conos de acero, no se han inventado todavía capaces de oponerse a la vieja bala esférica de oro y,

muchos menos, la miserable cáscara de nuez que nos ampara a nosotras, pobres y frágiles mujeres

«Del casucho que habitaba con su familia en el barrio del alto, nuestra heroína, apestando a pastillas de sahumar, se trasladó a la espléndida mansión que su esposo le había destinado en una de las calles aristocráticas del centro

«¿Cree Vd. acaso que se casó enamorada o, por lo menos, que los beneficios derramados sobre ella y los suyos a manos llenas por la bondad de su marido, el cariño que le profesaba, las consideraciones de que la rodeaba, el *confort*, la riqueza, el empleo lucrativo dado al padre, el colegio pagado a los hermanos, despertaron en ella sentimientos de gratitud, señalándole el camino del deber

«¡Qué disparate, mi amigo

«Se casó por la plata y sin educación, sin conciencia, sin moral ni religión, instintivamente inclinada al mal y capaz de familiarizarse con él hasta en el crimen, una vez rica, los placeres, la vida disipada, el lujo, el esplendor, absorbieron por completo su tiempo

«No faltó, como no falta nunca uno de esos seres pervertidos que, a título de pariente, de socio o de médico, se cuelan en una casa, toman posesión de ella, ganan poco a poco toda sus avenidas y, cubiertos con la máscara de la amistad, llegan hasta penetrar en el lecho de la esposa, hasta meter una mano ladrona en su regazo, mientras aprietan efusivamente con la otra la del hombre bueno y confiado, incapaz de sospechar el mal, porque es incapaz de cometerlo él mismo, a quien roban su honra de la manera más infame

«Lo de siempre, mi querido amigo, el médico de la casa se convirtió en el querido de la esposa y de esa unión criminal nacieron varios hijos con un apellido honrado y una sangre bastarda

«Un buen día, la sociedad se sintió dolorosamente impresionada por la muerte del marido que acababa de sucumbir víctima de una larga y penosa enfermedad y, un año después, circulaba por el público la noticia de que la viuda contraía nuevo enlace con el médico en cuestión

«En todo esto nada había que observar miradas las cosas por encima

«Las exigencias del mundo habían sido cumplidas

«Habíase guardado un año de duelo al muerto. Ella, además, era linda y joven todavía; nada más natural, por consiguiente, que aun habiendo adorado a su marido, la resignación cristiana concluyera por llevar la paz a su alma, el tiempo cicatrizara las llagas de su corazón, la naturaleza reaccionara y no viviese voluntariamente condenada a una perpetua viudez

«El enlace, pues, tuvo lugar, y hoy los cónyuges son un matrimonio modelo

«Él, un médico distinguido, tiene una numerosa clientela y goza de una reputación envidiable como hombre y como sabio

«A su puerta jamás ha llamado en vano la voz de la desgracia, viéndosele siempre acudir solícito, lo mismo al lujoso lecho del rico que al pobre y desnudo catre del proletario

«Ella, una virtuosísima matrona, socia de cuanta institución filantrópica existe entre nosotros, cuyas pingües rentas no bastan, sin embargo, al inmenso tesoro de caridad de su alma, tales y tan grandes son las obras de beneficencia que practica

«Ambos viven contentos y felices, de esa bienaventurada felicidad de los justos que reposan en la fuerza misma de la virtud

«Esto es lo que universalmente corre como palabra de evangelio, ¿no es así

«Pero, ¿desea Vd. saber hasta dónde dice la verdad o hasta qué punto miente la voz pública; quiere Vd. sondear esas conciencias, registrar ese hogar, descorrer el velo que cubre ese santuario y averiguar qué santos ocupan esos nichos

«Vaya y pregúnteselo al facultativo llamado en consulta para salvar las formas, sin duda, a la cabecera del primer marido moribundo, cuya agonía presencié

«Él le dirá al oído, mirando con cautela en su alrededor y pidiéndole reserva, que todo lo que cura, mata, según la medida en que se da y que la fatalidad, habiendo tomado cartas en el juego, hizo que se les fuera la mano al médico y a la esposa en una dosis de arsénico»

Un movimiento irreflexivo de sorpresa ante tan negra acción fue lo primero que experimenté al escuchar estas últimas palabras

Un momento después, el grito de la conciencia negándose a darles crédito, mi asombro, se trocaba en ira contra la que había lanzado la calumnia, forjándola ella misma o haciéndose eco de los calumniadores

—¡Esa debe ser una infame mentira! —dije bruscamente, sintiendo que la sangre encendía mi rostro

—¡Mentira! —exclamó con una carcajada seca que, más que risa, fue un sacudimiento nervios

«¡Qué atrasado de noticias está, mi amigo

«Se diría que es Vd. un angelito que vive en la gloria. Decididamente, anda muy dejado de la mano de Dios»

Y luego, mirándome con fijeza

—¡Qué —agregó—, se ha puesto Vd. colorado; el rubor y la cólera han encendido sus mejillas

«¡Ilustre campeón, digno de los más heroicos tiempos

«¿Por qué no se encaja de una vez la vasija, enristra la lanza y se larga a enderezar entuertos por esos mundos? —agregó con la zorrería más mordaz de que era susceptible

«No encontraría Vd., es cierto, aspas de molino a su disposición, los que hoy se gastan no son ya de viento, pero, en cambio, podría Vd. romperse la crisma contra el castillo encantado del ridículo y hacerse golpear la boca hasta por los muchachos de escuela»

—Todo lo que Vd. quiera —repliqué en tono rudo y grosero, resuelto a poner fin a aquella escena que se me iba volviendo insoportablemente odiosa, a medida que se disipaba la nube que había ofuscado mi razón, que recobraba poco a poco la posesión de mi yo

—Entre mi papel de viejo ridículo, sin embargo, y el suyo que podría y que no quiero calificar, no necesito agregar que me quedo con el mío —dije

después

—¡Pero infeliz! —insistió, dejándose caer con rabia sobre esta palabra—
¡De qué pasta lo ha hecho Dios, cuando se escandaliza por tan poco

«¿Que no sabe que cosas mil veces peores son hoy moneda corriente, que todo el mundo da y recibe sin que a nadie se le ocurra ni sospechar siquiera que le meten un billete falso

«¡En qué mundo vive Vd., mi pobre amigo

«Y mire —continuó—, el acaso me sirve a las mil maravillas para probarle que tengo razón y no pasa de ser Vd. un pobre creyente de la boca abierta

«Observe a esa criatura que baila allí en un cuadro de lanceros

«No necesito decirle que es rubia, de cabellos dorados como las primeras ilusiones y linda como los ángeles

«Se diría que un exquisito perfume de candor se exhala de sus delicados contornos y satura la atmósfera que respira

«Todo esto Vd. lo ve

«Pero lo que no sabe y quiero que sepa, para que no ande dando lástimas y sentando por ahí plaza de... cándido, es cuál fue la causa de que su familia desapareciera de pronto el año pasado»

—El estado de la salud de la señora, a quien el médico ordenaba una temporada de campo. Es eso lo que he oído, por lo menos

—Sí, eso fue lo que se dijo, ¿pero era acaso la verdad, o se había buscado sólo un pretexto

«¿Se hallaba, efectivamente, enferma la madre y de enfermedad tan curiosa que el médico la mandara en el mes de julio a la frontera, o se trataba de la salud de la hija, de algún escandaloso secreto, de encerrar en el silencio un acontecimiento fatal, inevitable, que debía producirse pocos meses después y cuya revelación hubiera cubierto a todos de vergüenza

«El mulato zafio, lameplatos de la casa y protagonista de la fiesta, es el

que, mejor que nadie, podría arrojar la luz que rasgara este misterio»

¡Oh! ¡Hacer de una matrona un ser degradado y perverso, y de una virgen una impura, era el colmo de la iniquidad

Todo lo que había en mí sano y honrado se rebeló en presencia de maldad tan monstruosa

Hubiera querido que aquella mujer fuese un hombre para haberle azotado el rostro y haberlo muerto después..

Me sucedió lo que a los borrachos, que se apoderan de la botella e incitados por el dorado líquido que contiene, beben un vaso primero y otro y otro después, hasta que el estómago se subleva en medio de terribles ansias

Sediento de maledicencia, habíame embriagado yo también en el aliento mortífero de esa mujer, o, más bien, de ese demonio, hasta que el exceso del veneno absorbido llegaba a sublevar mi alma de indignación, haciéndome conservar de aquella escena un recuerdo desagradable y fastidioso

De entre un grupo de personas que estacionaba hacia el lado opuesto del salón, se destacaba la alta silueta de un joven periodista, con sus grandes ojos chispeantes de maligna travesura y cierta expresión, peculiar en él, de permanente sarcasmo en el rostro

No se le puede mirar sin un vago asomo de desconfianza y de miedo, a la vez que, aberración inexplicable, se siente uno atraído hacia él en íntima simpatía, por un no sé qué que emana de toda su persona, seduce y cautiva

Saturado de talento hasta el último rincón de la cabeza, es brillante, afilado y peligroso como una navaja de barba

Si se le maneja con tino, deja la piel lisa, tersa y suave como un guante de Bertin; pero por poco que se vaya la mano, roza, hace arder, corta, saca sangre y va hasta penetrar profundamente en las carnes

Implacable con sus enemigos, sin que ni la desgracia, ni el castigo, ni el tiempo basten a amortiguar sus odios, podría grabar en su pluma

Qu'y s'y frotte, s'y pique

Era la única cara conocida que en ese instante ofrecíase a mi vista

A él me dirigí de pronto y tomándolo del brazo

—Venga —le dije—; acompáñeme a fumar un cigarro; acabo de pasar un mal momento; he sufrido un vértigo y necesito respirar el aire puro de la noche.

IV

Tengo el gusto de presentar a Vds. a don Juan José Taniete, a quien más de una vez encontraremos en lo sucesivo, ilustre descendiente de Pelayo, cometido allá en los años de 1821, más o menos, por padres pobres *peru hunradus*, en el pueblo de *Lestemoñu*, patrón San Vicente de *Lajraña*, *arradadu siete lejuas* de la *Cruña*

Don Juan José Taniete desempeña cerca de mi real persona las delicadas funciones de portero y hombre de confianza, con más la de limpiabotas

Y digo *Don Juan* porque él así me lo tiene dicho

El día en que entró a mi servicio y al recibirse de su empleo

—¿Cómo se llama Vd? —le pregunté

—Don Juan *Jusé* Taniete— me contestó, mostrándome una de las cabezas más cuadradas que haya tenido ocasión de admirar hasta la fecha y declinándome, en seguida, los etcéteras susodichos

—¡Basta, pueblo, basta! —exclamé

No necesito más, la incógnita queda despejada, el problema resuelto, contestadas *a priori* las tres sacramentales preguntas

—¿Quién eres

—Una bestia

—¿De dónde vienes

—De Galicia, la tierra de bendición donde esos frutos se cosechan por millones

—¿Adónde vas

—A darte más de un mal rato, a sacarte pelos blancos, a envenenarte la vida, acaso a matarte a disgustos

En las primeras de cambio, un grave y serio conflicto, una escisión profunda a propósito del *Don*, amenazó turbar la calma de nuestras mutuas relaciones

—Partamos la diferencia, le dije:

Usted se aferra en el Don,
yo insisto en el Juan o el Pepe:

lo llamaré a Vd. Taniete
por vía de transacción.

Y quedó así satisfactoriamente resuelta para ambos esta vidriosa cuestión de etiqueta

Taniete, pues

¿Quieren Vds. una muestra, una sola, pero típica, característica, del valor inapreciable de mi alhaja

Nótese que no se trata de un cuento de gallego o, mejor, de uno de esos cuentos que se inventan para colgárselos a los gallegos; éste es perfectamente histórico y en su verdad precisamente está su mérito

Allá va

Eran las siete y media de la noche

Acababa de comer en circunstancias en que Taniete entraba con un número de *El Nacional* en la mano

—Encienda el gas —le dije, señalando la araña colgada sobre la mesa del comedor

—¿Mande Vd.

Taniete es sordo; no acostumbra darse por notificado de las órdenes que recibe sino a la segunda intimación

—¡Que encienda Vd. el gas! —repetí, haciendo temblar los vidrios

—Nu pierda cuidadu ninjunu

Sacó flemáticamente un fósforo, lo rascó y, con el aplomo de un hombre que sabe lo que tiene entre manos, lo acercó a uno de los picos, sin haberse previamente tomado la molestia de abrirlo, en cuya actitud se mantuvo firme por lo menos un minuto

¡Bien hubiera podido aguantarse impertérrito hasta la consumación de los siglos

Viendo que la luz no se hacía, puso en prensa la cholla y creyó dar en el quid de la cosa

Se golpeó la frente con la mano; salió, bajó con paso medurado la escalera, la subió un momento después, entró de nuevo y se puso a repetir muy orondo lo del fósforo

¡Vana tarea; siempre el mismo resultado negativo; siempre las mismas densas tinieblas nos rodeaban

Decididamente, el gas no se encendía

Y obsérvese que, lo que es esta vez, no se le quedó en el tintero la medida precaucional de abrir la llave del pico

Pero ¡cómo había de encenderse si, creyendo cerrado el gasómetro que, al contrario, se hallaba abierto, en su empeño de abrirlo lo acababa de cerrar, el muy zopenco

—Señor, estu no camina —dijo por fin desconcertado—. Está descumpuestu el reló (vulgo medidor)

Mientras voy a llamar al maquenista megor será que prenda una vela cun este mistu

—¡Una gruesa de cohetes en la cola le había de prender yo, so animal, por hacer las cosas al revés

Basta, ¿no es verdad? Ya conocen Vds. a Taniete

Hallábame, pues, *en train* de pagarme uno de los más succulentos deleites sensuales que conozca; el único ejercicio gimnástico que tolero y admito, como acomodado a mis gustos

Acostado de espaldas sobre la cama, con los brazos en forma de O, encuadrando la cabeza hasta juntar por encima de ella las muñecas, los ojos voluptuosamente entreabiertos y el más inefable corrimiento de placer en todo el cuerpo, imprimía un fuerte movimiento de tensión a mi aparato muscular, es decir, me estiraba entre dos bostezos con toda la morronga de un gato, cuando se dibujó, hacia el dintel de la puerta, una mano primero que, por su tamaño, parecía descolgada de la muestra de un guantero; sobre el umbral, después, un pie ancho como cimiento de tres ladrillos y poco a poco, por último, la maciza corpulencia de Taniete que entraba trayéndome una carta

Rompí el sobre inmediatamente, al reconocer la letra de Juan y me encontré con el suave y dulce idilio, con el agreste botijo de miel que me permito ofrecer a Vds.

«*Los Tres Médanos, diciembre ... de*

«La bienaventuranza del paraíso de Indra, prometida a los creyentes por el fanatismo oriental, es, te lo juro, mi querido amigo, de un *maigre appât* al lado de la dicha inmensa que inunda las horas de mi vida

«Vivo transportado al quinto cielo, o lo que es lo mismo, en *Los Tres Médanos* con sus nueve leguas de magnífico campo adquirido por mi abuelo en cambio de un par de estribos de plata, en los tiempos en que esta zona de tierra era uno de los centros del poder de los salvajes y que hoy basta por sí sola a constituir una fortuna respetable

«Mi mujer es una santa

«Pura ella misma como el aire que respiro (son las seis de la mañana y te escribo desde el corredor), su contacto divino purifica y limpia de las manchas que el roce con los hombres va dejando sobre la conciencia

«A su lado es imposible ser malo. El espíritu se siente alentado por la fuerza de la virtud y la expresión de bondad de una sola de sus miradas, arrebatada por Dios mismo a su tesoro de bondad infinita para animar con

ella los ojos de mi María, es una fuente bendita de inspiración donde aun el alma envenenada del parricida podría beber el bálsamo regenerador que lo llamara a nuevo ser

«La quiero hasta donde la mente humana concibe lo posible

«Alguien puede haber querido como yo; más allá nadie ha llegado, ni aun aquellos que, como los héroes de Shakespeare y Walter Scott, incapaces de soportar el peso de la vida, se matan porque ha muerto la mujer amada

«Si yo perdiera a la mía, no necesitaría echar mano de un arma: ¡el dolor me mataría

«Lo que por ella siento es pasión, idolatría, frenesí y en el exceso mismo de mi cariño, en la violencia de mi amor, mi imaginación calenturienta se goza en crear fantasmas, en darles vida, forma y color, para destruirlos después

«Ayer no más, seducidos por la melancolía que la soledad de la pampa imprime a la última hora de la tarde, nos dejábamos caer sentados sobre el tronco del viejo ombú que tú conoces

«Su cabeza adorada se apoyaba sobre mis hombros; mi boca se posaba sobre su boca; mis ojos de bañaban en sus ojos, y nuestros corazones apretados se hablaban al través de la valla de carne que los separaba en el lenguaje misterioso de sus latidos cuyas voces confundían en la impotencia de confundirse ellos mismos, cuando en medio a la dulce embriaguez que me dominaba, un grito agrio y destemplado vino a romper la magia de mi encanto

«¿Qué he hecho yo, me decía, un cualquiera, para merecer los favores del cielo

«¿Por qué el Señor no ha elegido a uno de entre los suyos y lo ha colmado de esta felicidad suprema de que me colma a mí

«¡Pero si soy indigno de ella y Dios es justo, es mentira entonces lo que me sucede, es un sueño el que embarga mis sentidos, cuyo despertar será tanto más cruel cuanto más bellas son las visiones que ahora me fascinan

«¡Sí, sí, esto tiene que concluir: este encanto que me anima y me transporta tiene que desvanecerse al soplo de la realidad, como la niebla

que baña y da vida a las plantas se desvanece al soplo del pampero

«¡Ay de mí! ¡Ay de mi porvenir! ¡Ay de mi vida

«¡Cómo sufría, mi querido amigo, en aquel instante, oh qué horrible padecer

«Por fortuna, la voz dulcísima de María que, entre un beso y otro beso, murmuraba al través de su aliento tibio y perfumado: ¡cuánto te quiero, cuánto! ¡Sí, sí, soy tuya y tuya para siempre!, llegó entonces a mi oído, como una caricia y un consuelo, a acallar el quimérico rumor de la amenaza que se forjaba mi espíritu asustadizo

«¡Imposible! —pensé entonces; ella es mía, soy su esposo; su suerte se halla vinculada eternamente a mi suerte. Si la desgracia se abatiera sobre mí, si el Señor me castigara, tendría que caer condenada y envuelta ella también en mi castigo. ¡No, no, no puede ser, sería una blasfemia: mi María es un ángel, y Dios en su misericordia infinita no quiere, no debe querer, no puede castigar a los ángeles

«En fin, mi querido amigo, con decirte que estoy locamente enamorado de mi mujer, te digo todo; no extrañes, pues, que el amor me haga pensar y escribir locuras

«¿Quieres que te haga la historia de nuestra vida pastoril, cuyas horas se deslizan con una rapidez vertiginosa

«A las cinco de la mañana nos despierta el primer rayo de sol que penetra por la ventana y llega a reflejarse sobre nuestras almohadas

«¿Qué es eso de nuestras almohadas? —exclamarás. ¿Es así como D. Juan ha seguido mi consejo, el consejo *d'un vieux de la vieille*, como dirías tú, de un vividor que sabe dónde le aprieta el zapato

«Es cierto, confieso humildemente mi pecado, hago acto de contrición y espero de rodillas que me absueles

«Me animaban, tú lo sabes, los propósitos más sanos; tanto que entre los trastos que aquí mandé, no quise, de intento, incluir una cama camera, resuelto como estaba a atenerme a las viejas *cujas* de nuestros abuelos en las que apenas cabe cómodamente un flaco..

«¡Pero, qué quieres

«Desde luego, de la primera noche no hay que hablar, y eso por muchas razones: pasémosle una raya

«En la siguiente, María tuvo miedo de los ladrones, la pobrecita, y yo también... de no poder dormir sin ella

«Fue ésta una segunda edición de la anterior, que amenazaba repetirse la tercera

«Era indispensable, sin embargo, poner fin a tan alarmante estado de cosas para evitar que el uso degenerara en abuso y la moral se relajara

«Adopté, entonces, como un término medio justo y conciliatorio, el siguiente temperamento: juntar nuestras dos camas

«Así, me decía, haciéndome una dulce violencia, el principio queda a todas luces salvado, no faltó a mis compromisos y resuelvo a la vez la delicada cuestión del miedo

«Pero, ¡ay, hermano; el hombre propone y el diablo dispone

«A pesar de todo, una de las malditas camas amanecía viuda y desamparada: la mía por lo regular

«Insistir era tiempo perdido; como quien dice predicar en desierto o aplicar una cataplasma sobre una pierna de palo

«¡A Roma, pues, por todas partes

«Hice de tripas corazón y puse manos a la obra; atravesé los colchones, suprimiendo así una solución de continuidad incongruente en el sentido longitudinal; corté una de mis corbatas en dos pedazos iguales; con cada uno de estos fragmentos amarré, dos a dos, las patas de las camas para evitar que se abriesen, cavando un abismo entre nosotros y logré de esta manera ver coronados mis esfuerzos por la constitución de un todo compacto, homogéneo y más o menos confortable

«Hoy el mal no tiene remedio

«Pedirme que duerma sin mi mujer, es pedir a la uña que viva sin la carne

o a las sombras que se alejen de los cuerpos

«Y, últimamente, para que no me fastidies más, exclamo como Hélene:
Ce n'es pas ma faute, mon cher Calchas, que veux-tu! C'est la fatalité!

«En mi debilidad está mi excusa; en mi impotencia, mi justificación

«Decía, pues, que nos despertamos a las cinco

«Después de transcurrida una hora que, por supuesto, no pasamos de haraganes, nos bañamos, bebemos ambos una cantidad que fluctúa entre 4 y 8 vasos de leche al pie de la vaca, según las fuerzas más o menos exhaustas reclaman una dosis mayor o menor de reconstituyente y salimos a caballo o en carruaje: la elección depende del estado de cansancio o de postración producido por el ejercicio de la víspera

«Pasamos por el rodeo, recorremos los puestos, recreamos nuestros oídos como un *dilettante* recrearía los suyos en el *spirto gentil* de Aramburo o *la Africana* de Gayarre (de tal manera la dicha predispone a la benevolencia), en el mugido de las vacas, en el relincho de los potros, en el balido de las ovejas, en el grito de los teros y hasta en el ladrido de los perros y el chillido de las crías del puestero que, confundidas con la jauría, medio desnudas y reñidas a muerte con el agua y el jabón, pero sanas, robustas y más redondas que los pambazos sus homónimos en color, salen a recibirnos al palenque y rodean el carruaje o las patas de nuestros caballos con cada ojo como pieza de a dos reales y una expresión de arisca curiosidad que tiene tanto de la bestia como del ser humano

«Han dado las diez de la mañana y estamos de regreso perseguidos por un apetito voraz

«Con el maligno intento de aguzar tus instintos carniceros, de que la boca se te vuelva agua, pues sé de qué pie cojeas, incluyo a continuación el *menú* de nuestro almuerzo.

Potage

Caldo de vaca.

Entrée

Puchero de vaca.

Légumes

(Suprimidas por inútiles).

Roti

Vaca al asador.

Entremets sucrés

Mazamorra.

Arroz con leche.

Desserts

Dulce.

Queso mantecoso.

Duraznos del monte.

Hors-d' oeuvres

Café con leche.

Chocolate.

Manteca, etc.

«El todo, sabrosamente confeccionado a la criolla por la mulata Jacinta, hija de la negra Marta, esclava de mi abuela, y *cordón bleu* de profesión

«Después de almorzar, el ardor de la edad y el calor de la estación nos despoja de nuestros vestidos, la cama nos llama a gritos y la siesta nos embarga hasta las cuatro de la tarde

«A las cinco, nos espera la mesa con una segunda edición del almuerzo corregida y aumentada en algún tradicional pastel de fuente, humitas o carbonada, habiéndose intimado a Jacinta, bajo las penas más severas, la prohibición de echar mano de las conservas del Gas: *foie gras*, mortadela, espárragos y compañía, que sólo figuran aquí *ad pompam ed ostentationem*; de los vinos de Bazille, ventajosamente reemplazados por el agua *frappée* del pozo, y de los excelentes jamones de Gerónimo que se envejecen de rabia y se pudren de fastidio, al verse relegados al olvido en el último rincón del aparador

«Ha sonado la hora de la poesía, los instantes de música celestial consagrados a las moradoras del Parnaso por el Amor, el más ladino de los dioses, según Racine, para zungarse a la susodicha montaña

«Son las seis de la tarde y se nos ve aparecer como los hermanos siameses, siempre pegados, ya en las calles del jardín, ya en lo alto de la loma, en el borde de la laguna o a lo largo del arroyo, diciéndonos, por cambiar, lo mismo que nos decimos todos los días, en todos los tonos y semi-tonos de la escala, con acompañamiento de besos y cariños: yo te adoro, y yo también

«De las ocho a la nueve de la noche, partida de brisca y de burro tizado y a las nueve a la cama, no sin antes haber apurado hasta las heces el contenido de una jarra de leche reservada a *nôtre intention* en la alacena del comedor por la amable y solícita Jacinta

«*Et voilà*

«¿No te incita este programa

«¿No te sientes tentado de tomar parte, tú también, en el concierto

«¿Serías hombre capaz de sacudir la polilla de tus viejas costumbres de soltero, de abrir ocho días de paréntesis al fastidio de tu vida

«Si así fuera, ¡oh *Croquefer!*, encomienda al ínclito Taniete, ese tu Fortún cuidadoso, las llaves del derruido torreón donde te anidas como ave de mal agüero, bregando por mantener en alto el añejo y desprestigiado pendón del celibato

«Ven a nosotros, ¡pobre hambriento

«Hallarás dos almas caritativas, dos corazones cristianos que te arrojarán las miasmas del espléndido banquete de su dicha

«Levántate a las cinco, toma el tren a las seis y llega en el día a caer en los brazos de tu amigo que te esperan abiertos como un ángulo obtuso».

V

Tres cigarrillos Caporal encendidos sobre el pucho, en ayunas, acababan de armar un formidable tole-tole en mis entrañas, contribuyendo así a aumentar el humor de perros con que andaba, por haber tenido que despertarme a las cinco de la mañana, educado como estoy a hacerlo entre las once y mediodía

Tragando por entregas la saliva de que se me llenaba la boca, con los ojos hinchados por el madrugón como huevera de gallina antes de poner, el estómago a una cuarta arriba de su lugar y esa expresión de asco profundo que se obtiene frunciendo el entrecejo, arrugando la nariz y estirando los labios en el sentido de las orejas como bordonas de contrabajo, renegaba de Juan y de sus gustos, de su mujer, de mí, de los malditos ingleses que lo hacen levantarse a uno al alba como las gallinas y los soldados de línea, de un italiano *faturero* que me vino a ofrecer su inmunda mercancía y hasta de Taniete, a quien deploraba no haber roto alguna cosa cuando, cumpliendo su consigna, se permitió entrar a horas intempestivas a arrancarme del profundo sueño en que yacía

La escena era un vagón del ferrocarril del Sur, momentos antes de que saliera el tren en que me iba a pasar ocho días con mi amigo y su mujer

¿A asunto de qué, quién me metía en pellejería, de cuándo acá, comodorro por instinto y convicciones, pegado a mis costumbres como una estaca al suelo, daba al traste con mis principios y me lanzaba en una vida de aventuras

Ni yo me explicaba a punto fijo

¿Por cariño a Juan y el consiguiente deseo de complacerlo

¡Que lo dudo! Nunca me ha dado por amoldarme a la voluntad de los otros

¿Por un sentimiento de egoísta curiosidad

Más bien eso: quería tomarle el peso por mí mismo al decantado edén de *Los Tres Médanos*

Si por lo menos, me decía, tratando de pintar el triste cuadro de mi situación con colores menos sombríos, me dejaran en paz, me fuera dado estar solo, sin que se me cuele algún *guasó* de los que abundan por estas alturas a abirme los vidrios cuando los quiera cerrados, a cerrármelos cuando me acomoden abiertos, a llenar el suelo de charcos de saliva escupida como latigazos por entre los incisivos, a ponerme las botas en la nariz con tal de estirarse y de ir a sus anchas, o lo que es mil veces peor, bajo pretexto de que le duelen los callos, a sacarse una de ellas o las dos, como la cosa más natural del mundo, o a hacerme alguna otra grosería que me encocore y me cargue y me rompa el forro

Miré el reloj de la Estación: marcaba las 6 y 13 minutos. Un instante más y nos poníamos en marcha

El pito del guarda-tren lanzaba un *mi* sobreagudo, la locomotora contestaba con un *do* grave, el maquinista empuñaba la manivela, el vapor actuaba ya sobre los émbolos, el tren se movía por fin..

¡Loado sea Dios! —exclamé— ¡La situación se ha salvado

¡Nunca lo hubiera dicho

Una mole de cuero y tras ella otra de carne se precipitaban como avalancha por la puerta del vagón estrepitosamente abierta y hombre y baúl, que tales eran, confundidos en un conjunto informe, iban a parar de bruces contra la pared de enfrente

—¡Si no ando tan vivo, me quedo! —exclamó mi hombre con una sonrisa de triunfo, levantándose y sacudiéndose la tierra del porrazo

—Con un palmo de narices hubiera querido yo que te quedaras, maldito in... truso— pensé con rabia en mis adentros

¿Se les antoja a Vds. conocer la vida y milagros de este caballero sin que para saberlos haya necesitado preguntárselos

Es hijo de un antiguo mayordomo, capataz o interesado cualquiera en una punta de vacas de Anchorena, Dorrego o algún otro

Ha pasado los primeros años de su vida alternando entre el fogón de la cocina y el lomo de un mancarrón probablemente manco del encuentro; es decir, con los pisantes en el suelo o afirmados por entre los dedos en una canilla de oveja colgada de una guasca de cuero crudo a guisa de estribo

Sabía pialar un potrillo, arrear al tambo una lechera, rastrear un nido de teros, matar una perdiz de un rebencazo, agarrar a mano un animal mañero, y, si acaso, sabía también despacharse dos docenas de tortas fritas el día del santo de tatita, pero no sabía más y había llegado a los doce años

Su padre, inducido por los consejos del patrón, se resolvió entonces a mandarlo dos veces por semana a la escuela del pueblo vecino, la Guardia de Chascomús o cualquiera otra, *le nom ne fait rien a la chose*, donde aprendió a leer mal y a escribir peor entre guantones y cintarazos: en los tiempos en que acaecía la presente historia la letra *entraba con sangre*, los maestros de escuela eran españoles

A la vuelta de una docena de años, el puesto del paisano viejo, con sus cien vacas y su tropilla de caballos, habíase convertido en una rica y valiosa estancia, de modo que muerto su padre, el sujeto éste por la gracia de Dios y la obra de la reproducción animal, se encontró de la noche a la mañana dueño de una sólida fortuna y elevado al rango de vecino influyente de la localidad, cuyos altos destinos desempeñó sucesivamente con general aplauso de sus administrados

Juez de paz, entre la punta de barbaridades que se permitió engendrar vestidas de sentencias, su mayor timbre de gloria, su rastro más luminoso en el noble apostolado de la magistratura, fue exigir la prueba de lo que decía a un pobre diablo que se había tomado la libertad de llamar prostituta a la mujer del boticario, y no obstante tratarse de la esposa de un personaje, absolver al acusado de culpa y cargo por ser, a su juicio, plena y satisfactoria la prueba producida, con lo que vino a quedar de manifiesto ante la conciencia pública la integridad de su carácter y la rectitud de sus proceder como magistrado

Presidente de la Municipalidad, prestó todo su contingente de estética al embellecimiento de la plaza y de los edificios públicos

Columnas, pilastras y cornisas de 6 de arena por 1 de cal; chapiteles,

molduras, florones y pegotes de yeso; frisos, mochetas y contramarcos de relucientes baldosas de loza blancas y celestes, simbolizando «*el blanco y el celeste de nuestro pabellón*», y sobre los pilares que rodeaban la plaza cruzada por calles de paraísos en forma de *ta-te-ti*, morrudas y rechonchas piñas pintadas de verde y colorado, cuyo detalle permitía adivinar la mano del arquitecto del pueblo (vulgo, media cuchara), hijo de la *bella Italia* y fanático, él también del «*bianco, rosso e verde della nostra bandiera*»

Presidente del Club Social, corren aún en boca de las gentes del pueblo *las mentas* de la espléndida fiesta que organizó con motivo del día del Santo Patrono de la localidad e inauguración del nuevo edificio del templo

Todo el adorno de los salones: papeles, muebles, cortinados, etc., fue elegido, comprado y mandado por él mismo desde Buenos Aires, donde se costó única y exclusivamente con el objeto de hacer en persona y a su gusto la adquisición, en la que invirtió la suma de 12.350 \$ m/n., producto de las rifas de cedulitas expendidas al vecindario en los días 25 de Mayo y 9 de Julio

Una alfombra de tripe inglés, doble ancho, comprada en el bazar de Pereda y pintada, en fondo blanco, de regios balaustres habana confundidos bajo el lujurioso follaje de guirnaldas de siete mil colores que vivían entre sí perpetuamente peleadas a muerte, y cuyo solo asomo, aun vistas de refilón al pasar por frente a una puerta entreabierta, eran un quantón al buen gusto, capaz de dejarlo *bizco*

Papel dorado de cuernos de abundancia sobre campo rojo, con guarda verde y cuatro figurones alegóricos, también de papel, pegados en los ángulos, imitación de mármol blanco: la República, la Libertad, la Industria y el Comercio, adquisición hecha en la «Pinturería del Sur», calle de Buen Orden

Amasijo al pastel en el techo transformado en *croute* por el genio del artista, joven piamontés compatriota y protegido del arquitecto en cuestión, representando un cielo refulgente salpicado hacia el cénit de grupos de monstruos, cadenas de angelitos, que se destacaban en un claro hábilmente *ménagé* por un armazón de glorieta cubierto de ramas y de flores

Muebles de damasco de lana solferino salidos de los almacenes de Shaw, cortinas blancas de a doscientos pesos el par con sus correspondientes

galerías de latón amarillo, y por último, dos trofeos de banderas de la patria completaban el ornato del salón

En cuanto a la cuadra de los soldados de la partida, transformada en comedor con ocasión de la fiesta, si bien no brillaba por el lujo de su mobiliario (el tabaco no daba para tanto), en cambio la bucólica mandaba fuerza

Lechones y pavos asados, matambres arrollados, carne con cuero fiambre, una pirámide de almendrado en el centro de la mesa, dos de naranjas carameladas en los extremos, fuentes de yemas a granel, surtido de masas y dulces abrigados, Chateau-Brier, Carlón a pasto, etc., etc., el todo preparado y servido por el dueño del hotel y el confitero en comandita, con circulación de mate y licor de rosa

El resto, à l'avenant

La orquesta compuesta de un clavicordio-marimba, formidable herramienta de romper tímpanos, que al solo amago de las mazurcas del mulato alquilado ad hoc en Buenos Aires, era capaz de hacerlo a uno volverse de la esquina y dar vuelta a la manzana, aunque llevara zapatos patrios, lanzaba a *toute volée* sus raudales de armonía

¡Imagínese el golpe de vista que ofrecería el magnífico local invadido por los melencidos *dandys* del pueblo, entre los que se destacaba la figura de nuestro hombre como la de un general en el día de la batalla y por la flor y nata de las muchachas hediendo a agua florida y vestidas de verde y celeste las negras, de colorado y amarillo las rubias, con cargazón de flores de trapo en la cabeza, con aros de hueso colorado, prendedores de *doublé*, guantes de carnero a media mano y botines elásticos de prunela

En esa noche mi compañero echó el resto

Nombrado bastonero por aclamación, se empeñaba en contentar a todo el mundo, haciendo que el mulato se le afirmara ya a una habanera, ya a un *chotis*, según se lo pedía algún amigo interesado en *agachársele* con la *churleta* a quien andaba festejando

Veíasele multiplicarse, atendiendo a todo y a todos, con el aire de soberana protección y el agasajo especial del magnate de pueblo de campo, lo que no le impedía echar de vez en cuando sus pitadas de

sabroso negro y tener temporada con la hija del comandante, una flor de tuna a la que pocos meses después entregaba su blanca mano

¡Bien sabía Bonaparte lo que decía, cuando dijo que la ambición es una de las pasiones más vehementes del corazón humano

Elevado de la nada al pináculo de la grandeza, hubiérase creído que nuestro héroe no tenía más que pedir ni que hacer, que descansar a la sombra de sus laureles o, lo que es lo mismo, sobre la vereda de su casa saboreando un amargo en mangas de camisa, y, sin embargo, un buen día se le ocurrió pensar que su pueblo, su país, como diría un diputado de las provincias, no era sino un rincón y, lo que es más, el último rincón del mundo

El aspecto de la calle real, el atrio de la iglesia, la plaza, la sociedad de su suegro el comandante, de sus amigos el médico y el cura, el ascendiente que ejercía sobre sus convecinos, la consideración que le tenían, todo lo que, en una palabra, constituye la vida del as de esa baraja que se llama vecindario de pueblo de campo, fue insuficiente a colmar la medida de sus aspiraciones, y, cómico de provincia, ambicionó las escenas de la capital

Su esposa, por otra parte, soñaba con una casa en el barrio de la Concepción, un coche para ir a Palermo y un palco en el Alegría; no porque se sintiera intimidada ante la perspectiva de lucir sus pesos y sus formas en un balcón de Colón, sino porque ¿qué le importaba a ella, ni qué tenía que hacer en una representación de *Hugonotes* si no entendía el italiano

¡«Los Magiares» o «Los siete grados del crimen» *à la bonne heure*, eso sí que era divertido

Con la bolsa gorda, ambos se decidieron, pues, a cambiar de barrio y a transportar sus penates a las alturas de la calle de Independencia o Estados Unidos, entre Chacabuco y Lima

Allí se establecieron, allí empezaron a tener familia y allí viven desde entonces

Ella, caminando con pasos de gigante hacia la obesidad, de puro contenta y satisfecha al ver realizado su sueño: tiene su casa, su coche, su palco y además relación con las familias decentes del barrio, a las que, meses

más meses menos, todos los años pasa recado comunicándoles que cuenten con un servidorcito más a quien mandar

Él, hombre de influencia en la ciudad y campaña, donde dispone de amigos prontos a servirlo, miembro de la Sociedad Rural, de la Comisión de Higiene de la parroquia y de un club político cualquiera, en cuyas filas milita a título y en su calidad de republicano de corazón.

VI

¿Republicano he dicho

Sí, pero entendámonos; republicano a lo hijo del país, para quien el republicanismo consiste en que esta pobre tierra se llame República Argentina, el Poder Ejecutivo Gobierno, el Jefe de Gobierno Presidente, y en la representación periódica de la siguiente farsa política en cuatro actos, que condensa el ideal de nuestra republicana existencia

Acto primer

Escándalo mayúsculo disfrazado de elección popular en que vota todo el mundo, es decir, todos los criollos habidos y por haber, aun los difuntos que, desde el hoyo donde se pudren en la Recoleta o en la Chacarita, suelen mojar prestando el contingente de su nombre y de su voto

Para ello, basta que el bolsillo del jefe del grupo o caudillo de parroquia se halle provisto de una boleta de inscripción en el Registro Cívico a nombre del postulante y que éste tenga papeleta de Guardia Nacional, aunque no tenga en qué caerse muerto y haya pasado su vida alternando entre la Penitenciaría, donde se paga el lujo de sus vicios tendido a la bartola por cuenta del país en un cuarto cómodo y ventilado, con sus horas de recreo en los jardines y sus buenas raciones de puchero, asado y pan amasado expresamente para él; los batallones de línea, de donde se alza con el santo y la limosna, como y cuando se le antoja, si no le cuadra el papel de defensor de la honra y de la dignidad nacional; los lupanares y las pulperías, en los que concluye de perfeccionar su educación republicana

Durante el mes anterior al bochinche, vive en familia con los otros de su calaña, a rancho y puerta cerrada (por las dudas), racionado con los á compte de los sueldos y pitanzas de los candidatos. Del cuero salen las correas

Suena la hora, llega el instante solemne y el maestro de ceremonias, alguno de los que manejan los títeres, lo endereza entonces a ejercer sus

funciones soberanas, es decir, a votar por cinco pesos sin saber para qué ni por quién, una, dos y hasta tres veces si cuela, llamándose primero Juan, luego Pedro y después Diego, ya barbudo, ya afeitado, con un gorro de vasco en la cabeza o un sombrero de panza de burro encasquetado hasta los ojos y, si acaso, a armar también la de Dios es Cristo, alguna de tiros y puñaladas, robándose los registros de la mesa a una seña del caudillo que ve el negocio mal parado

Acto segund

El republicano cuadro o, lo que es lo mismo, la sangrienta y vergonzosa farsa, sale luego de manos de los comparsas, cambia de escena y va a reproducirse en el encumbrado teatro de las Cámaras

Aquí, los saltimbanquis o sea los histriones o, si se quiere, los padres de la patria, hablando con reverencia, antes de abrir sus puertas al público, con el teatro en tinieblas y entre gallos y media noche, tienen sus sesiones artísticas de alta escuela, sus correspondientes ensayos en que, bajo la forma de gatuperios y escamoteos, despedazan el libreto de la pieza, rayan la colaboración de los necios que, representando la honradez política y la pureza del sufragio, han hecho por imprimirle un sello de legalidad y de justicia, suman acá, restan allá, corta y tajea acullá, hasta transformarlo de malo que era, en peor, en un pastel indigesto amasado por el patriotismo, en un asqueroso bodrio al gusto de galgos o podencos, según sean sus adversarios podencos o galgos y galgos o podencos ellos mismos

Llega el anhelado día de la *première* y, tomadas todas las precauciones del caso por si se arma alguna grande, prevenida la policía y un par de compañías de línea por si se enreda el pandero, el templo augusto de las leyes se ve invadido por una concurrencia inmensa y elegida... entre las últimas capas de la sociedad: asesinos y ladrones, vagos, borrachos y compadres; ternes de pelo en pecho, revólver en la cintura y cuchillo en la liga, reclutados y arreados *ad hoc* para solemnizar el acto con su presencia, simbolizando la majestad del pueblo soberano

La escena se inicia con la aparición de un farsante de cartelito; del primer galán, por ejemplo, bajo el ropaje de un joven demócrata, adalid de las libertades públicas, de profesión: diputado, bajo pena de morir de hambre, moreno, de fruncido entrecejo, mirada torva, melena tras de la oreja y traje de su empleo, es decir, rigurosamente vestido de casimir negro

Asume una actitud decorosa y digna, vuelve amenazantes ojos en su alrededor, se incorpora, se entona y recita después el siguiente monólogo que dura tres cuartos de hora

«¡Sufragio, libertad, justicia, verdad, derecho, constitución, soberanía, antorcha, ley, independencia, epopeya, patria, pueblo! (Ruidosos aplausos en el público, mezclados de ruidosos silbos)

«Democracia, honradez, fuego, patriotismo, luz, espada, abnegación, república, apostolado, gloria, paz, honor, propiedad, vida: ¡nosotros!»

—¡Bien, muy bien, bravo, bravísimo! (A la derecha en el público)

—Andá que te lamba un guay! (A la izquierda)

—¡Silencio, bárbaros! (El barba disfrazado de Papa Jupin, a título de ser el más viejo y, precisamente, el más inútil de todos, desde el fondo de la escena que figura el Olimpo)

— Cayate, ¡mascarón! (Una voz en falsete)

«Violencia —prosigue el artista— robo, mala fe, fraude, soborno, conciencia, pueblo, cohecho, rémora, falsificación, oscurantismo, desquicio, ruina, tinieblas, abismo, muerte: ¡ellos!» (Prolongados y estrepitosos aplausos a la derecha, rechifla más prolongada y estrepitosa aún a la izquierda)

—Si no se callan la boca, (el barba) los voy a hacer echar como a perros por los vigilantes

Yo tengo las llaves del cielo

Léales el reglamento del teatro. (A un comparsa vestido de secretario)

El comparsa lee

—¡No te arrimés a la pared que hay chinches! (Una voz)

—¡Dejá de cantar jilguero, no me estés atormentando! (Otro)

—¡Que nos devuelvan la plata! (Otra)

—¡Miau! ¡miau! ¡guau! ¡guau! (Otras más)

El artista se mete muy orondo entre bastidores, donde es calurosamente felicitado por sus colegas

Reproducir la escena que se sucede, encomendada a algún otro premier bagatelliere de la compañía, sería tiempo perdido

Es una repetición al pie de la letra, una segunda edición de la anterior, la oración que acaban Vds. de oír, pero vuelta por pasiva y que puede traducirse con los siguientes refranes: se ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, lo tuyo me dices ladrón de perdices, u otro semejante que la decencia impide estampar en letras de molde

Los mismos aplausos, la misma rechifla, la misma intervención irrespetuosa del respetable público y las mismas eternas amenazas de Jupin, que se guarda muy bien de hacerlas efectivas como de cierta cosa, por temor de que le rompan sus olímpicas costillas

Toca, por último, el turno al encargado de la parte musical del programa, al cantor, al lírico o, lo que es igual, al zozco, artista que suele no faltar en nuestros teatros políticos, el que, ojeroso y pálido el semblante, empieza por entonar tiernas endechas en tono lastimero y quejumbrosa voz, deplorando el extravío de los espíritus, la corrupción de las pasiones y los profundos males que afligen a la sociedad; va dejándose arrastrar, a pesar suyo, por el hechizo magnético de su canto, como el chingolo por la víbora, hasta que, ebrio de melodía, concluye por lanzar entusiasmado el siguiente do de pecho, en forma de verdades de a puño

«República, no; anarquía, sí; republicanos y honrados, ninguno; demagogos y pillos, todos»; llamando, como se ve, las cosas por su nombre y a los hombres por sus cosas, hasta que las furias populares se descargan sobre su cabeza y el ruido atronador de dos mil pitos zumbándole en los oídos, le ahogan la voz en la garganta, le hacen meter violín en bolsa y lo aventan con su música a otra parte, el abismo del ridículo donde queda sepultado para siempre

En resumen, los galgos se quedan con el disputado zoquete y el acto concluye naturalmente a capazos, con intervención de los gendarmes y 24 horas de café a las últimas cartas de la baraja

Los ases y figurones, autores y promotores del republicano alboroto, éstos son como Jupin, tienen las llaves del cielo y lo que en ese momento quieren y hacen, es ganar tranquilamente sus domicilios satisfechos de la jornada y orgullosos de haber podido ofrecer a las miradas curiosas de los pueblos que nos contemplan, un cuadro de familia, una escena de costumbres, un riquísimo ejemplar lujosamente encuadernado del libro que enseña al mundo cómo entendemos y practicamos la república nosotros los argentinos

Acto tercer

La escena representa la Pampa y en ella un campamento: el de las huestes de los defensores de la ley, ínclitos regeneradores del sufragio

¡Simbolizan la verdad escarnecida, la justicia conculcada, las garantías del hombre pisoteadas y, celosos de la sangrienta ofensa inferida a dama constitución, nueva señora de sus pensamientos, inspirados en la austera rigidez de sus principios, rebosando de santa indignación, revisten la coraza, empuñan la tizona y se lanzan a correr el azar de las batallas, declarando guerra a muerte y sin cuartel a los gobiernos de hecho, a la chusma infame encaramada en el poder por el más inicuo de los atentados, para mengua de la patria y baldón de los hijos de esta tierra

Pero levántenle la visera y rían por la humanidad y lloren por la patria

Se encontrarán con la cara bastarda del traficante político que, a trueque de saciar sus ambiciones rastreras y al ver que se le escapa el mendrugo, no trepida en enarbolar el trapo rojo de la rebelión, envolviendo al país en los horrores sin cuento de una guerra fratricida

¿A quiénes comandan

A un puñado de soldados revoltosos, a unos cuantos miles de gauchos infelices, carne de cañón arrebatada al trabajo y al hogar y a una banda de salvajes, ávidos de saqueo y de matanza, pero ínclitos regeneradores del sufragio, ellos también

El eco de una voz divina repercute en las filas de los inspirados

«Póngome a vuestro frente», dice, «con el propósito de dar a este grande y hermoso movimiento democrático cohesión y significado nacional (sic)

«La república entera se alza en armas contra el gobierno espúreo que ha usurpado la dirección suprema de los destinos de la patria: me mantendré firme hasta lo último con el último de vosotros que me acompañare y venceré o moriré con él»

¿Venció

Si vieillesse pouvait

¿Murió

Pas si vite

Ni una ni otra cosa

Cierto es también que maldita la gracia que le hacía tirarla de falso profeta y de rey guerrero en una asonada escandalosa contra las autoridades constituidas de su país

Voluntario codo con codo, como dicen, fue arrastrado por los otros

¿Culpa o delito

Culpa o delito para el común de los mortales

Crimen y crimen de lesa patria para aquel cuya palabra fue siempre escuchada de rodillas por su séquito, no como la del hombre que dirige, sino como la del oráculo que impone

Continúo

Al mando de un ejército, se hizo derrotar lastimosamente por cuatro gatos; horas después se daba preso y entregaba con él a tres mil argentinos como quien entrega una tropa de capones, consintiendo en llamar con mansedumbre verdaderamente evangélica gobierno de derecho al gobierno de hecho contra el que había fulminado sus celestes iras, y pocos meses más tarde, los prohombres del gran partido de los principios, los puros, los honrados, los patriotas, los intransigentes, eran miembros de derecho de ese gobierno de hecho, canalla, espúreo y usurpador

Pro pudor

Y si no son Vds. afectos a las escenas pastoriles, si el paladar empalagado rechaza el dulce jugo de las abejas, la repugnante miel de Arcadia, no tienen más que abrir la boca y pedir

El museo nacional de anatomía política posee una riquísima colección de este género de abortos

Al gusto del consumidor

Puedo servirles una de barricadas, un sainetón representado en media calle, que, a pesar de la sangre derramada, no merece otro nombre lo que tiene por cabeza a un payaso torpe y necio

Imagínese la obra de un bachicha de la Boca

Un figurón, hecho a patadas, de un pedazo de pino blanco, la más ordinaria de las maderas, embadurnado con tres manos de pintura, armado de un tridente y de una corona de conde, bajo el bauprés de una lancha de cabotaje, la Covine Carlotta, por ejemplo, y se tendrá un mamarracho calafateado de Nettuno, lo que se llama un mascarón de proa

Ese es mi hombre

La misma cara de palo, dura, tiesa, tosca y grosera, sin ningún toque delicado en los lineamentos, de esos que revelan la mano del artista supremo: o un rasgo de nobleza en el alma, o una fibra generosa en el corazón; el mismo ceño empacado y grotescamente adusto que Stein traduce con tanta fuerza de parecido en sus caricaturas de El Mosquito; la misma cabeza monstruosamente frentona, hija legítima de la del célebre idiota de Amsterdam; la misma figura terca y repelente que, sin querer, trae a los labios, o una maldición contra el autor, cuando se la mira en la proa de la lancha mencionada, o un terno de cebollas contra el hombre, cuando se la encuentra al volver de una esquina sobre los hombros del individuo en cuestión

Incapaz de engendrar una idea, abogado adocenado y recopilador de tres al cuarto, los pocos libros que ha tenido la audacia de publicar bajo su nombre son un plagio servil, un robo escandaloso de ajenas cosechas.— Tienen todo lo de los otros, nada de él, con excepción del estilo que es sencillamente atroz

Después de dolorosos pujos de alumbramiento, las palabras salen a empujones, en grupos informes de ocho o diez, mirándose las caras o dándose la espalda, de pie, de costillas o de cabeza, nada importa, y al poco andar, ahí no más, se paran empacadas como petizo de muchacho mal criado, pidiendo a gritos una picana

Me hace acordar a los chorros del limón cuando cae sobre una ostra viva

Como él es acre, áspero, agrio y produce en el cerebro lo que el ácido cítrico en el desgraciado molusco: se encoge, se frunce y se retuerce por librarse del pestífero contagio y resistir la infección de tan asqueroso virus literario

Boyante en la superficie por obra y gracia del azar, esa divinidad de los necios, no ha dejado una sola huella de su paso, su país no le debe ni un servicio en cambio de los males que causó y de las torpezas sin cuento que como hombre público no cesó de cometer: la intriga, entre otras, santificada por él en pleno parlamento y la amenaza de una guerra con el extranjero en que hubo de envolvernos su innata guaranguería, una coz brutal que pegó empujado por los instintos

El sentido público parecía haber hecho, por fin, justicia de tan triste sire relegándolo al olvido, cuando una combinación de sabia política en la forma, un indecente enjuague en el fondo, hijo de la cobardía de quien no tuvo... calzones para ser hombre y gobernar, volviólo a sacar, en mala hora, del ostracismo en que vivía

¡Curiosas aberraciones de la naturaleza humana

Un ente aborrecido, sin valor, sin talento, sin corazón, ni virtud, dotes que son la tela de los caudillos, rasgos que exaltan a un hombre porque arrastran a los demás, llegó a encarnar, sin embargo, las aspiraciones de una multitud fanatizada en que el sentimiento ahogaba la voz de la razón, en que heridas las fibras generosas del patriotismo con la explotación de la más ruin de las banderas, el localismo egoísta, los ojos no veían, la cabeza no pensaba, el corazón sólo sentía y sentía delirando que ultrajaban a la persona sagrada de la madre, que manoseaban su honra, que encadenaban su libertad, que atentaban a su vida

Dos mil hombres muertos, dos mil vacíos en el hogar, dos mil vidas

robadas a la patria y al trabajo, la sangre de dos mil argentinos derramada en el altar de un ídolo deforme, en obsequio al más cínico y al más vulgar de los demagogos, amén de los millones despilfarrados y del vergonzoso espectáculo ofrecido a la América y al mundo, ¡he ahí el precio del elixir del nuevo Dulcamara, presente griego de una mentida conciliación entre hermanos, de un falso acuerdo de paz y de concordia

¿Y bien

Y bien, vive tranquilamente en su casa amparado por las leyes que falseó y la constitución que pisoteó; goza de las garantías acordadas al ciudadano inocente y honrado; va y viene sin que nadie lo incomode; come, bebe, duerme a calzón quitado y libre de remordimientos, porque no los tiene ni los puede tener el que no tiene conciencia, y no falta quien le apriete la mano y quien le saque el sombrero

¡Ah! Si dos mil veces hubiera podido vivir y dos mil veces lo hubieran muerto, la cuenta habría arrojado aún un saldo en su contra

La vida del último de los últimos sacrificada por él, vale infinitamente más que la suya

«¡Y llamas no hay en el cielo! ¡Para qué entonces los rayos!»

Justicia, vieja inservible, ¿qué hace esa espada en tu mano

Basta

En presencia de ciertos hechos que sublevan y de ciertos tipos que calientan, la sangre fluye enardecida al cerebro y se pierde el humor de escribir locuras y pamplinas

Pasemos de una vez

En suma, el tercer acto concluye con la conclusión de la riña y el triunfo de los galgos que siguen dueños del zoquete

Acto cuart

La calma más apacible reina en la naturaleza

El sol de la victoria luce sus rayos, envolviendo a la ciudad señora en el

ambiente reparador de la paz

El ánimo se siente alentado y aspira con avidez y con delicia la fresca brisa de una mañana de promesas. «Alcemos los ojos al Eterno; despleguemos nuestros labios en fervorosa plegaria; imploremos su asistencia y encorvemos en seguida nuestros hombros

«¡Ha llegado la hora de la labor honrada, la hora del trabajo de hoy, del trabajo de mañana y de siempre, hasta que el sudor de nuestras frentes y el cansancio de nuestros miembros doloridos se hallen pagados con usura en la obra inmortal de la patria opulenta de riqueza y gigantesca de poder!»

Así exclama, soñando, la voz del patriotismo; pero, ¡ay!, el grito destemplado de la demagogia, el ladrido de la jauría no tarda en sofocarla, atronando los espacios; el sueño se disipa y la imagen ofendida de la República huye a refugiarse entre los suyos, abandonando el disputado campo a la hidra de la anarquía

«¡Trabajar

«Sí, sea en hora buena; pero trabajemos con provecho, aunque trabajemos en destruir, siempre que de entre las ruinas se salve incólume una personalidad: la mía

«¿Qué es la patria

«Un pedazo cualquiera de tierra

«¿Qué los hombres que la habitan

«Una fracción abyecta de la abyecta humanidad

«Mina de oro, la primera, explotada por bestias de carga, los segundos, que compra en el mercado de la vida el que tiene repleto su bolsillo

«Llenarlo, pues, he ahí el fin; el medio poco import

«¿Conciencia, deber, moral

«Palabras huecas inventadas por los necios. Buscad el móvil en el interés que es la única moral porque es la única verdad»

Eso dice el traficante, el explotador ruin que hace profesión del robo a las arcas populares escudado en un contrato y amparado por la indolencia de los unos y la corrupción de los demás

Plaga de langostas que se incubaba en el terreno de la política, revienta al calor de sus ardientes luchas y cae hambrienta sobre el campo de la riqueza pública que tala y devasta hasta convertirlo en un estéril yermo

Permítanme Vds. que, con el taco de la bota, le haga reventar como a los cerdos de la podredumbre en que se revuelca

Acercarle la mano, tocarlo aún con la punta de los dedos, darlo vuelta y exhibirlo en toda su espantosa deformidad, eso no puedo; su contacto produce en mí la más invencible repugnancia y tengo los gustos delicados: es cuestión de estómago

Capaz de vender su alma al diablo, no como Fausto inspirado en el ardiente anhelo de su naturaleza hacia lo bello, sino como Judas vendió al Cristo, no profesa otra fe que la mala con que sella todos los actos de su vida

Su conciencia es un saco de caucho; cabe dentro todo lo que se le quiera echar; se estira y no se rompe

Muy conocido en el mercado, tiene, por otra parte, su reputación bien sentada; es la de un completo bribón

Sin más bagaje que el de su cinismo, ni más capital que el de sus trampas y el título de hombre del partido, que le ha metido hombro al candidato falsificando unos cuantos centenares de votos, se hace nombrar cualquier cosa, diputado, por ejemplo, del último partido de campaña, por media docena de pillos como él, compadres o compañeros suyos, y munido de este bill de indemnidad, se larga a tentar fortuna con los ojos clavados como los de un hambriento delante de las vidrieras del Gas, en el rico y bien provisto arsenal del Erario, ese huevo guacho que nadie empolla y que vacía el afilado pico del carancho o el hocico astuto del zorro

Se le ve ganar las avenidas de la Casa Rosada, meterse en las antecámaras y sentar allí sus reales valido de la posición que le asegura su empleo, o del parentesco o amistad que lo liga a algún magnate, ministro o cosa que lo valga

Anda a la pesca de lo que se llama un negocio con el Gobierno, limpio o sucio, no hace al caso; lo que se quiere es plata y para forrarse uno el riñón y hacer su agosto, nada hay tan lucrativo como esta raza de industria

Tiene más agallas que un pescado y como no va nada en la parada, como nada puede perder porque nada posee, ni decoro, ni honradez, ni vergüenza, ni dinero, ni aun recelo de que lo metan en la cárcel, la cárcel no ha sido hecha para los amigos, acepta todo lo que cae en todos los ramos del inicuo comercio

¡Y aquí del manoteo

¿Resuélvese explorar tal o cual río, hacer el servicio de las costas, organizar una expedición de interés científico o comercial

En el Tigre o en la Boca se pudre, desde hace años, cierto cascajo viejo abandonado por inservible

Se compra por cuatro reales, por lo que vale la leña, se llama al calafate que lo rellena de estopa, al pintor que le pasa una mano de negro o de albayalde destinada a ocultar de las miradas profanas del vulgo la carcoma de la polilla, se le deja como nuevo y se le ofrece en venta al Gobierno

El Gobierno nombra una comisión de peritos para que lo examine; la comisión de peritos lo declara un Leviathán capaz de luchar impávido con las furias de los elementos desencadenados y el Gobierno se apresura, naturalmente, a aprovechar de la pichincha y lo compra en 50.000 pesos

¿Y después? Después, nada: en el primer banco de arena donde toca se abre como un carozo de durazno prisco, se sumerge muellemente bajo las mansas aguas y queda sepultado en ellas junto con los 50.000 pesos que costó

Tableau

Allá, en la zona más desierta de la Pampa, arrastra una existencia miserable el noble y desgraciado soldado argentino, ese tipo estoico, encarnación admirable de la resistencia de la bestia unida a la resignación del cristiano

La patria le exige todo y todo se lo da a la patria. Su hogar y su familia que abandona, su patrimonio que pierde, su vida que incesantemente expone a las rudas asechanzas del salvaje en una guerra sin tregua y sin cuartel. ¿Qué es lo que recibe en cambio, qué premio, qué recompensa en la desesperante soledad donde sufre y muere por los otros

¿Se le acuerda, acaso, una mirada de compasión ya que no de gratitud, se atiende a las necesidades más premiosas de su vida, se le arroja una manta con que cubrir sus miembros engarrotados por el viento glacial de la Cordillera, se le concede siquiera el miserable rancho del soldado, un pedazo de carne, un puñado de yerba y un cigarrillo de papel, ya que no pide ni necesita otra cosa

Así lo quiere la patria y así lo paga el Erario, pero así no lo entiende la codicia humana encarnada en el ente degradado que especula hasta con el hambre y la sed de sus hermanos

¿Trátase de algún vasto proyecto, de dotar al país de las grandes obras que reclama con imperio

Nuestro hombre aguza el filo de su ingenio, se pone en campaña y toca todos los resortes de sus cábulas. Inquire cuál es el lado flaco de los que han de intervenir en el asunto, miembros de las cámaras, empleados, representantes del Gobierno, etc., y según el resultado de sus pesquisas, tiende sus redes y combina su plan

Si el candidato tiene sensible la epidermis y no es hombre de tolerar impasible que lo anden manoseando, se hace chiquito y echa mano de los empeños; apela al sempiterno estribillo de la carta de recomendación que solicita de algún allegado, con el sombrero en la mano y en la que suplica se encarezca la necesidad de proteger a los amigos, miembros leales y consecuentes del partido, etc., etc

Si, por el contrario, el sujeto en cuestión es hecho de una pieza, tipo de esos que no se paran en pelos ni saben lo que son escrúpulos, ¡oh!, entonces no se anda con cumplimientos; agarra el camino derecho y le hace un tiro a fondo, dejándosele caer llana y sencillamente con el brulote de tantos mil patacones porque le despache el negocio o con la risueña perspectiva de un pingüe beneficio en las utilidades de la empresa

La cuenta es clara: el Erario paga 100; lo que se le entrega vale 10; el 90

restante se reparte entre los socios que pueden ser dos o muchos, recibir por mitades a tanto por barba, con arreglo a los riesgos que cada cual ha corrido, al contingente que ha llevado, o la importancia del capital pecuniario o industrial que ha introducido, todo lo que, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir en plata: según la complicidad más o menos criminal de los confabulados en el robo

¡Ah! Ustedes los de arriba, los que se mantienen puros en medio de la escandalosa perversión moral que nos invade, reflexionen un momento, piensen en la tremenda responsabilidad que los está hundiendo con su peso

El país les va a exigir estrecha cuenta del uso que hacen del poder que con tanto ardor han perseguido

La calumnia va a manchar de negro el nombre que llevan y, confundidos con los réprobos en el cuadro de la historia, llegarán a ser justamente maldecidos por los que vengan después

Aun es tiempo, armen su brazo de energía, hagan un gobierno de mano de fierro con guante blanco, pero háganlo de una vez

Tirios o troyanos, que caigan los que deban caer y que eso que anda escrito por ahí de la igualdad ante la ley y ante los jueces, deje de ser por fin una insolente mentira

Y aquí concluye el cuarto y último acto de la función representada con el nombre del señor Pueblo y a la que ese señor Pueblo no hace otra cosa que asistir desde los balcones de su casa, protestando escandalizado de que le adjudiquen la paternidad de tan detestable farsa, como protestaba el señor Rossini desde un palco de los Italiens, al desconocer a su hijo predilecto transformado por la Patti en un curso de vocalización

Salvos, por supuesto, los respetos debidos al arte y al talento de la artista: la Patti es una diva, mientras que nuestros cómicos políticos no pasan de ser una massa di cani, a pesar de las ingentes sumas tiradas a la calle en la subvención del teatro.

VII

Volvamos a mi vieja y a mi compañero. Decía, pues, que era republicano de corazón

Pero como, desgraciadamente, todo lo que es humano es creado y todo lo creado es imperfecto, mi hombre no podía dejar de caer bajo el imperio de esta ley fatal, pagando él también su tributo a las flaquezas de este valle de lágrimas

Feas manchas aristocráticas empañaban el puro crisol de su democrático credo

Varón y fuerte, tenía sus debilidades, engendradas las unas por añejas preocupaciones godas y consecuencias las otras del bendito procreo de las haciendas del viejo

Un par de casos al caso

No comería en la misma mesa, ni diría señor, ni sacaría el sombrero, ni daría la mano a un hombre de color, negro, mulato o chino, siempre que a las claras pasara por tal

Hago esta última, prudente salvedad, porque muchos habemos cuyas venas, más que venas, parecen cloacas, tal es de mezclado el líquido que por ellas corre, y no obstante, el hábito de verlos siempre confundidos con los sujetos en el primer plan del cuadro social aleja inconscientemente de nosotros toda idea de análisis, hasta el punto de quedarnos con la boca abierta cuando algún amateur, viejo comadrón de esos que hacen oficio de conocer cuanta inmundicia Dios crió en la vida privada desde el año diez hasta la fecha, nos señala con el dedo la impura media tinta, el bastardo claro-oscuro velado a nuestras miradas miopes

Se habla de fulano de tal en un corrillo alrededor de la estufa, en un balcón del Club del Progreso en verano

—¿Fulano de tal? ¡Si es mulato! —se apresura a exclamar el comadrón

con aire de mozo diablo y zorro viejo, muerto de gusto al poder espulgar la porquería y sacar el cuero al prójimo

—Aquí, para entre nosotros —agrega en tono confidencial—, de la madre de este caballerito las malas lenguas aseguraban esto y esto otro

«De su abuela, no les digo nada; era público y notorio aquello y lo de más allá

«La cosa data de la época en que la catedral tenía techo de paja..

¡Y lengua para que te quiero! Tajo arriba y tajo abajo, una de injertos al pobre árbol genealógico, que queda de mutilado y de overo como si diez mangas de piedra le hubieran caído encima

Consecuencia: el individuo es irremediablemente mulato

—¡Pero, hombre! —exclamamos a nuestro turno como si cayéramos de arriba.— ¿Sabe que nunca me había apercebido de la cosa

Y sólo entonces empezamos a notar ciertos indicios que no marran: los labios en forma de riñón, la nariz de pera parda, el bruno y ensortijado cabello, el aceitunado matiz, etc., etc

El mulato este no entra, sin embargo, en el número de los que nuestro republicano mira desde lo alto de su grandeza

Acaso él mismo es de la familia

Pero si se trata de un mulato neto, indudable, universalmente reconocido como tal, la cosa varía de aspecto

Lo tutea por lo pronto, mucho más si es de condición humilde, y le tira a renglón seguido con el barro de su color a la cara, por poco que se amostace y el villano haya cometido el desacato de provocar sus nobles iras

Compra coche y en lugar de vestir al cochero de saco y sombrero de panza de burro para que arreglado al gaucho sean las prendas o, ya que quiere lujo, sencillamente de levita, pantalón negro y sombrero alto, como cuadraría al puritanismo de que hace gala, le encaja un mamarracho, una payasada carnavalesca bautizada pomposamente de librea

El equipaje aguarda en la puerta de la casa. ¿Quieren Vds. hacer de él un examen pericial

Landó, industria nacional (Delanoux): montaje de armón y forro que llora a gritos

Los arneses son espléndidos: plaqué, mucho plaqué, plaqué por todas partes

Hacen el pendant del chapeado de marras, el de los buenos tiempos en que usaban apero y corrían sortija en Palermo, faisant leur cour a Manuelita, con chiripá, divisa colorada y el caballo cargado de prendas de plata, muchos de los que hoy vemos en grande tenue en los balcones de Colón

Para hacerse de los referidos arneses, se ha ocurrido a lo de Astoul y se ha comprado la más clinquante camelote, la más infame de las drogas confeccionadas en Francia o Alemania, expresamente para la exportación americana, la más cara y por consecuencia la más chabacana

Sobre el pescante, el cochero: melena porruda, bigote, pera y un cigarro hamburgués en la boca

El traje ahora: botas color de rata a fuerza de no ver betún; pantalón a cuadros metido dentro de las botas; casacón hasta media pantorrilla excesivamente bolsudo y mal fichu; corbata blanca de un dedo de ancho, de las que usa el patrón en los banquetes políticos de los que asiste de frac; guantes de hilo también blancos, pero muy sucios y zurcidos en las puntas, de cuyos guantes arrancan y corren hasta rematar en unas cabezadas aux couleurs de la patria, un par de riendas coloradas y, por último, sombrero galera, de forma absolutamente imposible, trasmitido como la corbata, por herencia, empapado en una capa mugrienta de aceite y de sudor y al que previamente se le ha aplicado una brava escarapela con borlas

El auriga, sin soltar por supuesto el hamburgués de la boca, hace chasquear su instrumento a la moda de coche de plaza, arranca la yunta de overos negros, flamean al viento los pompones patrios y los faldones del levitón pendientes en libertad hacia la parte posterior del pescante, y mi hombre acompañado de su abundante esposa se larga a lucirse muy

orondo por la calle de la Florida y el tour de la Avenida Sarmiento

De aquí están Vds. viendo el cuadro: es de un chic ébouriffant

Ya se sabe de memoria al compañero que la suerte impía me había deparado

Prosigamos

Declaro que no me place abrir los brazos a las primeras de cambio

Soy de gustos difíciles en materia de amistad, el único sentimiento en que creo con la fuerza ciega del fanatismo; el único que, siempre a mi paso por la vida, he encontrado arriba de todas las miserias que el torbellino humano levanta del egoísmo corrompido el corazón, como corrompe las aguas de un lago cristalino el torrente que las agita y revuelve el lodo que reposaba en su fondo

El amor, por ejemplo, apetito material esencialmente interesado como lo son todos los apetitos materiales, quiere saciarse

Quítenle el sensualismo y lo matan

Hijo espúreo, los que cantan sus virtudes cometen un robo; desponjan a su hermana legítima

Cuando alcanza a lo generoso, a lo grande, a lo sublime, ya no se llama amor, es amistad

Se ha transformado en la huella del tiempo como se transforma en pródigo el avaro que al morir distribuye sus riquezas

Poseído por ella de un religioso respeto, habiéndole consagrado desde niño el más fervoroso culto, no permito que nadie la profane en mi presencia

Por eso es que, viejo ya, cuento apenas un puñado de amigos y un estrechísimo círculo de relaciones que entiendo no ensanchar más allá de la política, que es sinónimo de urbanidad

Consecuente, pues, con estos principios eficazmente secundados por mi mal talante, me arrellané en un ángulo del coche, me encerré en mí mismo

con llave y pasadores y recurrí por vía de mata-tiempo a una colección de los periódicos del día habidos, momentos antes, de un news-boy en la estación

Abrí el primero que me cayó a la mano y di con el siguiente letrado: «Entendámonos», que encabezaba un editorial de tres columnas de menudo breviarío, sumando la respetable cifra de veintitrés mil quinientas y pico de letras

Miré tres veces de punta a rabo el selecto trozo de militante literatura, con el mismo gesto con que se mira una purga de aceite de castor después de una indigestión de ensalada de pepinos o, si Vds. lo prefieren, la misma ensalada después de la indigestión

Tres ¡uf! consecutivos se exhalaban de mi pecho y, haciendo de tripas corazón, acerqué el político brebaje a los ojos, esa boca de la inteligencia, y me resigné al amargo trago

«Cuando la constitución en sus artículos...» primer párrafo, treinta y tantos renglones, teoría, pensé: pasemos

«La sana doctrina de acuerdo con los preceptos constitucionales establece claramente que...» segundo párrafo, sigue la teoría, me repetí: adelante

«Los tratadistas de derecho público desde el Federalista hasta nuestros días ...» párrafo tercero, mismo tenor y mismo tamaño, ídem el cuarto y el quinto y el sexto y así sucesivamente, hasta que allá, perdida en lontananza, como un punto matemático, por las remotas alturas de las dos columnas y cuatro quintos, más o menos, dejábase percibir confusamente una microscópica aplicación a un microscópico caso, de tan estupenda tirada de principismo: un empleadillo de tres al cuarto se había robado veinte pesos papel en la Receptoría de Ajó, si mal no recuerdo, y en desagravio de la moral pública ofendida y ejemplo y escarmiento de los malos, se exigía que todo el tremendo peso de la ley cayese sobre el funcionario prevaricador

Pues amigo, exclamé, ¿quiere irse a los infiernos

¿Por qué no avisa con tiempo que se empieza por el fin, que ande uno como el cangrejo

¡Dice en imperativo que nos vamos a entender; con tal de entenderme con él agacho la cabeza, paso por las horcas caudinas de sus tres abrumadoras columnas con veinte arrobas de derecho constitucional sobre los lomos, me hace trabajar como buey uncido a carreta encajada, y cuando ya he mordido el anzuelo creyendo ver montes y maravillas, se me descuelga el fin, *pour tout bien tout potage!*, con el ridículo parto del ruin y raquíptico ratón

¡Pero, canastos! El negocio es que así vamos a estar a mil leguas de entendernos

Niente affatto eso se llama en claro español, robarle a uno la plata y me apresuro a protestar

¿Pretende, acaso, convertir su papel en una indigesta cátedra de cosas aburridas y exigir por aditamento el sacrificio de una suma de dinero en pago del narcótico que entrega

Decididamente, si quiere que nos entendamos, ha de comenzar por entender una vez por todas, él y sus colegas, ya que tutti quanti cojean del mismo pie, que cuando al despertarse uno por la mañana, con un ojo abierto y otro cerrado, o a la tarde, después de haber comido bien y en plena elaboración de los órganos digestivos, agarra un diario, no es con el propósito muy laudable sin duda, pero nada divertido, de instruirse asistiendo a una función de muecas y piruetas en la cuerda floja de la ciencia política

Para eso están Kant, Stuart Mill y demás camada que, a trueque de romperse la crisma como Blondin sobre el Niágara, han tirado la maroma de cumbre a cumbre en las eminencias científicas

Basta con ellos ou jamais

Lo que se pretende es ver y no aprender que, para eso, el que puede va a la escuela cuando chico y tiene sus libros cuando grande y en cuanto al que no puede, ni de chico, ni de grande, ese se fiche tanto del señor redactor y de sus gustos como del año cuarenta; no los conoce ni de vista y hace bien; ¿qué le importan a él ni el griego ni el sánscrito

Lo que se quiere es estar al corriente de lo que pasa dentro y fuera, de las novedades políticas, sociales, comerciales, etc., tolerándose, cuando

mucho y por excepción, el uso moderado de tal o cual discreta plumada de docto comentario, en asuntos de carácter serio que tal admiten dada su índole. Saber, en una palabra, las noticias del día, y eso, depuradas de fiambres, disparates y patochadas, como las que con frecuencia nos vemos obligados a soportar en letras de molde

Ejemplos

EXTERIO

«Traducido expresamente para El o La...» (aquí el nombre del papel)

Y se encuentra Vd. con un lote de viejerías que ha leído no sabe dónde, pero sí cuándo: hace quince o veinte días

SERVICIO TELEGRÁFIC

De nuestro corresponsal especia

Y sigue una cáfila de despachos que no dicen nada, y que, a pesar de ser transmitidos por el susodicho especial corresponsal, todo el mundo ha podido ver al pie de la letra en los diarios de la víspera

NOTICIAS DEL DÍ

Punga.— El súbdito napolitano Giacomo Piazzetta se pungueó dos naranjas de un puesto del Mercado del Centro

El punguista fue metido entre rejas por un gendarme que pasaba a la sazón

Por ebriedad.— Ha recibido alojamiento gratis en el Hotel del Gallo el individuo Juan Pérez, por haber sido encontrado en estado de ebriedad sobre una vereda de la Sección 7.^a de Policía

Movimiento militar.— Ha sido dado de alta en el batallón 8 de infantería de línea el cabo Agapito Contreras, que prestaba servicios en el presidio de Patagones

Observaciones meteorológicas..

Nombramiento.— El inteligente joven D. Juan Lanás ha sido nombrado

portero del Ministerio A o B

En libre plática.— La barca española Inmaculada Concepción de María Santísima ha sido puesta en libre plática por haber cumplido la cuarentena de rigor a que fue sometida

No le faltó sino agregar: sabrosa

Y sería cuestión de nunca acabar

El contenido de un diario, hoja esencialmente volante, debe ser ligero, au jour le jour; bastar a la satisfacción de la curiosidad cotidiana y desaparecer después como el papel en que se imprime, destinado a vivir el corto lapso de tiempo que le acuerdan las exigencias de los usos domésticos

Nace y muere hoy, para volver a nacer y morir mañana

Sus materiales han de ser de barro; no se empeñen Vds. en levantar monumentos de cal y canto; pierden su tiempo, su trabajo y su dinero; nadie les agradece el gasto, al contrario. Ofrezcan a la inmensa mayoría del respetable público de la capital un liviano pastel de hojaldre y lo pagará a peso de oro; no recibirá ni con plata encima, no le meterán ni a martillo, el pesado y tradicional chorizo con huevos; eso hizo su época el año 52 con la Fonda Catalana y hoy apenas se come en los bodegones de pueblo de campo

Hacía para mi capote estas reflexiones, cuando llegué a notar de reojo que mi vecino no me perdía pisada, examinándome de hito en hito y pirrándose de ganas de hacerme una entrada, sobre todo en los momentos en que, como le sucede a uno cuando está leyendo, se interrumpe para arrancarse una pestaña atravesada en un ojo, para mirar afuera, cambiar de posición o rascarse la nariz

El tipo de que me vengo ocupando es, por naturaleza, curioso, confianzudo y entremetido

No puede pasar media hora cerca de otro hombre, sin fastidiarlo en esas quinientas preguntas banales e indiscretas que cargan más o menos según el genio que uno tiene y ante las que un grosero y rabioso «¡qué le importa!» puja por salirse de lo hondo rompiendo los miramientos, como

perro atado a la cadena cuando algún intruso pega, desde el zaguán, el grito de: ¡Ave María purísima

Mientras recorrí los diarios, las cosas marcharon bien. Me mantuve en una guardia cerrada que burlaba por completo la expectativa de mi adversario. Pero así que hube concluido hasta con los avisos del último (la sección más decente de nuestra prensa periódica, díganlo si no ciertos réclames que parecen mandados hacer para edificar a las tiernas y candorosas doncellas, iniciándolas en los arcanos de la medicina íntima) vime obligado a descubrirle el flanco, por donde no tardó en colárseme con un veloz a fondo

—¿Quiere leer éste, señor? —me dijo, alargándome un número de El Diario

La oferta no dejaba de tentarme fuertemente; faltaba en mi colección y es El Diario, a mi juicio, el papel más cristianamente entendido de todos los que se publican en esta tierra

Apartar los ojos de los demás para fijarlos sobre él en un viaje de la inteligencia al país de lo divertido, es lo mismo, verbigracia, que salir del empedrado de la calle de Santa Fe para entrar al macadam de la avenida Sarmiento en un paseo a Palermo

A pesar de lo mucho que me cuadra su lectura, un seco y lacónico: «Gracias», fue mi única contestación, dándome vuelta en seguida hacia el lado opuesto

¿Se figuran Vds., por ventura, que con este primer trancazo mi adversario se dio por satisfecho

Nada de eso, volvió por repetidas veces a la carga con la excusa del calor que lo hacía sudar, decía, como a un caballo, del polvo que nos ahogaba, de la seca que lo estaba jorobando, del tren que andaba como carreta, del nombre de las estaciones, etc., y las mismas repetidas veces se rompió las narices y se peló la frente contra la reserva absoluta en que, por mi parte, me mantenía firmemente atrincherado

Daban las once y cuarto cuando llegamos por fin a «Altamirano», estación donde dicen que se almuerza

Aguijoneado por un hambre que tenía calzadas las espuelas, bajé de un salto, enderecé a la fonda y tomé asiento delante de un mantel sucio y al costado de gente que, uniformemente y sin excepción, usan los codos sobre la mesa, comen con el cuchillo, cortan con él el pan y se lo meten a la boca sin soltar por eso de la mano el filoso instrumento, no necesitan servilleta porque echan mano del referido mantel cuyos bordes son un mosaico de manchas de grasa y yema de huevo, interpelan a gritos al mozo pidiéndole un bife con dos a caballo, su plato favorito, y aderezan su comida con una ensalada de ajos que a cada paso intercalan en su conversación con los otros comensales

Encomendando mi alma a Dios y mi estómago a las brisas de la Pampa, hice tres cruces y esperé

Inicióse el menú con una sopa de coles y garbanzos apestando a carnero padre, que era una dicha y un consuelo

Afirmativa general con visibles muestras de satisfacción, contra un solo voto por la negativa: el mío

Siguiéronle un zoquete de carne hervida y un guisote con papas, de la misma bestia

Segunda negativa, a pesar de todas mis mejores disposiciones

Circularon después unas costillas flacas carbonizadas a la parrilla

Negativa por tercera vez y pour cause

«A buena hambre no hay pan duro», dice el refrán, pero, lo que es esta vez, nequáquam. Mi hambre era excelente y el pan tan duro, que no pude meterle los colmillos

Apercibiéndome de que el mozo procedía, sin más ni más, a repartir los platos de postre

—¿Qué, no hay otra cosa que comer? —le pregunté alarmado

—Sí, señor; el postre: carne de membrillo y queso— me contestó, mostrándome una masa infecta y revenida que, más que carne de membrillo, parecía carne gangrenada y un fragmento viejo y pestilante de gruyère contrefaçon

—No le hablo a Vd. de postres; algo que comer que no sea postre, es lo que yo quiero

—¡Ah! eso no, señor; se acabó la lista

—¿Y nada se puede hacer

—No hay tiempo; el tren ha llegado atrasado y sale dentro de cuatro minutos

—¿Ni tampoco algún fiambre, un pedazo de pollo o de jamón me puede dar Vd.

—Tampoco, señor; los fiambres se nos han concluido

—La cuenta, entonces

—Son veinticinco pesos

—Ahí los tiene

Veinticinco pesos por almorzar y levantarse uno en ayunas, con un concierto de gorgoritos en las tripas..

¡A robar a los caminos, salteadores!— vociferé en mis adentros, echando una maldición y dirigiéndome al tren

¡Y a esto le dicen estación buffet

Estación gargotte o chiquero debieran más bien decirle, con todos los demonios

¿Qué hacer

«El sueño doma hasta el más grande de los dolores: el hambre», repetí maquinalmente, recordando el texto de la máxima árabe. Durmamos

Sí, pero ¿cómo, sobre el duro lomo de ese potro que se llama asiento de primera del Ferrocarril del Sur

Después de un ligero debate conmigo mismo y de algunas consideraciones morales y filosóficas sobre la indecente usura de los

capitales ingleses, opté por la posición horizontal, hice por no pensar en nada, como quien dice, eché los perros a las ideas, recurso eficacísimo que recomiendo a la consideración de Vds. para cuando se les ofrezca, y traté de conciliar el sueño al zumbido del tren en marcha

Había ya conseguido a medias mi objeto, llegando a ese estado soporífero en que empieza uno a perder la conciencia de sí propio, cuando gratas y perfumadas emanaciones vinieron a conmover agradablemente mis sentidos

Abrí los ojos: un cuadro encantador ofrecióse a mi vista. ¿Se figuran Vds. por ventura que voy a meterme a cantor, empuñando cualquier aparato musical para decir, con melódica voz y en poético metro, el imponente panorama de la pampa, las verdes y dilatadas campiñas, el balsámico ambiente de las agrestes flores, los cielos azulados, las frescas y juguetonas brisas, lasavecillas hurañas y canoras, los mansos y caprichosos arroyuelos, o «el gallardo flamencoposado en la laguna entre el verde juncal?»

Se equivocan de medio a medio; no he nacido con cholla de poeta ni cosa que lo valga

No soy ni Guido, ni Andrade, ni Encina, ni Gutiérrez. Dame nature tiene, según yo, la cara vieja y arrugada; la pampa me hace el efecto de ser el pedazo de tierra más bestialmente monótono que haya inventado Dios; aborrezco el olor de todas las flores, yerbas y vegetales sin excepción; la intemperie me quema en verano y me hiela en invierno; las corrientes de aire me resfrían; el silbido de los pájaros es el ruido más agaçant que me haya roto el tímpano hasta la fecha, después del pito de los vigilantes; reputo los arroyos accidentes del terreno, depósitos o corrientes de aguas más o menos turbias y fangosas y, por último, se me da tanto de la laguna, del juncal y del flamenco, pajarraco desairado y con cara de zonzo si los hay, como del rey de Prusia

Otro y muy otro era el espectáculo que me seducía

El enemigo había avanzado su ejército de reserva con la intención de tomarme por asalto y formaba en línea de batalla, sobre el asiento del vagón, la artillería gruesa: un matambre arrollado; la infantería: una gallina sancochada; con más, sus correspondientes cuerpos de caballería ligera, con arreglo a lo que prescribe la ordenanza: dulces y golosinas salidos de

los arsenales culinarios de su previsor y excelente esposa

—¿Gusta Vd. acompañarme, caballero? —dijo, y notándome, sin duda, con cara de hombre dispuesto a capitular— En la estación no puede uno almorzar —agregó—, los nápoles de la fonda —para el sujeto éste, todos los italianos son napolitanos— cocinan muy mal; a mí me embromaron una vez, pero juré que no me habían de pescar dos, y, como viaje mucho por mis antiguos pagos, traigo siempre, a prevención, algo con que entretener el diente

—Qué bien hace Vd., señor; es un sabio —exclamé con exquisita urbanidad y en tono muy diferente del que había gastado hasta entonces.— Lo que es yo, no he podido probar bocado; todo lo que me han servido era detestable

—No ande con cumplimientos, entonces; acérquese y me ayudará a hacer penitencia. Aunque poca cosa, lo que le puedo ofrecer es aseado y hecho en mi casa por mi señora. Quién sabe si será de su gusto... —agregó, mojándome la oreja con una compadrada

—Acepto de mil amores su amable ofrecimiento

¡Y adiós con los diablos

Me entregué a discreción, atado de pies y manos. Algo como la vergüenza de una mala acción, vino a turbar, sin embargo, el reposo de mi conciencia, después de pronunciadas las últimas palabras

Me sentía humillado por la derrota que mi amor propio acababa de sufrir, abochornado de mí mismo, casi arrepentido de mi papel de hôte obligé

Era el último grito del orgullo expirante combatido por las flaquezas de la carne

Pequé, pero, ¡qué quieren Vds.

El hombre es como la mujer: «resiste la primera vez porque es fuerte y sucumbe la segunda porque es débil»

Todos en la vida tenemos nuestro cuarto de hora de Rabelais y el mío acababa de sonar: ¡me sitiaron por hambre y me rendí

¿No hizo algo peor Esaú vendiendo miserablemente su derecho de mayorazgo y no es Esaú todo un personaje y no figura en la historia

¡Qué mucho entonces que yo que no paso de ser un pobre diablo y que maldito si se ve mi nombre ni en las comisiones de los conciertos de aficionados, vendiera un poco de vanidad y de amor propio por cosas infinitamente más sólidas que un plato de lentejas

Decididamente, me dije, «l'idea è bella, e il peccato se halla lejos de ser grosso»

Puedo comer tranquilo sin que insecto alguno turbe mi digestión, ni me roa absolutamente nada

¿Por qué, muerto Juan María Gutiérrez, Pedro Goyena es el causeur más agradable del país

Vaya revelar a Vds. el secreto

En cualquiera parte donde Goyena esté, hace lo que la temperatura: se equilibra según el grado de calor intelectual que encuentra, estudia a su público, lo cala, le toma el peso, busca la dominante y afina su órgano al diapasón común

De ahí que no desentone jamás y que dado su talento, que sucede a los hombres como los diamantes a las mujeres, por el brillo, fuera de cuyo requisito el procedimiento no pasaría de un grosero truc de bastidores, su voz cautiva como la de la sirena, sin encerrar, bien entendido, otro peligro que el de quedarse uno boquiabierto al escucharlo, ni caer en otro abismo que el del olvido de su tiempo, sacando el reloj a las cuatro, en la creencia de que son las dos y habiendo tenido que apestillar a un deudor recalcitrante a las tres

Conversa del pasaje de Venus entre sabios o del Apolo del Belvedere y la Virgen de la Silla entre artistas, tan a sus anchas como habla de la cosa pública en los círculos políticos, de compras y ventas entre comerciantes, o de vacas y ovejas entre estancieros

Juega con el tópico como Robert-Houdin con los cubiletos. Tiene al auditorio pendiente de sus labios. Divierte siempre como nadie y, ¡Dios me perdone el mal juicio!, sospecho que hasta llega a divertirse él mismo

platicando sabrosamente de modas con un *dandy*

Todos Vds. lo conocen, sin embargo, y al verlo cruzar una boca-calle con su infaltable levita de profesor de quatrième y el sombrero descansando patriarcalmente sobre las orejas, pueden tomarle los puntos y hacerse cargo de hasta dónde le importará a Goyena un jaquette salido de las manos de Frank, o un pantalón cortado por Alfred

Elegir bien es inventar, dicen, en tono de aforismo, los que me hacen acordar a las fuentes de la plaza de la Victoria, que, si dan agua, es porque las bombas de la Recoleta se la alcanzan, y como yo, por mi parte, pertenezco al número de los fruits secs, claro está que no puedo tener mínimo inconveniente en aceptar la cosa. Al contrario, ¿cuál de Vds. no aprovecharía la bolada de sacar patente de inventor a tan vil precio

Inventé, pues, la cábula de Goyena, y emperrado al principio como borracho que enderezan a la comisaría, acabé por tomar el trote y tirar tan parejo con el otro, que no parecía sino que nos habíamos criado juntos

Hablé guaso durante dos horas, esto es, hasta *Chascomús*, donde nos separamos con mi compañero asegurándonos mutuamente que habíamos tenido mucho gusto en conocernos, dándonos las señas de nuestras casas, protestando que queríamos ser amigos y deseándonos feliz viaje

Una vez solo, ni a Vds. ni a nadie le importa mayormente saber que no me sucedió nada y que llegué bueno y sano hasta los brazos de Juan, abiertos de par en par para recibirme, según lo convenido.

VIII

Sobre una cama, un hombre acostado: yo; al frente, otro hamacándose en un sillón: Juan

—¡Eres quinientas veces peor que Santo Tomás! —me decía— ¡Él necesitó ver para creer, pero creyó al fin, mientras que tú estás viendo, oyendo, palpando, la evidencia se te cuele como Pedro por su casa y nada, tieso que tieso, no das tu brazo a torcer

—¿Volvemos a las andadas? Tieso o blando, si no doy mi brazo a torcer, como dices, es sólo de cuenta mía; guardo mis convenientes reservas; los otros pueden hacer de su capa un sayo, pero, ¡canejo!, me parece que, por lo que a mí se refiere, tengo a lo menos derecho a ser la excepción de una regla

«No me caso porque estoy perfectamente convencido de que no hay mujer alguna capaz de hacerme feliz, siendo yo mismo incapaz de hacer feliz a bicho alguno viviente en forma de mujer

«El matrimonio, amigo Juan, como todo en la vida, tiene su tiempo

«El hombre debe casarse cuando aún conserva en el alma un hueco virgen, un rezago de ilusiones que le muestren el mundo tal cual puede no ser

«La corriente no lo ha empujado aún en una dirección dada; pronto a zarpar en cualquier rumbo, con la caña del timón en la mano, es un barco que se fleta; cree en la mujer como el marino joven en la mar y, detrás de la fe que le ciega, le espera acaso la felicidad: ojos que no ven, corazón que no siente y los ojos de los ilusos no ven, sobre todo cuando son ojos de marido

«Pero si ha llegado solo a esa etapa de su Viaje que se llama los cuarenta años, y bajo pena de ser un zampatortas, sabe lo que sabe, entonces no le queda otro remedio que seguir de vacío

«Virar de bordo en busca de carga y de carga tan pesada como la mujer, como buque viejo, es presentar el bordo a la marejada, exponerse a naufragar miserablemente o, por lo menos, a tener que echar la carga al mar. De vacío se cala menos, no se mete en honduras y fácilmente pasa por sobre los escollos de la vida

«Convéncete: «la segunda barbaridad del hombre» no es cuestión de razón sino de sentimientos, y eso, de los sentimientos torcidos y violentados por la organización estúpida de la sociedad

«Si me discutes el matrimonio con todas sus arretrancas, te lo rechazo por absurdo

«Pregúntaselo si no a las tendencias de la bestia que habla en ti y sobre todo en la mujer, verdadero camaleón doméstico, y dime si hay sentido común en pretender sujetarla a que sacie sus instintos siempre en el mismo plato, a que acerque siquiera sus labios hoy a la misma copa en que ayer bebía con avidez

«Pero ya que la violencia existe y el atentado se comete contra el texto expreso y terminante de la ley natural, consulta, por lo menos, a tu paladar, mientras no esté gastado por el uso o estragado por el abuso; así será más fácil que lo eduques a saborear perdiz todos los días; matrimonia a tu corazón, no a tu cabeza

«Los negocios bautizados con el nombre de casamientos de razón, esos que suscriben los cuarentones cuyo corazón, como los canarios viejos, hace fecha que no trina y, si aun abre la boca, es para hablar en ridículo, como quien dice, para bailar de coleta un minué federal en un cuadro de lanceros, son disparates mayúsculos que cuestan caro, especulaciones en que el zonzo que se mete a diablo, jugando la paz de sus últimos años en plaza tan tirante, pierde, con el modo de andar, hasta las ganas de vivir

«¿No te basta con lo dicho? Otra te pego

«¿Dónde me dejas la fuerza de la costumbre, esa moral del pueblo, según Juan Jacobo, esa moral del viejo según yo, que golpea primero tímidamente a tu puerta, se cuela poco a poco en tu interior, toma posesión de tu casa, concluye por declararse dueña de ella y, si te pesca solo, se apodera de ti, te atrapa, te monopoliza, te absorbe, modifica tu

carácter y transforma tus humores, hasta que el día menos pensado te encuentras convertido, por obra y gracia de la referida señora, en una especie de puerco espín

«Aquí me tienes, si no

«Hay ratos en que estoy dado a los diablos; todo me carga y me revienta

«¿Los amigos

«Quisiera verlos a mil leguas de distancia

«¿Las amigas

«Media docena de contemporáneas, viejas cotorronas, cuyo aspecto me encocora de tal modo que, por no verlas ni pintadas, agarro sus retratos, los doy vuelta, les aplico un puñetazo como para que no se muevan y las dejo así semanas enteras con la cara pegada contra la pared

«Los sobrinos, una monada de muchachos

«Me hacen el efecto de otros tantos cocós; no los sufro ni un minuto

«Por supuesto, de Taniete no hay que hablar; me parece más cuadrúpedamente bestia que nunca, si es posible, y lo que es él, ya sabe cómo se aguanta un chubasco; cierra la puerta de calle, se sienta pacíficamente detrás de ella sobre una silla coja, por más señas, y bien pueden echar la puerta abajo ¡no-abre ni a Dios

«¿Lo creerás? Cuando anda la pajarera alborotada es éste uno de mis pasatiempos predilectos. El que llega, sea quien fuere, se cansa de golpear una, dos, tres y cuatro veces y yo, como sé que no me ha de venir a dar sino a pedir, de exclamar, otras tantas, bañándome en agua de rosas y paseándome en mi escritorio

«Sacúdele hasta mañana si te empeñas; ¡joróbate y pierde tu tiempo y tu paciencia

«Es un gusto como cualquier otro. ¿Napoleón no tenía el de pintar zoncercas sobre los papeles que le caían bajo la mano

«A mí me da por divertirme que el prójimo se rompa los hocicos contra el

llamador de mi casa

«Ahora bien, querido Juan: ¿cómo te imaginas que un individuo que no puede aguantarse ni a él mismo, pueda soportar a dos

«¡Bonito andaría yo con la cruz a cuestas

Introducir en mi domicilio a un ente extraño, a una Juana de los Palotes que compartiera mis cosas, mi mesa, mi baño y, lo que es mucho más serio, mi cama, donde fuerte con su título de legítima, pretendiera tener derecho a acostarse de día y de noche, sin que por mi parte pudiera reservarme el recurso de ponerla de patitas en el suelo a la hora que se me antojase y no me cuadrara el contacto

«¿Y todo esto, fuera de la dedicación de mi tiempo, del cariño y consideraciones del caso, de los miramientos que le debiera, del sacrificio de mi independencia, de la humillante esclavitud moral y física, en una palabra, a que habría yo de condenarme voluntariamente y porque sí, en obsequio a una necesidad que no siento, a una mujer que no quiero y a un género de vida cuya sola amenaza me hace doblar las piernas...

«¡No, mil veces no

«Cada loco con su tema; tú tienes el tuyo, te has casado y has hecho muy bien; yo tengo el mío, no me caso y hago perfectamente...»

—¿Cuándo llegaste? Ayer, ¿no es verdad? —me interrumpió Juan, poniéndose de pie— Parece que veinticuatro horas de sermón predicado con el más puro de los ejemplos no han bastado, sin embargo, a convertirme

«Voy hasta darte los ocho días que permanezcas con nosotros, y si no sales de aquí derecho a buscar mujer, te declaro solemnemente el más acabado de los mandrias que existen bajo la bóveda celeste

«Es esta mi única contestación a tu tirada filosófico-social. ¡Levántate haragán! —agregó—; tienes una hora para bañarte; son las cuatro y comemos a las cinco»

Con lo que cayó el telón y mi amigo Juan me dejó solo en la escena para meterse en el camarín de su mujer.

IX

Fuera las hipérbolos, metáforas y figurones

Nada de ébanos, alabastros, perlas, corales, sílfides, soles y demás pavadas que todo el que empuña una pluma, en prosa o en verso, se cree con derecho a arrastrar de los cabellos en obsequio a las heroínas de sus engendros espirituales

No hay mujer que sea sujeta de mostrar un pelo como ébano, un cutis como alabastro, unos dientes como perlas, unos labios como corales, un cuerpo como sílfide, ni unos ojos como sol; cuando mucho, se podría decir de los más lustrosos que alumbran como una vela de sebo y gracias..

La que más, la que menos, todas tienen sus cosas feas, a la vista o escondidas

Pregúntenle, si no, a cualquier pintor si alguna vez le ha tocado la bolada de una modelo a posar pour tout, y se reirá de ustedes

Una lo hace por el brazo, otra por el pie, ésta por la cabeza, aquélla por el torso; pero la que luce el palmito, gasta calzones para que no le vean las piernas, y la que, sin querer adrede, como dicen, se levanta el vestido al subir una vereda, esa va jugando a la gata parida con su corsé

Exigir de las hijas de Eva cosas del otro mundo, en punto a estética, es pedir castañas al roble

Contentémonos, pues, con la bellota que Dios nos dio por compañera; seamos prácticos; al pan, pan, y al vino, vino, según lo reza el diccionario

Pelo castaño-oscuro, pues; tez morena; ojos negros, vivos y expresivos, adornados de pestañas largas y arqueadas, de esas que uno admira sobre todo vistas de perfil; nariz ñata e insolentemente respingada; boca fresca y lasciva, sobre cuyos labios rojos corría un bozo de prima donna contralto y que no perdía ocasión de mostrar dos filas de lindísimos dientes; talle flexible, de contornos llenos y elegantes; mano fea, como la de casi todas

nuestras mujeres; pie chico y, según pude observar al verla bajar del caballo una mañana, pantorrilla satisfactoria

Era, en una palabra, la mujer de mi amigo Juan lo que se llama una criolla apetitosa

Inteligencia despierta y sutil, educación mediana, instrucción nula

En cuanto a su faz moral, ofrezco a ustedes el siguiente par de escenas de las que son muy dueños de sacar, como hice yo, la consecuencia que se les antoje.

X

Juan.— ¡Una y mil veces malditos los negocios

¡Quién pudiera nutrirse de ambrosía como los habitantes del Olimpo

Ved aquí a un hombre joven, sano, alegre, dispuesto, que no ambicionaría otra cosa, sino que lo dejaran vivir eternamente mano a mano con su mujercita a quien adora, siendo a su vez adorado por ella... (le da un beso)

María.— ¡Juan, por Dios, qué dirá este caballero! (poniéndose colorada hasta la punta de la nariz con incomparable modestia)

Juan.— (Sin hacer alto en la cosa). Y sin embargo, no hay remedio; tengo que volver, mal que me pese, a respirar la atmósfera viciada de los mortales, a mezclarme y tomar parte en sus miserias, a encorvar las espaldas para llevar, yo también, mi contingente de carga en el hormiguero humano..

¡Quince días más y quedará cerrado el paréntesis de dos meses de suprema felicidad

Yo.— ¿Quién te impide mantenerlo abierto un año, dos o tres si se te antoja? ¿No eres rico? ¿De dónde, pues, esa necesidad imperiosa de trabajo

Juan.— (Paseándose con aire de afectada importancia). ¿De dónde? ¡Eso es lo que tú ignoras, alma de Dios

Escucha y lo sabrás: de los altos y trascendentales deberes que sobre mí pesan y que me impone mi carácter de hombre serio

Has de saber, profano, que... ¿se lo digo? ¿Te descubro? ¿Me das permiso, sí o no? (mirando a su mujer la que, sin contestar palabra, se levanta y sale como una flecha)

Juan.— María, María, oye, mi hijita

María.— (Desde la pieza contigua). ¡No, no, no quiero, eres capaz de hacerme morir de vergüenza...

Yo.— (Dejándome seducir por el encanto que ejerce siempre el grito del pudor). ¡Pero, hombre, mira que eres torpe! Permíteme que te lo diga. ¿Por qué diablos te gozas en hacerla ruborizar así

Juan.— He hecho mal, es cierto; pero ¿cómo resistir el placer de darte la fausta nueva

Mi mujer, amigo mío, está encinta; ciertos indicios que no marran me lo han revelado anoche de modo a no dejarme duda alguna; voy a ser padre y padre de un hijo de mi María..

¿Te haces cargo de lo que eso significa? ¿Comprendes toda la inmensidad de mi dicha? ¡No, qué has de comprender tú, viejo egoísta, alma seca, naturaleza gastada

Si fueras capaz de abrir el corazón a más puros sentimientos, sabrías lo que a mí me sucede, es como para que me vuelva loco de contento (saltando como un muchacho, se lanza sobre mí, me da un abrazo y se apodera de mis manos que aprieta convulsivamente)

Yo.— (Medio blando y enternecido a pesar mío). ¡Sí, sí, hombre! Comprendo todo lo que se te antoje, pero basta; suelta que me haces daño; déjame y ve a enmendar la falta que has cometido; pide perdón a tu mujer, la pobre bien lo merece (se va)

Yo.— (Solo). No se puede negar que estos demonios de mujeres tienen ciertas cosas que engañan, aunque ellas mismas no quieran engañar..

Trampas de enredar maridos, pegapega untada por la naturaleza para cazar chingolos con barba, pero donde no cae, ni a garrote, el cauteloso y desconfiado lechuzón: hace bien; prefiere su cueva húmeda, desnuda y sombría, pero libre, al honor de que se lo almuercen en algún fondín genovés adornando una fuente de la clásica polenta con augelli..

C'est égal, repetí maquinalmente después de un momento de reflexión en que pensamientos encontrados absorbieron mi mente, estos demonios de mujeres tienen ciertas cosas que engañan..

Juan.— (Entrando del brazo con su mujer). Henos aquí de nuevo en tu presencia

Después de haber el reo humillado la cerviz, implorando de hinojos la clemencia real, su majestad María primera, reina del corazón de don Juan, ha venido en otorgarle su gracia soberana

El tratado de sometimiento queda firmado y sellado; ¡el monstruo de la rebelión no intentará levantar de nuevo la cabeza

Yo.— ¡No se hable más de la querrela y haya paz entre los príncipes cristianos!..

Bromas a un lado y volviendo a tus asuntos, sin que me tachen ustedes de entrometido (a Juan), dime, ¿por qué diablos regresan tan pronto

Yo, en tu lugar, arreglaría mis asuntos de manera que no exigieran mi presencia en Buenos Aires, por lo menos, hasta más tarde

Eres feliz; ¡goza entonces de tu felicidad y venga el diluvio y arda Troya después

¡Son tan contadas las horas de la vida en que no nos vemos condenados a sufrir

María.— ¿Y no podrías encargarte de tus negocios a tu amigo? El señor es tan bueno, que estoy segura te prestaría gustoso ese servicio

Yo.— Con toda el alma

Si en algo puedo serte útil (a Juan), no tienes más que mandar

Juan.— Bien lo sé y te lo agradezco íntimamente, pero es imposible; son negocios personales y a plazo fijo que no pueden terminarse sin que intervenga yo mismo; debo encontrarme en Buenos Aires justamente dentro de quince días

María.— (Suspirando). ¡Cómo ha de ser! No tengo más remedio que conformarme, entonces

Juan.— ¡Qué! ¿De veras, mi hija? ¿Te causa tanta tristeza dejar la estancia

María.— Mucha, sí. Lo paso aquí tan contenta, tan feliz, que, si por mí fuera, viviría en el campo todo el año

Juan.— ¿Sola o acompañada

María.— (Con encantadora câlinerie). Eso no se pregunta, señor marido; no sea ingrato; bien sabe usted que con usted y con nadie más que con usted

Yo.— Y, ¿si a su marido, señora, no le gustara alejarse cuatro cuadras de la plaza de la Victoria

María.— Viviría muy dichosa dentro de esas cuatro cuadras, señor; la voluntad de mi marido será siempre sagrada para mí

Juan.— ¡Ya lo ves! (dirigiéndose a mí con aire de triunfador) ¡Y no se te hace agua la boca y no te retuerces y no revientas de envidia

¡Compara tu vida con la mía; el lleno de mis aspiraciones con el espantoso vacío que te rodea, vizcaíno! Compara y cede al fin; aun estás a tiempo, busca y encontrarás, no una ricura como ésta (agarra la cara de su mujer y ella le quita la mano), te lo declaro sin vanidad y sin modestia, eso no, ni aunque la busques con linterna; pero sí, una criatura bastante buena para resignarse a emprender tu conversión, lo que convendrás que no es poco, entre nos que te conocemos; una mujer que te fije un rumbo en la vida, que fecunde tu existencia, que te dé una misión que llenar sobre la tierra..

Yo.— (Interrumpiéndolo). Como quien dice, una mujer que me haga colita, ¿no es así

Juan.— Precisamente, para que avances por la senda del bien, única capaz de labrar la felicidad del hombre sobre la tierra

Yo.— No veo para ello sino un pequeño inconveniente

Juan.— ¿Cuál

Yo.— Que no tengo cola ni he nacido carnero

Juan.— (Con vehemencia y medio chocado de que lo estuviera meciendo). Pero te has convertido en algo peor

Niño aún, empezaste por agarrar un mal camino. Te diste prisa en vivir y abordaste la vida justamente por donde el hastío y el descreimiento se apoderan más pronto del corazón, lo secan y lo corrompen: el lado mundano

A la edad en que los otros empiezan apenas a ser hombres tú habías llegado a viejo, si no en años, en ideas y como las tuyas no eran el fruto de la experiencia que alecciona y que sólo alcanza con el transcurso del tiempo, sino la consecuencia de la detestable escuela moral en que te habías educado y cuya funesta influencia no has sido hombre capaz de sacudir, no te queda ni siquiera el triste partage de la vejez: ver claro en las cosas de la vida

Eres un viejo decrepito y ciego por aditamento

Lo que crees distinguir en tu alrededor son alucinaciones de tu espíritu, fantasmas de tu mente enferma, reminiscencias de las monstruosas imágenes que un tiempo hirieron tu retina y que han quedado grabadas en ella con toda su obscena fealdad

De ahí tus desconfianzas y tus dudas, de ahí tus cavilaciones, tu egoísmo, tu spleen que raya en monomanía, la falta de fe en tus semejantes, el desesperante aislamiento en que vives encerrado, de ahí, en una palabra, tu absoluto pesimismo, cuya primera víctima eres tú

Pero si crees que he de tolerar que te mueras así, como un perro, sin un alma cristiana que te alcance un vaso de agua, entregado a las manos mercenarias e imbéciles de un Taniete, te has engañado de medio a medio; soy tu amigo y me he propuesto salvarte a pesar tuyo

El único remedio al mal que te consume y te mata es casarte y tanto he de hacer, tanto te he de predicar, aunque protestes cien veces que predicarte a ti es machacar en hierro frío, que al fin me he de salir con la mía

Yuyo estéril, he de arrancarte de raíz de la tapera en que vegetas, como la ortiga, pinchando y haciendo arder la epidermis a todo el que se te acerca

He de sacarte al fin de la categoría de cosa en que te pudres miserablemente sin servir ni para Dios, ni para el diablo, y he de hacer de ti un hombre útil a ti mismo y a la sociedad en que existes

¡Vive Dios!, he de darte una mujer, mal que te pese, y no he de parar, tenlo entendido de una vez, mientras no te vea rodeado de una docena de muchachos

Yo.— En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

Amén.

XI

De todos los heroísmos habidos y por haber: hacerse uno romper las costillas (vulgo); dejarse abofetear un carrillo después del otro (el Evangelio y Voltaire); sacudirle a la moral (Montesquieu); ser más guapo contra uno mismo que contra el prójimo (no sé quién), etc.; opino que el más tratable, el más buen muchacho, aquel con el cual puede uno entenderse más fácilmente, es el que consiente en confesar la propia cobardía

A ese precio, el último de los mandrias tiene la estofa de un héroe. Con abrir la boca y decir: «Soy un collón», está del otro lado y lo pruebo

Sí, señores; después de la escena a que acababan ustedes de asistir y a la hora de las consultas con la almohada, sentí que mis fuerzas desmayaban, que flaqueaban mis convicciones

Juan y su mujer acababan de abrir una ancha brecha en el bastión de mis principios que, como un castillo de naipes, estuvo a punto de venirse al suelo, amenazando aplastar bajo sus ruinas el credo de toda mi vida

Si será verdad, exclamaba, ¡si habré vivido obcecado

¡El pudor, la inocencia, el amor, todo ese brillante apanage, se encontraría en este mundo y sería, acaso, patrimonio de la mujer, mitad de nosotros mismos, confidente de nuestros goces, paño de nuestras lágrimas, último más allá de nuestras aspiraciones en la tierra

¡Oh! ¡Si así fuera, comprendo la ambición, la riqueza, los honores, el poder, la gloria y, una vez conquistados, comprendo que se arrojen a los pies de la criatura adorada, esposa o querida

Luego, mi imaginación calenturienta acariciaba el ideal de oro y lo convertía en verdad

Perdido en la muchedumbre, pobre, miserable, pigmeo, pero fuerte en la fe que inspira, con la voluntad inquebrantable de llegar, emprendida la

escabrosa senda

Daba un paso, vacilaba y caía, con una herida en el alma, con una esperanza menos, con un incentivo más

Removía con mano paciente y resignada, una a una, las piedras que la maldad de los hombres acumula en mi camino y, cuando en la ruda tarea, mis fuerzas extenuadas me rehusaban su apoyo para mantenerme en pie, caía de nuevo, pero enardecido más, con la vista fija hacia adelante, me arrastraba entonces por el suelo, clavando en él mis uñas ensangrentadas y dejando en pos de mí pedazos desgarrados de mí mismo

Luchaba desesperadamente, pero luchaba sin tregua, como lucha el torrente con los escollos que se oponen a la violencia de su curso, como lucha el prisionero con las barras del calabozo que encierra su libertad

El torrente se desborda por el ímpetu de sus aguas, el prisionero se evade por la fuerza de su astucia, ¿por qué yo también, por el solo vigor de mi aliento, no había de alcanzar a tocar a las alturas

¿Necesita acaso el cóndor otro impulso que sus alas para cernirse en las nevadas zonas

Fue una cruzada angustiosa, una cruzada de amarguras y de dolores sin cuento, que la pluma no traduce, que la mente no comprende, que sufre sólo el insensato que pasa su vida soñando con el fantasma de la inmortalidad

Mi planta altanera llegó, por fin, a oprimir la anhelada cumbre, el triunfo coronaba mi gigantesco esfuerzo, contemplé el mundo a mis pies

Los mismos que, grandes cuando pequeño, me habían lastimado con sus odios, agobiado con su desprecio, humillado con sus lástimas, se me postraban ahora, pequeños y ruines a su turno

Era poderoso, libre, soberano, soberano y esclavo a la vez, pero esclavo de la mujer amada por la que había luchado y vencido y a la que brindaba mis glorias en pago de su amor

La folle du logis no paró en toda la noche de battre la campagne..

Los primeros rayos de la luz de la mañana, acompañados del balido de la

majada tipo, espléndida cruz de Negrette y Rambouillet, que buenos pesos había costado a mi amigo Juan, entre paréntesis, llegaron, por fin, a sofrenarla en su carrera descabellada, llamándola groseramente al manicomio de la realidad

¿Qué quedaba, ¡ay! en mí de tan encantadora visión

Lo que queda de todas las farsas humanas, reales o imaginarias: nada, o, a lo menos, casi nada; en este caso, el derecho de poder decir a ustedes: fui un cobarde, lo confieso y, por consiguiente, soy un héroe

Juzguen, si no.

XII

María.— (En tête-a-tête conmigo, mientras Juan, que la tira de hombre de campo, se encuentra presidiendo la carneada). ¡Feliz usted, señor, que se vuelve mañana a Buenos Aires

Yo.— ¿Feliz? Según, señora; no y sí; no, porque me duele abandonar la amable sociedad de usted y la de Juan, a quien usted sabe que quiero mucho; sí, porque no tengo, de veras, una marcada predilección por la vida campestre

Cuestión de gustos; no todos piensan como yo

Usted misma el otro día, si mal no recuerdo, deploraba no vivir todo el año en los Tres médanos, y me figuro que no ha de haber cambiado en tan corto tiempo

María.— Seguramente que no; lo que dije antes, lo repito ahora; me encuentro perfectamente en la estancia; pero eso no importa que deteste la vida de la ciudad, sobre todo, cuando ya hace más de dos meses que vivo separada de mamá y de mis hermanitas, a las que tantos deseos tengo de ver y de abrazar

Yo.— (Para mí, con el aire de un hombre a quien acaban de codear). ¡Hum!... (para ella). Pero, ¿por qué no se lo dice usted a Juan

Seguro estoy de que se apresuraría a complacerla. Podrían ustedes volverse mañana conmigo o, por lo menos, antes de la época fijada

Me ofrezco desde luego como intermediario; si usted quiere yo mismo le hablaré

María.— ¡No, no, Dios me libre! ¡Pobre Juan! Lo veo aquí tan alegre, tan contento, que por nada de este mundo desearía contrariarlo

Yo.— Noto, señora, que no es usted tan afecta a los goces pastoriles como me lo habían dejado comprender sus palabras del otro día y que,

más bien es por Juan que por usted, que se mostraba tan dispuesta a convertirse en estanciera pour tout de bon

Esto no hace, por otra parte, sino abogar más y más en su favor (echándole un anzuelo); sacrificarse por su marido es de mujer fiel y cariñosa

María.— Usted se confunde, señor; no hay tal sacrificio, ni merezco absolutamente sus elogios

Por él y por mí también; pero todo es relativo

Algunas veces los días me parecen tan largos, especialmente cuando Juan está ocupado en dirigir los trabajos de la estancia y me deja sola, que, de veras, le aseguro que no sé qué hacer, ni cómo matar el tiempo

En la ciudad sería otra cosa; saldría un momento a paseo, me distraería, iría a casa de mamá o a visitar alguna de mis amigas

Yo.— (Renovándole la carnada) Tiene usted perfecta razón, señora. A la larga, esto debe convertirse en un narcótico inaguantable, y, francamente, si le he de decir verdad, no me explicaba el deseo manifiesto por usted de soterrarse viva en esta tumba

Resignarse a habitar en un desierto... Pase cuando no se tiene otra cosa, pero no cuando uno es dueño, como lo son ustedes, de una espléndida casa en Buenos Aires, con todo el lujo y el bienestar que ofrece la fortuna: carruajes, teatros, bailes y paseos

Puedo estar equivocado, pero es así como he comprendido la vida en mis tiempos y es así como la entiendo para un hombre joven y rico como Juan y para una mujer joven, rica y linda como usted: apurar hasta las heces los placeres que brinda el mundo; tiempo hay después para sufrir y, sobre todo, después, ¡Dios proveerá

María.— (Haciéndosele cierta la cosa). ¡Ah, señor, qué lástima que se empeñe en quedarse soltero, siendo tan bueno! ¡Dichosa la mujer que tuviera un marido como usted

¿A mí con esas? Je te connais beau masque

¡Pobrecita! Extrañas a tu mamá y a tus hermanitas, ¿eh? ¿Los días te

parecen largos, no sabes qué hacer ni cómo matar el tiempo, te aburres con tu marido y le haces entender lo contrario, mientes, le engañas bellacamente y todo esto que tú misma desembuchas, amén de lo que te anda por dentro, te sucede dos meses después de casada y en plena luna de miel

¿Con que lo del pudor y la vergüenza no había sido otra cosa que refinada coquetería; el candor, la ingenuidad de tu acento, fingimiento y dobleces femeninos; interés egoísta y mezquino el amor que juraste en el altar; te has casado por casarte, por lo que hacen todas ustedes, por tener marido y porque las llamen señoras; lo eres apenas desde ayer, y la existencia tranquila del hogar te pesa ya sobre las espaldas como una barra de plomo

¡Urraca encerrada en jaula de oro, sin darte cuenta tú misma de la indignidad de tus manejos, quiero hacerte el favor de suponerlo, espías inquieta y agitada el momento en que la mano incauta de tu marido te abra las puertas para volar a los tejados vecinos, llevando contigo su paz, su nombre, su honra que vas acaso a robarle traidoramente

¡Imbécil yo que he estado a punto de comulgar con las aldabas de San Francisco, de caer en el garlito como el último de los cadetes! ¡Imbécil yo y pobre Juan

Fueron estas las ideas que me asaltaron en el primer momento, hijas sin duda de mi maldito pesimismo que con tanta razón reprochábame Juan

¡Eh! ¿Adónde vamos a parar

No nos salgamos de la vaina. Pensé después; no se diría sino que se trata de Mesalina y de la Borgia, fundidas en una..

¿Qué ha dicho, ni qué ha hecho esta desgraciada, para que le caiga así

¿Que quiere ver a su madre y a sus hermanas después de un tiempo de ausencia

¡Si eso es lo más natural del mundo

¿Que se muere de aburrida cuando su marido la zampa sola en un caserón desierto y que no le pasaría otro tanto si viviera entre cristianos

¡Pero cáscaras! Al mejor se la doy; ¡tiene ochocientas veces razón

Bueno, pero ¿por qué miente y finge entonces; por qué dice blanco en presencia del hombre, y negro cuando está sola conmigo

Sobre todo, ¿por qué no baila de cabeza con lo que le da su marido, aunque sea pan y cebolla, siempre que se los coma con ella? ¿No es su obligación? ¿No debe ser esa su devoción para hacer las cosas como Dios manda

Decididamente, mala tos le siento al gato; el negocio este anda turbio y mucho me temo que la cacareada felicidad de mi amigo Juan tenga, antes de poco, un olor a cadáver que apeste...

XIII

Mutatis mutandis, entre los meses de febrero y marzo, el público se ve condenado todos los años a leer esto en el estilo mandado guardar de nuestras gacetillas

«Espléndido.— A juzgar por los grandiosos preparativos y por las ingentes sumas de dinero recolectadas ya, el carnaval próximo ha de estar indudablemente espléndido

«Las calles de nuestra opulenta ciudad van a ser adornadas con gran boato; las recorrerán innumerables y lujosísimas comparsas y, para que nada falte en esos días de disipación y de locura, nuestros aristocráticos salones, el Club del Progreso y el del Plata, así como todos los teatros, sin excepción, abrirán sus puertas a las alegres y espirituales mascaritas

«El carnaval de 18... va a hacer época. Prepararse, pues»

Para el que no estuviera en el secreto, no se diría sino que las mascaradas de los tiempos aquellos de Venecia, el suntuoso corso de Roma, los magníficos Veglioni de la Scala, o los bailes de la Ópera en París, son pan de perro, al lado de las mil y una noches del carnaval porteño

Pero, para el que ya le ha visto las patas a la sota, es otro cantar: ése sabe a qué atenerse

Se larga por tres días a matar batitúes o perdices, si es aficionado a la caza, se encierra en casa a leer, si es afecto a la lectura, o se resigna a divertirse, cuando no le queda otro remedio, mirando desfilar el corso por la calle de la Florida, metiéndose en uno de los escandalosos batuques del Teatro de la Ópera, o asistiendo a un baile del Progreso, si pertenece al high-life, como han dado en decir ahora; high-life, aquí donde todos nos conocemos: risum teneatis..

¿A qué quedan reducidos, en efecto, tanta bulla y tanto alboroto

Veamos

El peluquero de la manzana, el confitero, con más el dueño de algún almacén o cuarto vacío, interesado en que se lo alquilen para el establecimiento de un comercio de pomitos, depositan unos pesos en manos de la comisión encargada del programa

Con ellos se contratan al Mr. Picard de marras unas cuantas docenas de banderas desteñidas y se paga a la Compañía del Gas un negro con pito y todo por la iluminación a giorno

Agréguese el valioso contingente de los balcones del Club del Progreso, siete faroles de procesión escapados del altar de Jesús Nazareno en San Francisco, otros diversos mamarrachos con que contribuyen, por su parte, algunos particulares y, sin más ni más, tendrán ustedes representado el decantado boato de la ornamentación

Ce n'est pas plus malin que ça

Convenientemente preparado el local, dan las cinco de la tarde, la hora solemne del desfile que se inicia con la marcha triunfal de las comparsas, una Stella de cualquiera parte, los Enfants de n'importe qui, los Negros Zambos o Chuecos, suma total, un montón de bodoques vestidos de mojiganga y transformados en bandas soi disant musicales, bandas de asesinos, como las llama Bassi, que lo menos que merecen por el atentado que cometen, es que las desbanden instantáneamente y las enderecen por cinco años a la frontera en un batallón de línea

Los mononos de los negritos, sobre todo, éstos son los que me hacen completamente feliz

No puedo mirarlos con sus caritas tiznadas, sus casaquitas celestes, sus calzoncillos blancos, sus botitas de charol, sus latiguitos, tamboritos, matraquitas y campanillitas, sin que se me caiga la baba de gusto al pensar que tanta gracia y tanta sal se cría en mi tierra

¡Angelitos

Vienen, en seguida, alternando con talo cual bachicha disfrazado de turco o de marqués y con una cola interminable de volantas de plaza pobladas por un high-life de a cuatro por un peso, las comparsas de niñas, las

«Hijas de mi abuela» o de la de ustedes cargadas en carros de mudanza tirados por mancarrones y forrados de yuyos y de tiras de coco para mayor esplendor de la fiesta

Los músicos le rascan a uno el estómago, las mascaritas le jeringan el tímpano a punta de gritos y chillidos, ni más ni menos, que si pasara por junto a una jaula de cotorras, mientras que los zánganos se pavonean sin que les quepa una aguja y se dejan intrigar muy satisfechos con un

—Adiós, che, ¿cómo estás, cómo te va, cuándo te casas, pícaro, picaflor

Armados de sus correspondientes pomitos, el adminículo más cargante, el juego más estúpido y más grosero que haya cabido jamás en caletre humano, unos van, otros vienen, dan vueltas a lo zonzo, de la plaza de Lorea al Retiro, del Retiro a la plaza de Lorea, la función dura cinco horas y, a las diez de la noche, cada cual agarra por su lado, mojado hasta los tuétanos y como molido a palos, pero diciendo que el corso ha estado soberbio, que se ha divertido bestialmente y prometiéndose, por supuesto, comenzar de nuevo la chacota al día siguiente

En cuanto a los bailes de máscaras, no se puede pedir más

Ruego a ustedes se sirvan disculparme si callo, desde luego, lo que sucede en los teatros, Skating, Cancha de Pelota y demás casas de tolerancia abiertas al público

Existen para ello razones de decoro y de decencia que pretendo no dejar en el tintero, a pesar de las allures familiares y muchas veces hasta brutales de mi pluma

Doblemos la hoja.

XIV

A las dos de la mañana, el high-life se manda mudar a su casa en todas partes donde se cuecen habas; pero, según parece, para nuestro high-life es de high-life hacer las cosas al revés del high-life

El high-life, entre nosotros no asoma las narices a los bailes sino a las dos de la mañana

Aguardemos, pues, a que suene la hora de rigor, vamos al Club del Progreso y veamos lo que allí pasa

Muchas mujeres, muchos hombres; ellas disfrazadas y, por lo común, disfrazadas de caches, sin gusto, sin elegancia ni riqueza; trapos viejos de que echan mano para la ocasión, o trapos nuevos de a cinco pesos la vara

Ellos sin careta, pero disfrazados también, disfrazados de conquistadores

J'en ai été et je m'y connais

Viejo o joven, casado o soltero, lindo o feo, de cien, no hay uno que, contemplando su efigie delante del espejo, no exclame ab imo pectore

«¡Quién sabe si de esta hecha no saco yo también el vientre de mal año!»

Y eso que es más fácil encontrarse uno un medio en la puerta de una escuela, como dicen, que sacar el vientre de mal año en un baile de máscaras

¡En la perra vida! ¿Gracias, espíritu, travesura, chispa

Que me las claven en la frente: ni mucha, ni poca

Demos de barato, echando a un lado la lista de sandeces con que debuta una máscara al acercarse a usted; aquello de: «¿Me conocés che? ¿Cómo está tu mama? ¿Dónde has dejado a tu mujer? ¡Sinvergüenza, cascote!», etc., etc

Basta con recordar aquí lo que he visto reproducirse más de una vez en el Club

Por las inmediaciones de la orquesta (y cuidado que es este el punto más estratégico, el lugar donde más abunda la pesca en aquel charco humano), pasan su noche en blanco, a plancha corrida, sin una dejada de la mano de Dios que les diga ni tampoco: ¡por ahí se pudran!, carilargos y a trueque de desarticularse los carrillos, Miguel Cané, Lucio V. López, Manuel Láinez, Roque Sáenz Peña y otros más de la cosecha, mientras cuanto tilingo, cuanto badulaque pulula en los salones, se ve buscado como a pleito, perseguido y acosado por las dichas mascaritas, como un terrón de azúcar por un puñado de moscas

Dime con quien andas... El hecho no necesita comentarios

Si nos situáramos junto a la puerta de comunicaciones entre los salones de baile y nos tomáramos la molestia de echar los ojos, encontraríamos, a rodo, objetos curiosísimos de estudio. Pero para esto se necesitan dos cosas: tiempo, que tengo, y paciencia, que no tengo

¿Cómo resistir, sin embargo, a la tentación de despuntar el vicio levantando un pedazo de la camisa a un par de pares de tipos, entre los más campanudos de los socios del Club

Díganlo, si no, en presencia de ese que, si no fuera uno de los hombres de más talento, sería el más insoportable fatuo de los hijos de esta tierra

Sin una arruga ni una mancha en la ropa irreprochablemente ajustada a las formas de su cuerpo, perfectamente calzado de cabeza, pies y manos, gasta mucho más de lo que se necesita para ser lo que se llama un hombre bien vestido y, sin embargo, no lo es; absolutamente no

Le falta para ello lo que no se compra ni al sombrerero, ni al zapatero; eso que los franceses expresan con tres palabras que no tienen traducción: *comme il faut*, don supremo de la naturaleza que no se adquiere, sino se nace con él: aunque la mona, etc

Mira usted el paletó, por ejemplo, de este caballero, en la vidriera del sastre y exclama

—¡Lindo, bonito género, bien cortado

Pero se lo ve después al cliente y el pantalón hace salir de quicio al paletó, que desdice, desentona, chilla y se transforma en vestimenta de tendero estacionado el domingo bajo el atrio de la Catedral, a la salida de misa de una

Encarga el buen señor sus camisas a Longueville o a Charvet y le llegan, naturalmente, camisas como saben hacerlas Charvet o Longueville

¿Piensan ustedes, por ventura, que le luce el gasto

Piensan mal; no falta en una percha del armario alguna condenada corbata blanca con que se acicala su dueño a las tres de la tarde para ir a informar in voce, o un juego de botones de brillantes que convierten la obra de Charvet en grosera confección de 2 fs. 95

En suma, puede opinarse de él que es un señor prendido de siete alfileres; un hombre elegante, nunca

He dicho que tiene inteligencia y lo repito, una inteligencia de las más nutridas, lo que no obsta a que haya hecho long feu, lo que, traducido en romance, tanto quiere decir como que se le ha salido el tiro por la culata

Mareado por sus triunfos escolásticos, festejado, mimado, endiosado cuando estudiantino, primero, cuando abogadito, después creyó que la República era la Universidad o el Foro; el campo se le hizo orégano y, sin tantear previamente la resistencia de sus corvas, quiso, de un salto, atrapar la luna con los dientes

Le sucedió, naturalmente, lo que debía de sucederle: se vino abajo de cabeza, sacudiéndose un porrazo tan feroz, que ha quedado, el infeliz, inválido para toda la siega

Es que, para ser buen abogado, mi querido doctor, basta saber derecho y tener honradez, cualidades que me complazco en reconocer a usted, mientras que para ser hombre público, esa es harina de otro costal; se requiere fatalmente lo que tenía Adolfo Alsina, lo que tiene Aristóbulo del Valle: cabeza, corazón y calzones

Usted no ha hecho carrera en política porque le faltan los dos últimos atributos, amén de algo que se encuentra hasta en los brutos, de una cosa muy trivial, pero muy sustanciosa; la salsa con que se condimentan estos

platos: sentido práctico, de que usted también carece de la manera más lastimosa

Si así no fuera, no habría pretendido jamás y, mucho menos a deshoras, ser *dandy* y tenorio y gobernador y presidente, para lo que no le da el naipe, en vez de mozo serio y circunspecto, abogado distinguido o miembro conspicuo de la Suprema Corte, que es la meta de la que nunca debió usted haber apartado la vista, si hubiese comprendido sus intereses y héchose cargo de dónde le apretaba el zapato

Pastelero a tus pasteles

Habría llegado usted a ser una de las primeras ilustraciones jurídicas de América, mientras que hoy por entrar con el paso cambiado, por haberse querido meter a bailar galop en el fandango de la vida, en vez de atenerse a la tranquila y reposada contradanza, baile mucho más en armonía con las condiciones pobres de sangre como la suya, se ha pelado usted la frente contra el mueble de la opinión pública y, como esos cohetes que, mal indilgados, se chingan contra el arco de la Recova Vieja en un 25 de mayo, no pasa usted también de ser un hombre completamente chingado

Perdón y a otro

Alto, de macizo cuello y constitución apoplética, se exhibe en los salones con un aire de quijotesca importancia que mueve a risa, uno de los miembros más sobresalientes de la asociación

Su andar, que por cierto no se ajusta al ritmo de la lira, a pesar de un saca-la-cadera *sui generis*, de cierto movimiento cadencioso especial, me ha hecho acordar siempre el tranco de esos caballos chilenos bichocos, a los que no les van quedando sino las posturas

—¡Pero, señor! ¿Por qué caminará este hombre así? —he solido decirme muchas veces, hasta que intrigado de veras, se lo pregunté un día a una de mis amigas, bachillera en chismografía

—Usted que sabe tanto —le dije—, ¿a que no sabe por qué Fulano camina como camina

—¡Mire qué gracia! —se apresuró a contestarme

—¿Por qué

—Porque Fulano data de los tiempos de las botas de charol con caña de tafilete colorado, en que los mozos seducían a las muchachas por los pies; porque los pies de fulano han sido siempre muy grandes y muy feos, porque para rebajárselos y suprimirse los juanetes, cuentan las crónicas que se los fajaba primero y se los introducía después en un par de botas tan apretadas que no ha conseguido el desgraciado, hasta la fecha, curarse del regimiento de callos, uñeras y gavilanes que se le criaron en las épocas de su mocedad; porque ya ha pisado los sesenta; porque le queda poco juego en las coyunturas y porque, a pesar de todo, la tira aún de hombre capaz de hacer una avería y procura, como es natural, echar un remiendo a los derrumbes de la vejez que lo invade a paso de trote

«Ya ve usted qué sencilla es la explicación del por qué fulano camina como camina

—Es usted un libro abierto —dije a mi amiga—: un bijou de mujercita

Todos en este mundo tenemos nuestro lado flaco; el lado flaco de mi hombre estriba, modestamente, en conceptuarse el ideal de los presidentes del Club, habidos y por haber

Dirigir una asamblea; echar, de pie, su bravo discursete dando cuenta del estado de la asociación, anunciar que se va a proceder a la elección de los miembros que han de integrar la Comisión Directiva, fallando como juez inapelable en caso de empate; instalarse en una de las mesas del comedor a saborear una sopa de ostras en conserva, última palabra de la ciencia, chic supremo, según él, de la química culinaria, por más que al bestia de Savarin no se le ocurra nombrarla, ni en broma; hacer su solemne aparición en una noche de baile, vestido de punta en blanco, con toda paquetería y dispensando, a diestra y siniestra, miradas de soberana protección como un monarca en su corte; acercarse a una dama de campanillas y dar con ella una vuelta por los salones para que todo el mundo lo sepa, mire y admire; hacer alarde de su buen gusto, del que desde luego puedo ofrecer a ustedes un espécimen en los dichosos faroles del balcón, etc., etc.; brillar, en una palabra, lucirse, descollar como hombre de mundo y caballero de gran tono, ahí le duele, ése es su débil

Apuesto y no pierdo a que si le dan a elegir entre la presidencia de la República y la del Club, opta sin titubear por la segunda

Cada loco con su tema y meno male, como dicen los italianos, que al fin y al postre, éste no perjudica a nadie con el suyo

Bueno, por otra parte, digno, honrado, caballero, aunque no muy mano abierta, que se diga, es uno de esos seres perfectamente inofensivos, que uno no puede conocer sin querer y sin estimar

Cruza los salones y los vuelve a cruzar, va y viene en continuo movimiento como la ardilla, con dos máscaras colgadas de los brazos y acaso otras dos de los faldones, el artista más popular del Teatro Nacional

Es lo que llamaré, si ustedes me lo permiten, un antiguo joven

Antiguo porque pasan de 65 los mil ochocientos y tantos que han recorrido el calendario, desde que vio la luz hasta la fecha

Joven, porque, a pesar de su edad, nada en él ha envejecido, ni su carácter, ni sus ideas, ni sus costumbres, ni su corazón sensible siempre a los hechizos femeninos, ni aun su cutis que conserva fresco y terso como el de una doncella de quince primaveras

¿Pero y las barbas

Poco a poco; había previsto la objeción y la refuto victoriosamente

Eso es un genre de hombre blasé, una coquetería

Lo de las mujeres coloradas y rollizas que beben vinagre para ponerse pálidas y hacerse las lánguidas y las interesantes

Y si no, ¿qué le costaría pasarse la navaja

Sin ser un buen mozo, muy lejos de eso, ha sido un hombre de buenas fortunas, lo que se explica: vivo, audaz, generoso y discreto, reunía muchas de las condiciones exigidas para hacer carrera con las hijas de Eva

He dicho discreto y me aferro en lo dicho, por más que esto semeja a paradoja

Si ustedes tienen relación con él, aunque sea simple relación de callo o de club, más de una vez les ha de haber tocado formar parte del corrillo donde mi hombre toma la palabra y lleva la batuta para contar sus

campañas amorosas, para hacer la crónica de sus aventuras galantes

Buenos Aires en la época de Rosas, Montevideo y el Buceo en los tiempos de Oribe, ése ha sido, según él, el más vasto teatro de sus hazañas

Es allí donde, farfallone amoroso, anduvo notte e giorno d'intorno ai giardini, delle belle turbando il riposo, etc

Es allí donde todas sin excepción, lindas y feas, casadas y solteras, cayeron a millones bajo el filo de su formidable tizona

Es allí, en una palabra, donde tembló el misterio del amor

Todo esto él lo dice y lo repite al que se lo quiere oír, lo cuenta y lo recuenta saboreando con inefable delicia los dulces recuerdos de la edad de oro de su vida

Pero, ¿a que nunca lo han pillado ustedes sin perros

¿A que no lo han visto, ni aun arrastrado por el fuego de la improvisación, cometer una imprudencia, hacer una alusión, dar un indicio que pueda haberles hecho suponer que se trataba de ésta, de aquélla o de la de más allá

Cuenta el milagro sin jamás nombrar al santo, y es esto cabalmente lo que se llama discreción, o la lengua de Cervantes no sabe lo que dice

No obstante, oigo exclamar a ustedes, si es su amigo, aconséjele que no se gaste ni se prodigue así; que antes de hablar eche de ver con quien habla y, sobre todo, que es más cuerdo y más sesudo reservar ciertas cosas para el seno de la intimidad, que andarlas publicando a cuatro vientos en son de trompas, pitos y tambores, bajo pena de que la chuza del ridículo llegue a hincarle a uno las carnes

D'accord, mais que voulez-vous

No todos son como el que aprendió griego a sesenta años. Cuando, de viejo, cojea uno de un pie, se muere con la cojera y no hay remedio

Convengan conmigo, sin embargo, en que la cosa por sí misma no vale un pito y que bien se puede perdonar ciertos ligeros defectillos de vanidad, en presencia de todas las dotes que constituyen la forma y el fondo de un

completo caballero

Después de haber andado como bola sin manija, comiendo el pan amargo, o, como decía el Sr. Frías, el desabrido asado sin sal del destierro, transportó sus penates a Buenos Aires un tipo notable por la nobleza de sus sentimientos, por la firmeza e integridad de su carácter, por su extraordinario talento y por su fealdad más extraordinaria aún

Durante los años de feliz memoria en que las vistas cortas y estrechas de un patriotismo miope nos mantuvo acorralados entre el Arroyo del Medio y el Salado, desempeñó su bravo papelón de bagattelliere di cartello, contribuyendo eficazmente a la exhibición de la indecente farsa que hubo de dar al traste con la trasijada individualidad política que se llama República Argentina

Pluma filosa y acerada, diarista camorrero y buscapleitos, supo mantenerse firme en la brecha de la vida pública, asestando, a diestra y siniestra, cada mandoble que cantaba el credo

Prosista y versificador mediocre de la escuela romántica, solía depositar en las gradas del Parnaso sus ofrendas literarias perfumadas a la violeta como los jabones de Pinaud, todo lo cual no le impedía dedicar sus ratos de ocio a los deleites vedados y pedir, de vez en cuando, sus baratos a Cupido, especialidad en la que llegó a adquirir una reputación colosal

¿La merecía, era efectivamente hombre de buenas baladas, como quien dice, capaz de un doblete a tiempo

Por mi parte, declaro que no me consta la pujanza de su taco, no habiéndole visto hacer en su vida sino un solo sopetón, sopetón que, ¡Dios me perdone!, mucho me huele a zapallada

Mas tengo para mí que al público le acontecía otro tanto y que las mentadas proezas del nuevo Lovelace eran ni más ni menos como esos canards que inventa un pillo, repite un necio, corren después de boca en boca y, sin que nadie se tome el trabajo de averiguar su procedencia, pasan al fin por las tragaderas públicas como una carta por el buzón

Sea de ello lo que fuere, el caso es que llegó a infundir un miedo tan cervical, que mujer en quien clavaba los anteojos era mujer al agua y que al menos arisco de los maridos le temblaban las carnes y se le atajaba el

resuello, cuando la suya llegaba a cometer el desacato de cambiar los buenos días con tan peligroso personaje

Astro brillante y luminoso, apareció en el horizonte con la caída de la tiranía, describió su eclipse por el firmamento durante la segregación de Buenos Aires y se eclipsó con la jornada de Pavón

Hoy reposa tranquilamente bajo la sombra de sus laureles, vegeta encerrado en la crisálida de la vida privada y hace bien: vivimos en una época en que las luces malas, las almas en pena y las viudas, aunque gasten zancos, son cucos que no asustan sino a los zonzos

Conténtese con ser un sujeto digno de todo aprecio, abogado que sabe poco derecho y defiende muchos pleitos, suscriptor a cuanto diario se imprime en Buenos Aires, por la sencilla razón de que la cabra tira al monte, y parroquiano infaltable del Club del Progreso, donde llueva o truene, cae a eso de las once de la noche, para echar, con algún otro de los pocos que van quedando, su infalible partida de bésigue por la cena, es decir, por el beefsteak con papas fritas que, noche a noche, se sirve entre la una y las dos de la mañana

La rígida uniformidad de este sistema de vida no se altera sino tres veces por año: en mayo, en julio y en carnaval

Et pour preuve: Ahí lo tienen ustedes quemando sus últimos cartuchos sobre un sofá del salón de los retratos

Acérquense si quieren y oirán un mortífero tiroteo, un espantoso fuego graneado de ampullae et sesquipedalia verba, con que brega por herir a boca de jarro las fibras sensibles de la máscara que lo escucha

¡Pregunten ustedes para qué, si es pura boca, según dicen las malas lenguas

Es nacido en tierra extraña, pero hijo de padres nacionales

Habiendo revelado desde chiquito las más brillantes disposiciones y un hermoso desarrollo de... su musculatura, sus maestros aconsejaron a su tata que lo consagrara a las armas

Ció é

No a esos aparatos bárbaros y peligrosos que pinchan, cortan y agujerean, sino a esas fecundas herramientas de progreso cuyas bocas vomitan tan sólo chorros de agua fría: hicieron de él un sapeur pompier, al brillo de cuya noble y azarosa profesión, contribuyó desde luego con todo el de su bronceado casco

Mientras sus compañeros denodados luchaban, palmo a palmo, con el luctuoso elemento, expuesto a espichar de humazo como los ratones, asados como un churrasco o cuando menos a que un lienzo de pared se les cayera encima del alma, él, impertérrito a su vez, se aguantaba inmovible en su puesto de honor y de peligro: montaba las guardias en el cuartel

Arrojado por su estrella a las playas argentinas, en este eterno vaivén de la existencia, como el hado adverso arroja al peregrino o el jardinero trasplanta el alcornoque, quedó esterilizado para siempre el noble esfuerzo de su vida, hecha añicos su carrera, tronchado su grandioso porvenir

Embolsó la manga de cuero por inútil, empuñando en su lugar el martillo y la aljaba; aquí la tierra no tiembla, las casas no son de palo, no había a la sazón aguas corrientes y la gente no se ocupaba de otras bombas que las que sirven para tirar agua del pozo y dar de beber a las ovejas

Es decir, se hizo rematador de las diez de la mañana a las cuatro de la tarde y reo de estupro y violaciones a todas horas del día y de la noche

Por si ustedes no lo conocen, éstas son sus señas

Alto, pie muy chico y muy bonito, piernas un poco bastante combadas, cuerpo correcto, su cutis tiene toda la suavidad y el color de la crema a la vainilla, su rostro es anguloso, su (?) cabello castaño-claro, sus ojos pequeños, su mirada entre cretina y picaresca, la nariz considerable y, por fin, de la boca nada puedo informar a ustedes, por encontrarse herméticamente tapada con un par de monumentales bigotazos que quedaban muy bien en un bombero, pegan muy mal en un *dandy* y estarían perfectamente en la cara de un francés fanfarrón, maestro de florete. El francés les acomodaba sobre tablas una mano de pegote en las puntas y... ¡ya está

Según se ve, no es un hombre lindo, ni mucho menos, pero cierto colorido en sus corbatas y cierta cuadratura musical de zamacueca en todos sus

movimientos, hacen de él, a no dudarlo, el doncel más garboso de nuestro proscenio social

Como martillero, mediocre: uno que otro picholeo judicial. Como campeón de eróticas proezas, ¡oh... eso es de no te muevas

¡Quién ni qué, cuando la llama del sensualismo le chisporrotea en las carnes, enfrena el volcán incandescente de sus apetitos venéreos

Él ha forzado doncellas y cerraduras, ha escalado balcones, ha derribado ventanas, ha saltado por los tejados, se ha descolgado de las cornisas, se ha metido por las chimeneas, hasta las piedras subyugadas, como en la mente del poeta, se han abierto complacientes a su paso y es hora de quedarse uno encantado y de comérselo a besos, cuando le oye referir sus aventuras con esa sal andaluza que Dios le dio: como, interrumpido verbigracia en lo mejor por la presencia de algún marido importuno, agazapado entre las cortinas de la cama, ha sabido pasarse en acecho largas horas, espiondo un ronquido propicio y otro y otros después, que le permitieron batirse en retirada, amortiguando el ruido de sus pasos para no perder a su bella..

¡Ah, si las paredes tuvieran oídos o mejor si fueran fonógrafos, Dios nos asista

¡Pobres de ustedes, de mí, de éste, del otro y de medio mundo

¡Ay de nuestra reputación, de nuestro nombre

¡Qué Buckingham ni qué D. Juan, ni qué Faublas, ni qué Richelieu

Es un succès loco

¡Pero, cómo no! ¡Si los maridos de miedo lo hacen compadre

Continuez si cela vous fait plaisir

En cuanto a mí, tengo el sentimiento de dejarlos. Observo que aquel dominó negro me hace señas, es mujer y noblesse oblige

—¿A mí me llamas

—Sí

—¿Qué quieres

—Que me digas dónde está tu amigo Juan

—En el baile

—Sí, ¿pero dónde, en el baile

—Aquí; mete la mano y verás —exclamé como el negro de los pasteles, abriendo un bolsillo de mi chaleco

—¡Grosero! —murmuró entre dientes mi interlocutora

—Te prevengo —dijo en seguida con vehemencia— que no estoy dispuesta a dar ni a recibir bromas

Tengo necesidad de hablar con tu amigo y quiero que me ayudes a buscarlo

—V'appoggiate al braccio mio

Anduvimos de la Ceca a la Meca; los tres salones de baile, las galerías y hasta el toilette de los hombres y el departamento del segundo piso, que mi máscara recorrió de mi brazo sin vacilación y sin escrúpulos, no obstante hallarse desierto en aquellos momentos

—Una de dos: o eres mujer de armas llevar, o tienes un interés mayúsculo en dar con Juan —dije en mis adentros sintiendo que me picaba el aguijón de la curiosidad

Después de haber perdido tres cuartos de hora en inútiles andanzas, distinguí, por fin, al objeto de nuestras pesquisas platicando alegremente en un grupo de mosqueteros, con el rostro encendido, los ojos brillantes, las facciones sobreexcitadas, con todo el aspecto, en fin, de quien no se encuentra precisamente en caja, de un hombre a quien le pasa algo anormal

—Ecce homo, —dije a mi compañera, señalando hacia el grupo

—¡Ah, que me he roto el vestido! —exclamó casi simultáneamente, agachándose con el movimiento propio de la mujer que se pisa la cola.

—Llévame pronto al toilette

—¿Y Juan

—Sí, sí le hablaré después..

Pasaron diez minutos, luego veinte, luego media hora y mi máscara no salía

¿Si se figurará esta tipa que soy su juguete?, me decía y, bastante cargado ya con el plantón, hallábame en un tris de buscar la revancha, plantándola a mi vez, cuando en una de mis idas y venidas la vi entrar precipitadamente al referido toilette por la puerta que comunica con la galería exterior

Para mí, que la creía dentro, tan imprevisto truc no podía dejar de ser un justo motivo de sorpresa y de sospecha

¿Qué significan estos cubiletes?, pensé

¿Entra, me dice que la aguarde y ahora resulta que se cuela de nuevo por la puerta traviesa en lugar de salir

¿Si estaré haciendo el papel de pavo, sirviendo inconscientemente de comodín en alguna trapisonda? ¿Si habrá gato encerrado

Y Juan, ¿qué pitos toca en todo esto? Pocos momentos después salió, por fin

—¿Te he hecho esperar mucho? —dijo

—Ya lo ves, alrededor de tres cuartos de hora

—¡Pobrecito! —exclamó—; te pido un millón de excusas y ya que has sido tan bueno, sacrificate por completo llevándome donde está tu amigo

—¡Todo sea por la gracia de Dios! Consiento, ya que ruegas y no ordenas, que te muestras más tratable y, a juzgar por el cambio que se observa en tu tono y en tu acento, ha desaparecido la causa del mal humor que te aquejaba

Efectivamente, un cambio notable acababa de producirse en su modo, en

su aire, en sus palabras y hasta en el metal de su falsete que me pareció menos chillón

Cuando acercándome por detrás y tocando el hombro de mi amigo que continuaba con la palabra en el referido grupo de mosqueteros, le dije

—Esta máscara anda a la pesca de un Juan hace ya más de dos horas

Mi amigo se dio vuelta, la miró, interrumpió de pronto su discurso y, con el aire gauche de un hombre completamente boleado, se apresuró a ofrecerle el brazo, balbuceando

—Estoy a sus órdenes, mascarita

¿Por qué la presencia de mi compañera producía en mi amigo el efecto de la policía cayendo sobre un garito

Consignado el bulto negro a su dirección, no tenía ya más que hacer, mi papel había concluido; me metí, pues, entre telones, es decir, salí a fumar un cigarrillo y, maldito si me acordaba ya de la cosa, cuando a eso de las cinco de la mañana, se me paró Juan por delante con dos máscaras del brazo: un dominó negro y otro blanco

La más plácida de las sonrisas jugueteaba en sus labios; había, evidentemente, recobrado toda su sangre fría

—Estamos rumiando una calaverada —me dijo— y queremos que tú también echés una cana al viento. Vamos a cenar los cuatro al Café de París

—¿Al Café de París? ¿Y por qué no al comedor que está más cerca

—Por la sencilla razón de que en el comedor no hay gabinetes particulares

—¿Quiere decir, entonces, que lo que me proponen es una partie carrée, ni más ni menos

—Con todo el cachet de la chose, siendo de advertirte que estas máscaras aceptan con la expresa condición de que han de guardar el más absoluto incógnito

—¡Bah, déjame de historias! Prefiero irme a dormir tranquilamente a mi

casa; ya no estoy yo para danzas

—¡Qué fino y qué amable! ¡Si este tu amigo es un dechado de galantería!
—dijo con sorna el dominó blanco dirigiéndose a Juan

O soy una bestia, pensé, o no es la primera vez que oigo esta voz y, si la he oído, ha sido esta noche sin ir más lejos

Algo como la vislumbre de una barbaridad mayúscula cruzó entonces por mis regiones cerebrales

Resuelto a salir de dudas, con mi más y con mi menos, cambié bruscamente de resolución apresurándome a exclamar

—¡Me gustan las tiranas que no tienen pelos en la lengua! Tu franqueza me seduce, máscara. ¿Del Café de París se trata? ¡Vamos al Café de París

Y le ofrecí graciosamente mi brazo.

XV

Si dijera que el programa se llenó en todas sus partes, de acuerdo con lo prometido por la empresa, mentiría descaradamente

A ustedes los nombro jueces

Una vez en el terreno: veamos de que se trata aquí y qué gente es ésta, me dije, y por vía de explorar el campo, mientras Juan, de pie al lado de la mesa, miraba la lista de los plats du jour, me instalé sobre el sofá, agarré de la cintura a mi mujer, la senté sobre mis faldas, le eché los brazos al cuello y sin decirle ni agua va, hice por imprimirle un ósculo amoroso debajo de la oreja

—¡Zafado, sinvergüenza! ¿Qué te figurás, que estás entre francesas?
—vociferó mi incógnita, dando un salto furiosa y apostrofándome a tres varas de distancia

—Ché, ché, más despacio —exclamó Juan interviniendo a su turno—. ¡No tan calvo que se le vean los sesos! Trátalas con más consideración, no sea cosa que las vayas a ahuyentar

¿Qué había hecho de malo para que me ofendieran así? La cosa más natural del mundo

Nada que no fuera perfectamente correcto: cumplir, como hombre educado, las reglas de una rigurosa etiqueta

Basta; ya sabemos a qué atenernos y esto es lo que me interesa por lo pronto, pensé

Cuando se aporran por tan poco, deben ser muy enteramente chambonas

Para un ojo medio experimentado, en efecto, aquello estaba diciendo a gritos que era la primera vez que, a la luz de un candelabro, se encontraban en presencia de perdices trufadas y de fresas con champagne

Se trataba, indudablemente, de dos hijas del país pulcras y remilgadas, esto es, decentes, lo que no quiere decir que con pulcritud, remilgues, decencia y todo, no fueran muy capaces, dado el caso, de tener los escrúpulos del padre Gargajo y mucho más

De todos modos, con el fiasco del prelude y dos cagne por intérprete, la música tenía que andar como el demonio

Así no más sucedió: fue un four

Las mujeres comieron poco, bebieron menos y hablaron una tropa de cosas insustanciales sin sacarse la careta, mientras el pobre Juan sudaba por hacerse el intrigado y por darme música a mí que me estaba haciendo el zongo y que maldito lo que me divertía la fiesta aquella.

Voilà tout.

Eugenio Cambaceres



Eugenio Modesto de las Mercedes Cambaceres Alais (Buenos Aires, 1843 - Buenos Aires, 15 de junio de 1889) fue un escritor y político argentino.

Como escritor introdujo el naturalismo de Émile Zola, y los Goncourt en Argentina, y los argumentos de índole realista y local con cuatro novelas de temática pesimista; las dos primeras son *Pot-pourri*. *Silbidos de un vago* (1882) y *Música sentimental* (1884). Ambas carecen de un plan

preciso y a veces de ilación, con historias de adulterios conyugales dentro de un ambiente de pesimismo y hastío. Lo novedoso de tratar tan escabroso asunto y sobre todo el tratamiento crudo del tema, provocaron una repercusión escandalosa, y la crítica no vaciló en atacar al autor. Este sólo corrigió en las obras posteriores la composición y el estilo literario, que mejoró considerablemente.

En 1885 dio a conocer su novela más significativa, llamada Sin rumbo, donde ofreció buenas descripciones de paisajes e interesantes anécdotas en torno a un asunto de patología sexual. El año antes de morir (1887) publicó En la sangre, la historia de un hijo de inmigrantes italianos que busca abandonar su humilde origen, y fuerza al matrimonio a la hija de un estanciero adinerado, para luego derrochar su fortuna y arruinar su vida. A través de sus escritos patentizó los problemas a que dio origen la llegada de extranjeros a Argentina y los cambios sociales de su época, crítico a la Alta Burguesía y su doble moral.